

El

último

Verano



**El último verano**  
**Lucas Esparza**

Para quienes fueron inspiración.  
Para los primeros en leer estas líneas.  
Para quien si fue la historia de amor que quería vivir.

## Veintiséis de diciembre, domingo.

«¿Cuál es la diferencia entre el amor y la pasión?», —me pregunté en alguna ocasión en la que me enfrentaba a alguno de ellos sin saber distinguirlo, sin saber cuál era el que me motivaba a acercarme a otra piel, acercarme con la intención de fundirme en ella, deslizar mis dedos por las sus curvas vivas y en movimiento constante. Me lo pregunté y lo recordé también, recordé que lo supe quince años atrás, que lo supe y lo sabré siempre gracias a él. Recordé que lo supe aquel verano que aparecía frente a mí como el recuerdo de una película antigua que no sabías que recordabas tan vívidamente hasta que la estas mirando de nuevo; cómo las páginas de un libro escritas por un adolescente, palabras que me costaba reconocer como propias pero que con cada una de ellas sentía debajo de mí piel a aquel muchacho de dieciséis años que estaba descubriéndose a sí mismo y buscando un refugio, buscándose a sí mismo y encontrando su refugio.

Aquellos últimos días del verano del ochenta y nueve supe la diferencia y la similitud entre lo que es el amor y lo que es la pasión, y como nos plantamos frente a cada uno o frente a ambos cuando nos atacan los dos disfrazados de una misma persona. Una que se llamaba Leo y que no dejaba nunca de sonreír.

«¿Cuál es entonces, esa diferencia?», —me volví a preguntar y luego me respondí.

Al amor lo tomamos cómo a un botón de manzano, delicadamente para no dañarlo. Lo protegemos del frío, de la lluvia; lo cobijamos, lo envolvemos con todo lo bueno que podemos dar y esperamos; esperamos atentos, pacientes a que florezca y así descubrir de qué color se pintará; esperamos a que crezca fuerte y que madure, y aún después, lo seguimos cuidando para evitar que marchite, no permitimos que muera, pues el amor ya no es sólo el fruto, si no el árbol en sí, es la raíz sujeta con fuerza a la tierra y son las hojas bailando por el cielo, y es hasta la sombra donde bajamos la guardia y nos tumbamos a descansar. Eso es el amor.

Pero antes, siempre es antes; chocamos de frente y con todo el cuerpo contra la pasión, contra esa maldita, nos enredamos en ella, ¡no! , ella se enreda en nosotros, pues ella es la que manda, parpadeamos y la enredadera ya nos ató de pies y manos, nos cubrió la cara y nos impide ver más allá de sus hojas, nos confundimos, nos engañamos y nos desorientamos en la que ya es una jungla y salir de ella ahora es imposible. ¡Maldita!

Si al amor lo cuidamos, lo alimentamos, nos refugiamos en él, a la pasión la tomamos como una manzana madura cuando estamos hambrientos, la utilizamos o nos utiliza para cumplir el deseo presente y efímero del momento. La arrancamos violentamente del árbol, la devoramos, la mordemos hasta que no queda nada más, hasta que la hemos terminado por completo, hasta que saciamos ese apetito primitivo, salvaje, feroz y doloroso.

Ahora sé diferenciar entre el amor y la pasión, sé también que conocer esa diferencia tampoco sirve de nada pues aunque sepamos lo que son, aunque sepamos diferenciarlos, nunca aprenderemos cómo enfrentarlos.

Este es un relato sobre el amor, uno que creció entre la hierba, entre las hojas de los árboles de manzana y entre las hojas blancas de mis cuadernos, y lo es también sobre la pasión, una que se ocultaba ahí mismo, en los dibujos, en los poemas y en las miles de veces que escribí su nombre junto al mío.

Entre las filas interminables de árboles repletos de la que fue llamada la fruta prohibida, tan prohibida como el deseo que descubrí durante los veinticuatro días en los que con cada árbol que quedaba desnudo, sin pecado sujeto a sus ramas lo mismo me ocurría a mí, me desnudaba un poco más, y con desnudarme no sólo me refiero a despojarme de la ropa.

No sé si fue la misma tarde que lo vi saltar desde el borde del tráiler que remolcaba la caja donde se llevaría la cosecha de aquel año pero supongo que ahí comenzó todo, al menos para mí, sólo para mí.

Entre esas cajas de madera apiladas una encima de la otra, las manzanas verdes y rojas no fue lo único que se llevó, se llevó toda la vida que había conocido hasta ese momento, se llevó la casa a la sombra de los sauces, se llevó el camino de tierra, el olor a hierba, el rocío, la lluvia, se llevó el río y las tardes, se llevó el último verano, el último que pasaría ahí, el último antes de comer de la fruta prohibida y de ser expulsado del paraíso, el que ya había decidido abandonar por mi propio pie, después, serían sólo vestigios desdibujados en cada cosa y en cada lugar. Pero no se llevó todo, me dejó a mí, a uno nuevo, a uno que conocí gracias a él, a uno que le tenía miedo pero al que era inevitable que conociera en algún momento y me dejó también el primer otoño, el primero en el que sabría cuánto se puede amar y odiar una sonrisa.

## Veintiocho de agosto

Lunes

— ¡Que tal, Señor Sandoval! —gritó en cuanto sus botas negras tocaron la tierra seca, levantando una nube café alrededor de sus vaqueros azules.

Lo dijo con volumen suficiente para que mi padre alcanzara a escucharlo sobre el ruido del motor del camión Thorton del año setenta apagándose y con un tono alegre; de alguien que saluda a un viejo amigo, aunque nosotros no nos hubiéramos visto antes, al menos yo no recordaba haberlo visto en veranos pasados que venían a comprar la manzana de la plantación. Su voz sonaba alegre, feliz por estar en ese lugar y en ese momento, de tener la oportunidad de vivirlo; así era él, así es él, un completo optimista, y así hacía sentir a los que alcanzaba a tocar con su eco, o al menos así me hacía sentir a mí. Me arrancó una sonrisa instantánea, la primera.

Playera azul desgastada, sonrisa amplia, cabello revuelto, piel castaña, confiado de sí mismo pero sin la fanfarronería con la que muchas veces confundimos a la confianza. Era del tipo de persona que te cae bien desde el primer momento y de las que te gustaría que el sentimiento fuera mutuo, de las que te gustaría ser un poco como ellas.

Se acercó hasta el monolito de piedra donde estábamos sentados nosotros dos, mi padre en la roca y yo en el suelo, donde jugueteaba con Tomasa, una de los cuatro perros pastor alemán de la hacienda y mi favorita, la habían traído los hijos del dueño dos años atrás junto con Max, otro de los perros. Nos habían sorprendido sus nombres cuando los trajeron. Los otros dos eran sus crías, los que no habíamos regalado de la última camada.

Los tres perros se habían acercado sigilosamente, encrespando el pelo negro y café a lo largo de sus columnas vertebrales para examinar al extraño, lo olfatearon con desconfianza. Mi padre daba las últimas caladas a su cigarrillo sin filtro, siempre había fumado de esos. Sujetaba con sus dedos morenos la colilla blanca de papel arroz rellena de tabaco, una última calada y lo tiró al suelo, se puso de pie y pisó la colilla humeante con sus teguas de cuero cafés, expulsó el humo de sus pulmones y dio unos pasos para acercarse a saludar. Yo me quedé en el suelo, sujetando una rama que Tomasa intentaba arrancarme de las manos.

—No le hacen nada —le dijo mi padre mientras avanzaba hasta donde él estaba.

Él se había detenido y observaba a los perros a su alrededor, intentando descifrar sus intenciones. —A menos que yo se los pida —agregó mi padre y lanzó una carcajada después de decirlo, le extendió la mano derecha y él la sujeto en un apretón, seguido de un abrazo con unas palmadas en la espalda, y por último, otro apretón. Era el saludo formal entre dos hombres adultos. Luego inhibió a las tres bestias que pasaron a ser dóciles y amistosas.

—No te veía desde que estabas así de chiquillo, Leonelcito te decíamos —le dijo mi padre y llevó su mano a la altura de su cinturón, también de cuero como sus zapatos.

—No me acuerdo, ya ni en mi familia me dicen así, —le respondió.

— ¡Nombre! Pues de eso ya hace más de quince años, más o menos.

Detrás de él venía el chófer del tráiler, un hombre de mediana edad, moreno, más que él, casi como mi padre y bajito, es todo lo que recuerdo de él, nunca le presté mucha atención, ni a él, ni al otro que llegó una semana después. Fueron ellos dos quienes se alternaron para realizar los viajes hasta la plantación en los camiones con las cajas vacías; y de regreso con cientos de manzanas en sus interiores de madera y metal; para mí sólo fueron alguien que lo acompañaron a él durante aquellos días.

Seguía sentado en la hierba fingiendo jugar con la perra, pero aprovechaba cada oportunidad para mirarlo, desde la punta de las botas hasta el último cabello negro. Se acercó para saludarme.

— ¡Que hay! Soy Leo —me dijo y me extendió la mano como lo había hecho con mi padre.

Me puse de pie.

—Buenas tardes —le respondí y apreté su mano.

Sólo un apretón, no hubo palmadas ni un segundo apretón, desvíe la mirada a cualquier otro lugar que no fueran sus ojos cafés rodeados de gruesas pestañas negras, eran como un castillo rodeado de lanzas frente a un ataque, aunque nadie los atacaba, me atacaban ellos a mí y lo hacían sólo por existir. Miré su frente y sus mejillas cobrizas, su cabello ondulado y no tan corto como el mío.

Me lanzó una risita, tal vez por el «buenas tardes» con el que había respondido. «»

El monolito de piedra o «la tortuga», como lo llamábamos ocasionalmente, sobre el que había estado sentado mi padre y que no era otra cosa que piedras y cemento, rodeado de hierba y con la forma de un caparazón del animal que le había cedido su nombre, de un color entre gris y blanquecino estaba entre las construcciones que conformaban la hacienda.

De niño me paraba encima, como si se tratará de la proa de un barco o de la cima de una montaña; después veía en todas direcciones para decidir lo que haría a continuación, a donde ir: a las bodegas y galeras a unos cuantos pasos, al portal y los corrales detrás; a nuestra casa un poco más alejada, una «L» de paredes de tierra recubiertas de cemento, techo de madera y láminas oxidadas, con un árbol redondo al frente; o a la casa del dueño de la plantación, que se utilizaba solo en vacaciones, a unos doscientos metros, tal vez un poco más, era la construcción más reciente, la única con paredes de concreto y tres poples altos y verticales al frente, también la más grande, la más sola y la más fría; a la que de niño entraba a escondidas, y donde el miedo me hacía durar sólo unos minutos en su interior. Después dejé de visitarla por la curiosidad infantil y comencé a hacerlo por la necesidad adolescente de estar conmigo mismo, tomaba un libro o alguna revista y me recostaba sobre una de las camas a leerlo.

Detrás de nosotros estaban las puertas de madera de las bodegas con paredes de adobe de tierra sin recubrir, donde se les había acondicionado una habitación para que pasarán aquella temporada de pizca; después volvería a acumular todo tipo de herramientas y cachivaches empolvados, recuerdos y lágrimas, no sé de cuales más.

Aquel año el trabajo en las huertas duraría las últimas semanas de agosto y las primeras de septiembre de acuerdo a las predicciones de mi padre. Siempre eran muy acertadas pues había sido el capataz por ya más de veinte años, y si llegaba a errar era si acaso por un par de días; además no había sido un buen año, igual que ya varios de los anteriores así que en un mes ya estaría el trabajo terminado. En un buen año el trabajo podía alargarse el doble del tiempo, durante todo septiembre y hasta octubre, cuando las hojas amarillas empezaban a desprenderse de las ramas de los árboles, cuando el frío empezaba a acariciarnos suavemente.

Ellos: él y el conductor del camión, los recién llegados, habían arribado retrasados. Dos semanas atrás se había iniciado el trabajo y tendrían que haber llegado una semana antes de acuerdo a la fecha en que se supone se debería de comenzar a cargar el primer tráiler.

Yo sabía que él permanecería en el rancho durante toda la temporada supervisando los cargamentos, como lo hacía siempre el encargado que venía cada año, también sabía que era hijo del comprador; un comerciante del sur que había visto en algún verano pasado y quien compraba las manzanas cada año para distribuir las en el centro del país.

Él se quedaría hasta que el último árbol quedará desnudo, hasta que no hubiera manzana alguna sujeta al árbol que la hizo crecer, hasta que los días del verano quedarán atrás; mientras que los conductores sólo hasta que cada remolque de siete por dos metros y medio estuviera repleto. Luego se marcharían y volverían de nuevo para hacer el recorrido en más de una ocasión.

Después de las presentaciones y de que él le relatara a mi padre con lujo de detalles lo pesado del trayecto de más de dos días de viaje, recorriendo la mitad del país desde el centro hasta el norte, pasando ciudades e infinidad de pueblos, de lo incómodo que era dormir en el espacio reducido del camarote improvisado del tráiler; haciendo bromas de cada parte que le parecía graciosa, como tener que ir al baño en medio de la nada entre matorrales. Mi padre respondía con risas ligeras y con algún que otro comentario, yo sólo sonreía sin decir nada.

Después, mi padre los puso al tanto de cómo iba la pizca; les conto, más a manera de reclamo que como simple platica, que por el retraso con el que habían llegado, a partir del día siguiente se podía empezar a cargar pues el trabajo ya se había iniciado en las semanas previas y había suficientes rejas para llenar la primer caja.

Terminadas las actualizaciones por ambas partes, mi padre me pidió que los acompañara hasta el cuarto que iban a utilizar para dormir únicamente, para todo lo demás podrían utilizar nuestra casa, que estaba a menos de cincuenta pasos desde su puerta.

A decir de mi padre hubieran podido dormir también en ella si tuviera suficiente espacio, pero había cama y espacio sólo para una persona más, yo agradecía que no lo hubiera pues ya era suficiente con que personas que apenas conocía estuvieran deambulando por la casa, entrando y saliendo cuando quisieran, invadiendo los seis por quince metros a los que llamaba hogar; y sobre todo porque para llegar al baño era



necesario atravesar mi habitación, nueve pasos que demolían cualquier intento de privacidad adolescente. Era eso lo que tal vez me hacía sentir más íntimo el exterior, más personal, más mío. Las extensiones de terreno sin paredes, desde las colinas de pastizales, hasta la huertas y ciénegas bordeando el arroyo; con más lugares para ocultarse que un ropero o debajo de la cama cuando era niño, o donde, ahora, podía ir a sitios para estar solo, entre los árboles, en las galerías que permanecían en penumbra aun cuando afuera el sol te cegara o en las tapias abandonadas que contaban una historia diferente cada que entraba en alguna de ellas; pero esa vez lo supe, supe que sería diferente, lo supe en el momento que sus pies tocaron el suelo y provocaron un terremoto y con cada paso acercándose una réplica tras otra, hasta que me dejaron en el suelo; y más que lo supiera, lo deseaba, deseaba poder compartirle mi habitación, mi cama, mi almohada, mi yo; supe que iba a querer tenerlo cerca, que iba a anhelar ser su amigo; ya lo hacía, iba a desear que fuera parte de mi vida y yo de la suya, saber quién era, que lo hacía reír, de dónde venía, que le gustaba, que no, que odiaba, saber si él quería conocer tan sólo algo de mí como yo quería saberlo todo de él. Me ríó, no habían pasado más que unos cuantos minutos y ya le quería compartir una vida. Ya quería celebrar aniversario y colgar una foto juntos en cualquier lugar donde hubiera espacio. «Fantasías» me digo y vuelvo a reír para mí.

Tomaron sus maletas del tráiler, el chófer una mochila chica, en la que apenas y cabría un par de cambios de ropa, él una maleta más grande, después de todo él se quedaría lo que quedaba del verano.

—No me dijiste cómo te llamas —fue lo primero que me dijo mientras caminábamos hacia la puerta de madera, cubierta de pintura vieja y agrietada, después de presentarse no me había dirigido la palabra durante su plática con mi padre, y yo no me había atrevido a pronunciar una sola palabra como hacía siempre que conocía a alguien por primera vez, me costaba tanto romper esa barrera, todo lo que pensaba se quedaba dando vueltas en mi cabeza como un panal de abejas en una caja sin salidas.

Le dije mi nombre completo “Luis Camilo Sandoval”, como si tuviera cinco años y lo acabará de memorizar, me arrepentí justo después de decirlo, en seguida le pregunté el suyo, me arrepentí otra vez, él me lanzó otra risita, tal vez por decirle mi nombre completo o por preguntarle de nuevo su nombre, ya lo había escuchado decirlo a él y a mi padre, pero las palabras se me habían escapado sin pensar en ellas, una abeja escapando del panal, sin dirección, sin sentido. No debí preguntarle su nombre otra vez ni darle mi nombre completo, —pensé de nuevo— bastaba con decirle como todos me llamaban «Luis», así debí decirle, él me llamaría igual, al menos pareció no importarle que se lo preguntará de nuevo, no hizo algún gesto para señalar que ya lo había dicho minutos antes, probablemente se había dado cuenta de mi nerviosismo, de mi dificultad para hilar palabras en ese estado.

—Leonel o Leo como te guste más —dijo con una sonrisa y miró la puerta a la que nos estábamos aproximando— ¿entonces, esta será mi casa por las siguientes semanas? —se preguntó más para sí mismo que para mí.

Subí los tres escalones de piedra, solté un alambre que sujetaba la puerta a un clavo en el marco de madera, después la empujé, quedaron a la vista dos camas, cada una con una almohada y una cobija de cuadros con barbas en las orilla, una cómoda vieja con cajones destartados y una silla; eran todos los muebles que había al interior. Lo que quedaba de un espejo sobre la cómoda recargado en la pared y una imagen de un santo en un calendario de un par de años atrás, hacían las veces de decoración, dejó caer la maleta en el suelo de cemento y él se tumbó sobre una de las camas. Suspiró, me miró, su playera quedó levantada unos centímetros dejando a la vista un poco de piel que al igual que su rostro era de un tono cobrizo; pero que para el imán de mis ojos resultaba como si fuera de acero. La palma de su mano quedó sobre su playera y la punta de sus dedos sobre el pantalón de mezclilla, sólo el dedo índice quedó sobre la porción desnuda de su abdomen, acarició el borde de su camiseta que rozaba con la piel a la vista; un cosquilleo me recorrió de pies a cabeza, por un segundo me descubrí imaginándome siendo él o siendo yo pero acariciando su piel, quería que su mano fuera la mía, quería sentir lo que él sentía y pensar lo que él pensaba, quería que su piel y sus sonrisas fueran las mías.

« ¿Dejaba de sonreír en algún momento?, —me pregunte».

Necesitaba salir de ahí, tenía que dejar de alimentar mentiras en mi cabeza, de preguntarme algo que no iba a poder responder, ni ahora ni nunca, era lo que me decía la realidad; pero «¿por qué no? » le replicaba el cosquilleo que aún me recorrería la piel.

Entre tartamudeos y empalmando las palabras les dije que podían ir a la casa, que mi madre estaba preparando la cena.

— ¡Gracias, Camilo! —me dijo aun sonriendo.

Nadie me llamaba así, no lo corregí, sonreí, me di media vuelta,

—De nada —dije, salté los tres escalones, caminé hacia la casa y seguí sonriendo.

\*\*\*

Durante la cena alrededor de la mesa, un tablón redondo de madera, primero a la luz de lo que quedaba de aquel día entrando entre las cortinas y las hojas de geranios y malvas en macetas colocadas en la única ventana, y después con la bombilla de vidrio, humeando petróleo, colocada al centro de la mesa proyectando sombras alargadas sobre las cuatro paredes color beige; sobre el trastero metálico color verde, con platos, cazuelas, vasos y tazas de peltre, vidrio y plástico casi todos de formas y tamaños diferentes; sobre las estufa de gas amarilla y la de leña gris con su tubo de lámina unido a la pared, sobre las vigas del techo manchadas de humo, sobre la puerta de dos aguas de madera pintadas de azul y sobre las cortinas de tela estampada con flores que llevaban a las dos habitaciones de la casa.

La plática entre él, el chófer del tráiler y mis padres fue la típica de alguien que acabas de conocer pero con quien estas obligado a convivir; para mí, lo importante, a lo que prestaba oídos eran las respuestas que él daba y las preguntas que hacía. Todo lo demás pasaba sin rozar mi atención.

— ¿Cuántos años tenía? —veintidós. Yo había calculado que tendría veinte o veintiuno.

— ¿Hace cuánto tiempo vivíamos en la hacienda? —yo no había conocido otro hogar, mis padres los mismos años que tenía él.

— ¿Porque había venido él ese año? —su padre se lo había pedido. Le agradecí a su padre.

— ¿Tenían más hijos? —sí, pero no vivían aquí, sólo yo.

— ¿Cómo estaba su papá? —bien, con mucho trabajo.

— ¿Estaba casado? —no. Sonreí.

— ¿Qué podía hacer en sus ratos libres aquí? —ir a jugar fútbol al pueblo, nadar en el río, «yo podría llevarlo», ir a ver jugar béisbol el sábado, ir a misa el domingo, salir a la plaza, tomarse una cerveza en la única cantina del pueblo o en la calle, ir a la cabecera municipal que estaba más grande, conseguirse una novia y de paso ayudarme a mí a conseguir una ¿verdad? —típico comentario de cualquier padre, cuando su hijo de quince años, casi dieciséis, no ha tenido novia o ni siquiera ha intentado tenerla por timidez o por cualquier otro motivo, me volteo a ver cuándo mi padre le dice eso, sonrío.

—No creo que necesite ayuda, ¿verdad? —le dice a mi padre, pero me mira a mí, sonrío de nuevo.

—Claro que necesita ayuda, hay muchas muchachas muy bonitas por aquí, pero les tiene miedo, ¿verdad? —me miran, no digo nada.

La verdad era que no les tenía miedo, a ninguna de ellas y si, había algunas muy bonitas, pero no les tenía miedo ni a las bonitas ni a las feas, le tenía miedo a él, desde hacía dos horas le temía como nunca había temido a nadie más ni a ninguna otra cosa, ni a mis hermanos fingiendo ser fantasmas siendo yo un niño, ni a quedarme a solas en el rancho durante la noche, a nada de eso temía como a sus dedos rozando la piel cerca de su ombligo, a sus sonrisas interminables, a la forma en que me miraba y me hacía apartar la vista, a eso le tenía miedo, pensé en ello y me imaginé respondiéndole de esa manera a mi padre y las consecuencias catastróficas que acarrearía, alcanzaba a ver su cara ardiendo en furia dirigiéndose a mí, el llanto desconsolado de mi madre; y a mí huyendo, cruzando la puerta hacia la oscuridad, corriendo entre los árboles para ocultarme y a él, ¿corriendo de tras de mí o al lado de mi padre?, ¿consolando a mi madre o consolándome a mí?

Pensé otra vez en que dos horas atrás no lo conocía y en aquel momento hasta pretendía saber lo que haría, me reí entonces para mí, me reí conmigo, con el que está sentado a la mesa y con el que salió corriendo hacia la oscuridad.

— ¿Cuándo lo llevas al pueblo? —Me preguntó mi madre y me devolvió a la realidad, —se van en tu bicicleta y reparan la de tu hermana que tiene mucho tiempo que no se usa, ha de estar toda descompuesta.

—Cuando él quiera —le respondí, lo tenía sentado frente a mí, podía decírselo a él directamente pero no podía ni voltearlo a ver sin sentir que sus ojos cafés y los otros seis en la habitación se quedaban fijos en mí y que ante sus miradas mi piel comenzaba a transparentarse dejando ver todos mis malditos pensamientos recorriendo cada espacio interior, inundándome por dentro, acumulándose y buscando una ruta hacia el exterior.

—Han de estar muy cansados —les dijo mi madre cuando terminamos de cenar, — si necesitan pasar al baño para que se vayan a descansar.

—Sí, para dormir por fin en una cama —le respondió él, se despidieron y se retiraron a su habitación con el espejo roto, a la habitación que no era habitación, mis padres continuaron conversando un rato más. Mientras mi madre recogía la mesa y mi padre fumaba uno de sus cigarrillos recargado en la puerta, yo atravesé la cortina de tela y encendí la televisión a blanco y negro, un cubo de veinticinco centímetros de alto por treinta de ancho conectada a la batería de la camioneta de mi padre, era la única forma en que podíamos verla al menos un rato, por el tiempo que le durará la carga a la batería, no hasta que se agotara por completo porque después no encendía la camioneta, cuando la imagen en la pantalla aparecía rodeada de un cuadro negro era momento de apagarla. Sintonizaba un único canal, el más popular, el de las noticias y las telenovelas, me acosté en mi cama, mirando a la pantalla, estaba transmitiéndose la telenovela del horario estelar, la última antes del noticiero, la historia que se contaba, era más o menos la misma una y otra vez: una muchacha bonita, pobre y desamparada se enamora de hombre guapo, rico y «como evitarlo» comprometido con quien resulta ser la villana desquiciada, vengativa y ambiciosa que quiere separarlos a toda costa y «no podía faltar» hada madrina, toda bondad y toda lágrimas que los apoya incondicionalmente, unos cuantos secretos revelados, muerte o cárcel a la villana y al final vivieron felices para siempre. Probablemente ocurriría todo eso, aunque en aquel momento la historia apenas iba comenzando.

Mi mirada apuntaba a la pantalla pero en mi cabeza solo había una imagen, que a diferencia de la pantalla podía ver a todo color, incluso casi sentirlo, sus dedos castaños deslizándose por su abdomen del mismo tono, rozando el borde de su playera azul, rodeando su ombligo, recorriendo esos escasos centímetros a la vista, escasos y tan insignificantes como puede ser la chispa que desata un incendio y acaba con todo. Ya había explotado la chispa faltaba que empezara el fuego y podía hacerlo en cualquier momento y sospechaba, también, que yo sería el primero en arder.

Al lado de mi cama tenía la mochila que empezaría a usar la siguiente semana al regresar a clases, tomé uno de los cuadernos nuevos y fui a las últimas hojas, escribí su nombre por primera vez, lo escribí en un renglón, con mayúsculas y el mío enseguida, debajo de ellos dibuje su ombligo; un pequeño caracol que unía nuestros nombres, y que fue creciendo con el movimiento de mi mano sobre el papel; un espiral que alcanzó y cubrió su nombre y el mío y siguió creciendo por toda la superficie blanca, hasta que alcanzó los bordes de la hoja, y de todas las demás, y la cama, y mis manos, y mi mundo. La línea gris que dejaba la punta del lápiz agotándose se alargaba infinitamente, me perdía en ella y luego regresaba de pronto hasta su origen, hasta el centro en la hoja de papel. Una explosión, sin ruido, sin destellos, pero que había creado un nuevo universo.

Mi madre llegó unos minutos después, se sentó en el borde de la otra cama, me preguntó qué había pasado en la telenovela, le respondí que nada y me hizo un gesto de enfado, después se quedó ahí, la mayor

parte en silencio, hasta que se terminó, luego comenzó el noticiero de la noche. Yo me dejé caer por completo en mis fantasías que continuaron en forma de sueños o pesadillas depende quien los visualizará: el tímido que se callaba la mayoría de sus pensamientos o el otro que solo existía en mi cabeza, y ahí, sobre todo ahí, sus dedos siguieron torturándome o contentándome también de acuerdo a quien los sintiera. Tortura para el que se queda a la mesa con el panal de palabras dentro de la boca cerrada, y placer para el que grita libre en la oscuridad, al final los dos tuvieron que levantarse esa noche al baño a tomar un poco de papel higiénico para limpiar de mi ropa interior las huellas imaginarias de sus dedos imaginarios.

## Veintinueve de agosto

Martes

El ruido de mi madre encendiendo el fuego en la estufa de leña me despertó, era parte de su rutina de todos los días para después preparar el desayuno, me levanté casi inmediatamente, algo que no hacía muy a menudo, sobre todo en época de vacaciones, prefería quedarme debajo de la calidez de la cobija hasta que me lo pidiera mi madre o realmente fuera suficiente.

—Lávate las manos y ve a ayudarle a tu papá a ordeñar las vacas —me dijo mi madre desde la cocina que desprendía un olor a ocote y encino encendiéndose. Ordeñar las vacas era algo que hacíamos también todas las mañanas de lunes a sábado, yo al menos durante las vacaciones, una vez que entrará a la escuela dejaría de hacerlo, excepto los sábados, así como también cada tarde de domingo a viernes, sin importar si estaba en la escuela o no, tenía que ir a apartar algunos becerros de sus madres a los corrales que estaban a espaldas de las bodegas. Había además de la que se les había habilitado como habitación, otras cuatro, una para herramientas y fertilizantes, otra para costales de semillas de avena y alfalfa, maíz en grano y en mazorca, donde deambulaban algún que otro ratón y ardilla; y dos más donde se almacenaban las pacas de avena para alimentar el ganado durante el invierno. Además de las huertas manzaneras, la hacienda era un rancho ganadero y era esta actividad la que lo sostenía el resto del año.

No hacía mucho que el sol había comenzado a asomarse detrás de las colinas redondas detrás de todas las construcciones de la hacienda y de las montañas muy a lo lejos, se sentía esa frescura matinal que solo se siente en el campo después del amanecer, en el rocío sobre el césped y el vapor en los labios, aun y en verano. Llegué con una cubeta de plástico al corral, agitándose en mi mano derecha; mi padre, el chófer y él estaban recargados en los postes de madera verticales y horizontales que formaban el corral, conversaban en la parte de afuera, observando a las vacas que los rodeaban, había varias negras y color crema, y un par guindas, todas esperando reunirse con sus crías que no dejaban de berrear inquietas y hambrientas al interior

— ¡Buenos días! —les dije cuando estuve cerca de ellos.

Respondieron levantando la mano.

— ¡Mete dos vacas al corral para empezar! —me ordenó mi padre en cuanto me vio.

Las elegí, las dos que parecían estar más desesperadas por reunirse con sus hijos, una era completamente negra con una mancha blanca cubriéndolo casi toda la cara y la otra color crema en su totalidad, ambas permanecían de pie junto a la puerta de madera sujeta con alambre a uno de los postes. Abrí la puerta, sus bisagras de caucho la llevaron contra la valla, yo me quedé dentro evitando que los becerros salieran. Las vacas entraron voluntariamente, seguidas de mi padre y de él, el conductor se había quedado fuera; apenas estuvieron dentro, las crías del mismo color que sus madres se prendieron de las ubres. Mi padre se acercó con un lazo a la color crema, a mí me tocaba la otra. Él se acercó hasta donde estaba. Pensaba que la

sensación que me había invadido el día anterior habría sido por ser la primera vez, pero en cuanto se acercó a mí, la sensación volvió y me inundó todo el cuerpo.

— ¿Me enseñas? —Me preguntó—, nunca he visto como se hace —luego sonrío.

Respondí solo con un “sí” que apenas y alcanzo a salir de mi boca, estaba nervioso de tenerlo tan cerca y también feliz de poder compartirle algo de mi vida, sabía que al menos ahora habría algo que lo hiciera acordarse de mí.

Tomé uno de los lazos que colgaban de la valla y me acerqué hasta las patas traseras del animal.

—Primero —le dije, aclarándome la garganta y tratando de evitar los tartamudeos del día anterior, — tienes que amarrar las patas a la vaca, con el lazo, así. —Lo había hecho infinidad de veces, pero su presencia me volvía más torpe, ya que en lugar de hacerlo solamente, pensaba en que debía hacerlo bien y eso provocaba lo contrario; después del segundo intento lo logré, pasé el lazo por enfrente de ambas patas, luego entre ellas, hice un nudo y lo apreté, tomé el rabo, y lo até con el mismo lazo,— así evitas que se mueva, que te vaya a dar una patada o que te pegue con la cola cuando intenta sacudirse las moscas de lomo.

Mientras yo hablaba y maniobraba él me miraba atento con su misma sonrisa indeleble.

—Luego, haces que el becerro mame de todas las ubres para que baje la leche, ya que baje, amarras al becerro para empezar a ordeñarla, mira —dije y apunté con la ubre al suelo y la presioné, un chorro blanco y tibio se estrelló contra el cuero negro de sus botas.

Apartó el pie y al hacerlo pisó un excremento aguado y de un verde oscuro; se rio al instante, una risa infantil, como un niño al hacer una travesura.

«Lo sabía —pensé—, él pertenecía ahí, conmigo», me uní con una sonrisa tímida, pensé en disculparme pero no lo había hecho intencionalmente y si él pensaba que así había sido no le importó. Lo miré mientras su risa volvía a ser de nuevo su sonrisa permanente, quise abrazarlo, quería saber si él también quería abrazarme.

Me revolvió el cabello y dijo: “ya vendrá mi venganza”. Lo acompañó de una advertencia con sus cejas gruesas, mi padre nos miraba desde el otro extremo del corral, ya había terminado de ordeñar a la primera.

Amarré el becerro con una soga al poste más cercano, al menos era uno pequeño y no tuve problemas para sujetarlo, tomé dos cubetas, la grande funcionaba de asiento, me senté sobre ella y coloqué la más chica entre mis piernas. Comencé a presionar de arriba hacia abajo las dos ubres más cercanas a mí, luego las otras dos hasta que la espuma blanca llegaba casi al borde de la cubeta.

—Tienes que calcular para dejarle suficiente leche a la cría —le dije y me puse de pie, sujetando el aza de la cubeta de plástico que contenía el pequeño océano blanco, cálido, humeante y espumoso que se agitaba con mis movimientos.

— ¿Quieres probarla? —le pregunté y le ofrecí la cubeta.

— ¡Claro! —respondió con el tono entusiasta con el que hablaba siempre y con la mueca sonriente en los labios, era como si tuviera una máscara con una sonrisa dibujada.

Le acerqué la cubeta, llevó sus labios hasta el borde, la incliné un poco y con los ojos entrecerrados dio un trago. Quise besarlo, quería saber si él también quería besarme.

—Está realmente rica, no había probado leche recién salida de la vaca —me dijo. Disfrutaba del sabor de algo nuevo, de la primera vez, yo sonreía de haber sido quien le diera esa primera vez.

Le quedó una delgada línea blanca sobre los labios, deslizó su lengua sobre el labio superior para retirarla, algo que debió durar menos de un segundo, aunque para mí duró desde un génesis hasta un apocalipsis, como si hubiera transcurrido en cámara lenta, como si sus labios y su lengua quisieran que los viera eternamente. Quise ser él, «otra vez», sentir lo que el sentía, deslizar mi lengua, su lengua, por mis labios, por sus labios; estaba hipnotizado por su boca, y lentamente mi mirada fue subiendo hasta que se encontró con sus ojos, ahí me di cuenta de que él también me miraba, rompió el hechizo, me desperté de golpe, me desequilibre, sentí como la sangre se me acumulaba en la cara, tropecé, derrame media cubeta, él se rio.

—La venganza llegó más rápido de lo que esperaba —dijo, y yo no supe si fue sólo por mi tropiezo o se dio cuenta de que lo miraba más de la cuenta, o de lo que ocultaba detrás. Me dedico otra risa burlona, yo aún sentía la sangre en mi rostro, que debía de estar tan rojo como un tizón encendido.

—Así no vas a terminar hoy y menos si la mitad la tiras —me dijo mi padre que ya había comenzado con la siguiente.

—Ya voy por otra vaca —le respondí mientras intentaba soltar al becerro.

—Yo voy —dijo Leo.

—Muy bien, esa la ordeñas tú —le dije más cómo propuesta que cómo orden.

—A sus órdenes —lo dijo mientras caminaba a la puerta y hacía un ademán de mando con la mano.

Terminé de soltar el lazo que sujetaba las patas a la madre, la cría ya bebía desesperadamente la leche que le había dejado. Espere a que llegara él con la siguiente.

Hizo todo lo que le había pedido yo bastante bien, o incluso mejor que yo, como si ya lo hubiera hecho antes, el lazo, la soga, la cubeta... las manos, la espalda, la sonrisa; aunque no fueran parte del proceso era en lo que yo me concentraba.

Le dije lo bien que lo hacía cuando estaba ya por terminar, me miró, tenía otra vez en su cara la expresión de un niño, me apunto con una ubre y disparó, intente cubrirme y el chorro me dio en la oreja, nos reímos.

Seguimos en el corral hasta que ya no había vacas esperando afuera, las moscas rondándome la oreja pegajosa y sus botas sucias, cargamos la cubeta grande y las dos pequeñas, casi llena la primera, las otras dos vacías. Fuimos a desayunar, mi madre, de pie junto a la estufa de leña calentaba tortillas de maíz y frijoles, y en el centro de la mesa agua caliente para preparar café, chocolate en polvo para la leche recién



ordeñada, azúcar y cucharas. Nos preguntó como quería que nos preparara los huevos, todos elegimos estrellados, les sirvió a mi padre y al chófer primero, después a nosotros dos.

\*\*\*

No faltaba mucho para que llegarán todos los que trabajaban en la pisca de la manzana, venían de los tres pueblos cercanos; caminando, en bicicleta y los más alejados juntos en una troca. Todos cargados con loncheras o bolsas de plástico con la comida del día.

Cuando salimos de la casa, la mayoría ya había llegado, casi todos con sus gorras para cubrirse del sol, fumando, charlando entre sí, sentados en el monolito de piedra o en la carreta que estaba a un lado sujeta al tractor en el que había que llevar más rejas de madera hasta la huerta más alejada, es donde se comenzaba la tarea cada año y donde se había comenzado la semana pasada, junto a la acequia estaban las rejas que se habían llenado durante esos mismos días y que se tendrían que cargar al tráiler en el que había llegado él.

Mi padre y él se adelantaron, el chófer fue a su habitación, yo me quedé atrás, mi padre llegó saludando hasta donde estaban todos, él hacía lo mismo, con la misma sonrisa, con el mismo entusiasmo, yo los observaba a unos pasos, quería que no lo hiciera, quería que no fuera con todos como era conmigo, quería que reservará sus sonrisas para mí, pero era imposible, ese era él, conmigo, con todos.

## Treinta de agosto

Miércoles

Mi padre se había ido por la mañana al pueblo en el tractor, así que para medio día ya había suficientes rejas llenas para dar al menos cuatro o cinco vueltas con la carreta cargada, cuando llegó, Leo estaba en la huerta, así que yo también estaba ahí, me ofrecí a ayudarlo a cargar la carreta, más porque sabía que él también participaría que por que quisiera hacerlo. Entre él y mi padre colocaban las rejas al borde de la carreta y yo me encargaba de apilarlas arriba, no podía llevar más de tres niveles de rejas encima unas de las otras debido a que había una parte del camino donde se formaba una pendiente muy empinada y junto al arroyo el camino se volvía pedregoso, por lo que aunque el recorrido no era muy largo si tenía que hacerse a muy baja velocidad. Terminamos de cargar la primera, mi padre se subió al tractor y lo encendió, nosotros, él y yo nos subimos en la orilla de la carreta.

Íbamos en silencio por el camino que rodeaba las huertas, el sol estaba justo encima de nosotros, todo estaba tan claro, tan nítido. Él miraba hacia los árboles, yo lo miraba a él. Tomó una manzana de una de las rejas superiores y la mordió, un hilillo de jugo se escapó de su boca, un suspiro se escapó de la mía, con el dorso de la mano lo retiró, me volteó a ver y sonrió, aparté la vista y la dejé en el camino que teníamos al frente, dos líneas de tierra café por donde avanzaban las llantas del tractor y el resto verde. Quería iniciar una conversación, sobre cualquier cosa, sobre el calor que hacía o sobre el sabor de la manzana que acababa de morder, pensaba en lo que le podía preguntar, en lo que quería preguntarle; saber si tenía novia y así sepultar mis fantasías de una vez por todas o al contrario para seguir cosiéndoles alas a mi fabula, no me atreví a preguntárselo y las palabras se me quedaron en la garganta, él fue quien hablo:

—¿Qué más haces aquí Camilo? —me preguntó antes de darle la segunda mordida a la manzana que tenía en las manos.

—La próxima semana volveré a la escuela, a la prepa, es mi último año, —respondí.

—Y después, ¿vas a trabajar aquí? —dio otra mordida a la manzana.

—Quiero seguir estudiando —respondí— aunque todavía no sé qué.

—Pero aquí no hay universidades, vas a tener que irte a una ciudad.

—Si, tal vez a donde vive mi hermana mayor, para vivir con ella, ahí también tengo más familia.

—Podrías irte con nosotros, mi papá conoce a los tuyos y estaría muy feliz de poder recibirte, además hay varias escuelas públicas que están baratas y parece que eres un cerebritito, así que, supongo que podrías quedarte en cualquiera —supe que no lo decía como ofensa sino como cumplido.

«No tuve que hacer la pregunta —pensé—, ahora solo tenía que elegir el color del hilo para las alas: azul, listo, sonreí».

—No sé, está muy lejos —pensé en que debí responderle que sí, que si quería, que les iba a decir a mis padres, que les preguntará él a los suyos y que me esperará allá el siguiente año.

—Pues tienes un año para decidirte, hay una cama extra en mi habitación esperándote. —Dio una última mordida a la manzana y lanzó su corazón entre los árboles y el mío me lo arrancó del pecho y se lo guardó en el bolsillo, ahora podía hacer lo que quisiera con él.

¿Era esa la señal que esperaba? ¿Qué haría ahora? Nada. Él tendría que hacerlo todo, si es que no estaba solo jugando, o solo siendo él, siendo amable, como lo era con todos y lo que yo pensaba que pudieran significar sus palabras no eran más que eso, palabras, sin una intención oculta; además de que serviría, yo no tendría el valor para hacer nada, ni para tomar su mano, alcanzarlo con mis dedos y rozarlo de una forma que supiera todo lo que ocultaba, ni para llegar a su habitación cuando él estuviera solo y que no hiciera falta una sola palabra para que decirle todas las que se acumulaban en mi garganta con cada segundo que pasaba a su lado.

No respondí nada, ni siquiera un “gracias”.

«Tal vez el callarme tanto terminará por dejarme mudo realmente —pensé— tal vez el miedo que le tenía me haría tenerle miedo a todo y poco a poco me iría apartando no sólo de él sino de todo y de todos, hasta de mí, al fin y al cabo eso era a lo que más temía: a mí, al que era cuando lo tenía cerca».

—Eres muy serio, Camilo —me dijo unos minutos después—, siento que casi hay que arrancarte las palabras, eres como un árbol de manzanas no las dejas caer, hay que arrancártelas o suplicarte para que le concedas al mundo escuchar tu voz. —Se rio, tal vez por el dramatismo en sus palabras.

—No sé, no puedo evitarlo, así soy —respondí— he intentado cambiarlo.

—A mí a veces me gustaría hablar menos, te hace ser un misterio para todos —dijo— así como tú.

Había honestidad en sus palabras, ahora sabía algo de lo que pensaba de mí, necesitaba que siguiera hablando para descubrir si había algo más, si había algún otro pensamiento que le provocaría.

—No, más bien hace a los demás apartarse, no a muchos les gustan las personas calladas —también yo estaba siendo honesto. — En cambio a todos les caen bien las personas como tú: desinhibidas, que siempre tienen algo que decir sobre cualquier cosa, que saben cómo hacer reír; me sonrió, ¿le sonreía a todos de esa manera? Sí, si lo hacía.

Odiaba verlo sonreír porque era en esos momentos cuando más se dejaba ver el “yo” prohibido; ¡no!, no odiaba sus sonrisas, odiaba lo que provocaban en mí, sus sonrisas me gustaban, me gustaban más que las de cualquier otra persona, mis labios se entreabrieron para decírselo, que me encantaba verlo sonreír, que podía pasar el resto de mi vida haciéndolo, pero las palabras se me enredaron en la garganta y no encontraron un camino despejado hasta sus oídos.

\*\*\*

Llegamos a la zona de carga, una explanada entre los sauces y álamos que se alzaban a la orilla de la acequia, entre la casa, las bodegas y las galeras del mismo color que la tierra sobre la que estaban asentadas. Descargamos las rejas tomándolas de la fila superior de tablas de madera y unidas por clavos de tres centímetros a los pequeños barrotes triangulares. Descansamos unos minutos y fuimos de regreso a las

huertas, el camino se hacía más corto, al no ir cargado se podía ir a mayor velocidad, entre los saltos de la carreta debido a las piedras junto al río y a las subidas y bajadas, teníamos que ir sentados en la barandilla metálica y bien agarrados. Reímos uno del otro cuando él fingió estar a punto de caer o cuando yo lo estuve realmente, en las partes planas nos manteníamos de pie. Iniciamos una competencia por ver quién de los dos pasaba más tiempo sin sujetarse, él casi siempre duraba más que yo, estábamos ahí, actuando como dos niños a los que no les importaba nada, sólo ganarle al otro.

«Creo de eso se trata la vida, —pensé— lo creí en ese momento y aún lo creo, de volver a la felicidad más genuina que podemos llegar a conocer, la de la niñez, la de los primeros años de vida, donde no hay nada que descifrar, lo que es, es y lo que no, no. No hay nada que se oculte detrás de la felicidad, ni nada que nos haga confundirla con otra cosa, es sólo eso: felicidad pura, completa, sin matices, sin disfraces.»

En un momento una de las llantas paso por encima de una piedra y nos hizo a ambos perder el equilibrio, nos sujetamos uno del otro para no caer, nos reímos, estábamos frente a frente a unos centímetros de distancia, nos miramos por unos segundos, lo vi, lo supe, que podía abrazarlo y no me iba a apartar.

¿Lo supe o lo imagine? ¿Que estando solos podía comenzar a desnudarme y no lo iba a detener? Lo imaginé —me respondí—, y la alcancé a distinguir entonces, tal como cuando lo vi recostado en la cama, pasión, la sentí como entraba por mi boca, como el hambre, como una necesidad primitiva, me recorría todo el cuerpo, bajaba por las piernas haciéndome temblar y llegaba hasta la punta de los pies, después subía repentinamente por mi centro acelerándome el corazón hasta la cabeza y me erizaba el pelo, y después no hacía más que acumularse en la parte de mi cuerpo que podía ser la única ruta de salida.

—¿Qué? ¿Se van a besar? —nos gritó mi padre desde el frente, desde el tractor verde y con llantas tan altas como yo, me grito desde la realidad, la que no necesitaba buscar respuestas en los ojos de él, en los labios de él o en las sonrisas de él, por qué ya tenía la única respuesta que importaba: ¡no!

Nos apartamos, nos miramos, y en nuestros ojos había complicidad pero también vergüenza y miedo.

¿Cuál de esos sentimientos iba a triunfar? ¿Cuál era el que íbamos a dejar crecer? No lo sabía, para empezar eran dos contra uno, tendría que deshacerme de los dos malvados para empezar, para que el bueno, el que me importara pudiera seguir creciendo.

## Treinta y uno de agosto

Jueves

Ya se habían marchado todos los trabajadores de la plantación, mi padre se había marchado para supervisar los terrenos que estaban separados del rancho, donde se encontraba la mayoría del ganado y los campos de cultivos de avena y alfalfa. Mi madre había salido para visitar a una vecina, a la única que se encontraba más cerca, a unos cinco kilómetros de la casa, él estaba en su habitación, suponía que el chófer también se encontraba ahí, yo estaba terminando de forrar los cuadernos que iba a utilizar en el próximo ciclo escolar; trozos de papel y plástico, tijeras y cinta adhesiva esparcidos por toda la mesa. Permanecí en la cocina hasta que cada cuaderno estuvo cubierto de naranja y negro, en diferentes posiciones para poder diferenciarlos después. Terminé y guardé todo en mi mochila, la volví a dejar a un lado de mi cama. Fui al baño para tomar la cubeta que estaba a un lado del boiler y dirigirme al partidero de leña para cortar un poco y encender fuego en el boiler y poder tomar un baño, aunque aún fuera verano el agua permanecía fría.

\*\*\*

Había comenzado a agitar el hacha en el aire, su filo había hecho saltar algunas astillas del tronco de encino por el aire, cuando lo vi acercarse.

—¿Qué haces, Camilo? —sonrió.

«Camilo —Pensé— ¿porque me seguía llamándome así? Ya había escuchado como me llamaban todos y aun así seguía haciéndolo, me gustaba escucharlo pero me hacía preguntarme si lo hacía sólo porque fue la forma en que me llamó la primera vez y le parecía gracioso seguir haciéndolo, o si se burlaba de mí o había algo más, y llamarme de una forma que nadie más lo hacía, lo hacía diferente a todos los demás.»

Me detuve y apoyé el hacha en el suelo entre la tierra y restos de madera.

—Cortando leña para el boiler, voy a bañarme —respondí.

—¿Te ayudo? —Preguntó— ayer me bañe con agua fría y casi me congele, brrrr. —Hizo ademán de temblar y se rodeó con los brazos.

—Está bien, ayúdame a buscar un ocote para poder prenderlo.

—¡A sus órdenes! —repitió el ademán que había hecho en el corral dos días atrás, y después comenzó a buscar entre la leña un trozo. Sonreímos. Dos sonrisas tímidas, temerosas.

Seguí blandiendo el hacha por el aire, chocaba contra los troncos de madera de encino, eran los más resistentes, después elegí otros de pino o de táscate, partí unos cuantos.

—¡Taran! —dijo imitando a un mago cuando encontró algunas tiras de ocote, las puse junto con los trozos de leña y un poco de pedacería para que encendiera más rápido. Fuimos caminando en silencio hasta la casa, se escuchaban los árboles meciéndose suavemente gracias al viento, los sauces dejaban caer sus ramas hasta casi rozar el suelo y el agua de la acequia, los álamos y poples se alzaban altos y verticales hasta el cielo, la punta se mecía alejada de nosotros. El otro ruido eran nuestros pasos sobre la hierba y

sobre la tierra, los suyos y los míos, casi juntos uno al lado del otro, avanzamos, y lo que no decíamos nosotros lo decían ellos, que estaba bien que camináramos juntos, que ni a la tierra, ni a la hierba, ni a los arboles les importaba, «entonces porque a mí si —me pregunté—».

Cruzamos la puerta, tomé la caja de cerillos que mi madre dejaba sobre la base de madera que sostenía la estufa de leña, la agité como lo hacía siempre entre mis dedos pulgar e índice, fui hasta el baño. Él seguía mis pasos, me arrodillé frente al boiler color verde, con una mancha de humo que subía desde la puerta inferior casi hasta los tubos que alcanzaban el techo de lámina. Él me miraba de pie recargado en el marco de la puerta, me ponía nervioso el sentirme observado y más si era él quien lo hacía, me ponía nervioso, pero también me gustaba, me gustaba imaginar que leía sus pensamientos mientras me miraba, me gustaba pensar que me miraba de la misma forma que yo lo hacía cuando él no se daba cuenta, con el deseo reflejado en mis ojos. Ahora podía decir que era eso: deseo, lo que sentía la mayoría de las veces que lo tenía cerca o cuando me sorprendía pensando en él sin que estuviera conmigo, lo supe desde el primer instante en que mi universo se encontró con el suyo, pero no lo quería aceptar; junto con el deseo llegaban siempre las dudas, la censura, las miles de voces gritando que no tenía permitido sentir de esa manera.

Sin embargo, en ese momento en el que sólo el silencio nos hacía compañía, me di cuenta de que no habíamos estado así desde el día que él llegó, así que o aceptaba lo que sentía o la guerra de la que sólo yo me daba cuenta continuaría infinitamente.

Comenzó, la guerra comenzó. El fuego, intentaba encender el real con mis manos y apagar el hipotético con mi mente.

La guerra había comenzado desde la primera vez que había sentido la necesidad de dejar salir la pasión acumulada en mi cuerpo ocasionada por su presencia y que encontró una ruta de salida a través de mis sueños dos noches atrás, la misma que me había resistido a expulsar con ayuda de mi mano diestra porque siempre terminaba con la proyección otras imágenes frente a mí, estaban las que me obligaba a que aparecieran porque era lo que debía ser, alguna compañera del colegio o alguna de las mujeres de las historietas para adultos de mi padre, que guardaba en el último cajón del guardarropa debajo de sus camisetas. Aunque al final terminaban por ceder su espacio a las otras, las prohibidas, las que no deberían de estar ahí, las que no desaparecían aunque lo intentaré, los actores que aparecían en las revistas de espectáculos de hace tres años que había dejado mi hermana, mi profesor de educación física de la secundaria y desde hacía dos días instalada con maletas y habitación propia: él, sus dedos, sus dedos rozando la piel de su abdomen; su ombligo, su ombligo siendo rodeado por las yemas de sus dedos; su lengua, su lengua deslizándose sobre sus labios; sus brazos, sujetándose de los míos; sus ojos, sus ojos diciendo, gritando ¡sí!

El fuego que permanecía encendido en mí, se propagó, sus llamas avivaron, intente apagarlas, ¿cómo? Si yo mismo era de madera, de paja, yo era el fuego.

Logré encender el fuego real con los cerillos y los trocitos de madera. Las llamas del otro, del que permanecía encendido permanentemente avivaron, propagándose por mi piel de madera, por mi sangre de gasolina.

—¿Ya? —escuché detrás de mí y por encima de mi cabeza.

—Listo, se tarda un rato en calentarse —dije sin dejar de ver hacia el espacio donde la madera empezaba a arder.

—Pues esperemos, entonces —sonrió, se dio vuelta y se sentó en una de las camas de la habitación. Me quedé mirando el fuego, los fuegos.

Me puse de pie y lo alcancé en la habitación, hacía un rato que había conectado a la batería de la camioneta a la televisión, la encendí, una cajita cuadrada, de plástico negro, con las orillas redondeadas al igual que su pantalla gris, tenía solo dos botones, uno para encenderla y ajustar el volumen, y otro grande para los canales que permanecía siempre apuntando hacia el número dos, estaba sobre una cómoda de madera color café oscuro de seis cajones y que todavía desprendía un olor a barniz si acercabas la nariz a su superficie. Había ahí mismo fotos, gel para peinar, crema para el cuerpo, un cisne de cristal que le había regalado a mi madre para un día de las madres y dos reconocimientos que había ganado cuando participé en concursos de conocimiento en la primaria y en la secundaria. La cómoda quedaba justa debajo de la ventana en la que descansaban cinco macetas con forma, tamaño y material diferente cada una, y también con diferentes plantas. No es que fueran macetas propiamente, solo una de ellas, las demás eran botes de aluminio y cubetas de plástico; de las plantas solo sabía el nombre de dos: ala de ángel y geranios, la primera crecía con un tallo grueso y sus hojas pegadas a él con la forma de un ala, esa era la razón de su nombre.

La visión de la cómoda, la televisión, la ventana aún me acompaña cada mañana al despertar, como si siguiera despertando en aquel lugar, la primera imagen que vi durante dieciséis años, cada día al despertar.

Estábamos sentados cada uno en una de las camas gemelas con sobrecamas a juego, una de lunares amarillos y rojos la otra, yo en la mía, la de los lunares rojos y él en la otra, yo recargado en la pared, él en el borde de la cama.

Se estaba transmitiendo un programa de concursos sobre adivinar las respuestas más populares que daba la gente a preguntas sobre cualquier tema.

Comenzamos nuestro propio concurso con cada pregunta que realizaba el conductor. En la televisión el equipo que ganaba se llevaba dinero, en la habitación el que perdiera tenía que ir a echarle más leña al fuego.

«Lugar en el que se debe estar callado —preguntó el conductor».

—¡Biblioteca! —dije rápidamente.

—Yo iba a decir esa también —me reclamó.

—Pues gana el que la dice primero, además puedes decir otra respuesta y si es más popular ganas —repliqué.

—Pues —dijo y pensó por un momento—, iglesia.

Uno de los participantes dijo cine y era la segunda respuesta, el otro participante dijo biblioteca y fue la respuesta más popular.

—Un punto para mí, uno a cero —le dije triunfante.

Esperamos a que terminara la ronda en el programa para que hicieran otra pregunta mientras escuchábamos atentos.

«Fruta que para comerse —el conductor hacía una pequeña pausa antes de completar la pregunta—, necesita pelarse».

—Mango —gritó él.

—Plátano —grité al mismo tiempo.

En la televisión el concursante que presiono el botón primero dijo piña, era la respuesta número tres y el otro concursante dijo plátano, era la respuesta más popular.

—Dos a cero —le dije nuevamente presumiendo.

Él se limitó a sonreír, me encantaba verlo sonreír.

Después de unos comerciales y de que después de la segunda ronda quedáramos tres contra uno, se levantó haciendo ademanes de derrota y resignación dejando caer sus brazos a sus costados como si no estuvieran unidos a su cuerpo, como si no tuvieran vida y fue al baño para echarle un par de leños al fuego.

No tardó ni un minuto pero en ese momento para ambos era como si estuviera en juego el mismo premio que en el programa de la televisión.

Así seguimos durante casi una hora que duraba el programa, al final él había ido a atizar el boiler tres veces y yo una, me llamó “cerebrito”, yo lo llame “lentonel” una mezcla entre lento y su nombre, y que me había parecido gracioso en ese momento, el miraba hacia el televisor y yo lo miraba a él, sólo cuando se giraba para decirme algo fingía mirar la pantalla.

Pensé en lo mucho que me gustaba estar con él, cuando lo miraba sin que se diera cuenta, cuando parecía que éramos los mejores amigos, nunca había tenido eso, alguien que te hiciera sonreír sin que se diera cuenta.

Después de que se terminará el programa de concursos, el agua ya estaba caliente, le dije que se bañara él primero, salió de la casa y regresó unos minutos después cargando una toalla y ropa limpia, yo seguía sobre la cama, recargado en la pared, había tomado un libro de cuentos cortos que había olvidado entregar en la biblioteca de la escuela, así que de vez en cuando lo hojeaba y leía alguna de las historias, no podría devolverlo hasta que terminaran las vacaciones. Regresó, pasó frente a mí, levante los ojos del libro para hacer lo que en los últimos días ocupaba el noventa y nueve por ciento de mí tiempo: observar a mi obsesión no permitida.



Nueve pasos desde la cortina de la cocina hasta la cortina del baño, los conté, memorice cada movimiento como si tuviera que hacer un ensayo de esos nueve pasos y de cada uno de sus músculos moviéndose, no, no tenía que hacer un ensayo pero si podría.

Volví a poner los ojos en el libro, pero ya no lo leía.

Saber que estaba desnudándose a unos cuantos pasos de mí, que tan solo una cortina de tela semitransparente me separaba de él, hizo que mi mente se volviera un río caudaloso en cuanto cruzo esa misma cortina con flores estampadas, hizo que mi sangre hirviera, que se acumulará de nuevo en la única parte de mi cuerpo que podía dejar salir el deseo y la necesidad acumulados, sí, necesidad, ahora lo llamaba así. Coloqué una almohada sobre mí, en parte para ocultarlo y en parte por el placer que sabía me provocaría, la presione contra mi cuerpo.

«Detente —me ordené— aún estas a tiempo».

No lo hice, podía ver a través de la pared su playera en el suelo, sus manos abriendo el pantalón de mezclilla, desplazándolo hasta el piso de cemento, presioné la almohada más fuerte. «Detente —segunda advertencia, me ordené de nuevo».

Continúe, sabía que ahora estaba desnudo, podía ver la piel de sus piernas, de su espalda, podía verlo completo, todo él, perfecto, escuché el sonido del agua, primero contra el piso, luego contra él, chocando contra su pecho, contra su cara, contra su espalda, cada gota fundiéndose al instante contra su piel, escurriéndose entre sus muslos, mi mano presionaba y frotaba la almohada contra mí, no era suficiente, coloque mi mano debajo de la almohada.

«Detente —tercera y última advertencia».

Pero ya no se trataba de si quería detenerme, ahora no podía hacerlo.

— ¡Camilo! —escuché desde el baño. Me paralicé, aparte mi mano, la almohada la deje ocultando el crimen, no contesté, estaba mudo.

— ¡Camilo! —escuché de nuevo.

— ¿Qué? —respondí temblando y con la voz entrecortada por el nerviosismo, aunque intentaba sonar con normalidad.

—No hay jabón ¿me puedes traer uno por fa?

—Sí, hay te lo llevo —le dije aun temblando.

Fui hasta el fregadero de la cocina, ahí guardaba mi madre los productos de limpieza, los de la casa y los de nosotros, me tarde para disimular lo que estaba haciendo, para que la sangre volviera a todo mi cuerpo, tomé uno de los jabones y le retiré la envoltura, una barra blanca con forma ovalada, caminé despacio.

Me paré frente a la cortina del baño.

—Aquí está el jabón —le dije.

—Métete, ya estoy mojado —respondió.

Me encorvé inmediatamente al sentir de nuevo como se me aceleraba el pulso y la sangre acumulándose de nuevo en el centro de mis fantasías.

Su ropa sucia tirada por el suelo, la toalla y la ropa limpia sobre el retrete, una cortina de plástico que dibujaba su silueta al otro lado, vapor subiendo al techo y yo, un “yo” un “Cuasimodo” jorobado sudando y temblando era todo lo que había entre las cuatro paredes del baño de dos por dos metros.

—Ten —le dije, alargando el brazo con la barra de jabón hasta un extremo de la cortina, quería aventárselo y desaparecer de ahí.

Recorrió unos centímetros la cortina que dejó ver su rostro, su hombro derecho y su costado hasta la cadera, gotas de agua bajaban lentamente hasta desaparecer, aunque intenté no mirarlo no pude, era como si mi mirada fuera de metal y su cuerpo un magneto, como si cada una de las gotas de agua en cada milímetro de su piel me gritaran al unísono, un coro imposible de ignorar.

—¿Qué tienes? estas sudando —me dijo al verme.

—Nada, ¡toma! —le acerqué el jabón. Sonrió.

Se lo acerqué más, lo tomó o se lo arrojé, no lo supe, me giré, salí, hui.

Prendí la televisión, no me importaba que se descargará la batería, tenía que distraer mis pensamientos, alisté una toalla y la ropa que me iba a poner, me senté de nuevo en la cama, coloqué la almohada sobre mí, me levanté, apague la televisión, salí de la casa, me senté junto al árbol y esperé a que saliera del baño, y a que los minutos me calmaran, después de un rato salió, con una mano cargando la ropa sucia y con la otra acomodándose la playera, con el cabello húmedo y tan relajado como siempre.

—¿Te sientes bien? —Me preguntó, — ahorita te veías muy mal. —Agregó.

—Sí, muy bien, voy a bañarme —me puse de pie y entré en la casa, tomé mis cosas y me metí al baño; me quite la ropa, pensé si él también me imaginaria desnudo, lo más probable era que no.

Abrí la llave del agua caliente, luego la del agua fría para regularla, apenas y el agua empezó a caer sobre mí, mis manos fueron debajo de mi abdomen, tomé el jabón con el que él había recorrido todo su cuerpo, y me acaricié y me toqué, ahora no había nada que pudiera detenerme, llevaba una de mis manos desde mi cuello hasta la parte baja del abdomen y la otra continuaba moviéndose en el mismo lugar, los espasmos eran cada vez más seguidos, hasta que sentí el deseo abandonando mi cuerpo y el hueco que dejó vacío se llenó al instante de culpa.

## Uno de septiembre

Viernes

Cuatro días pasaron desde que saltó sobre mi mundo desde el escalón más alto del camión blanco levantando más que solo tierra del suelo, dudas sobre todo, de las que ya sabía la respuesta pero que me apresuraba a tachar, borrar o corregir en cuanto aparecían, como cuándo justo después de escribir una respuesta en un examen, te das cuenta de que es incorrecta, sólo que ahora no lo era, era la respuesta correcta y quería que él lo supiera también, ¿lo sabía ya?, ¿cuándo se lo iba a decir? nunca, esa también era una respuesta correcta.

En esos cuatro días logró que todos los trabajadores supieran quien era, que hablaran de él, que lo invitaran a ser parte de sus vidas, así como yo deseaba que fuera parte de la mía, y no sólo por esas semanas que estaría ahí, sino para siempre.

— ¡Buenos días Leo! —le decían.

— ¡Hey, buenos días! —respondía con esa maldita sonrisa que me hacía olvidarme del resto del mundo, que me hacía espiarlo cuando sabía que me encontraba en el ángulo indicado para que no se diera cuenta.

—Leo ¿quieres un cigarro? —le preguntaban

— ¡Claro, ya te habías tardado! —respondía, luego se acercaba jugueteando con el encendedor rojo que cargaba obligadamente en el bolsillo izquierdo de sus banqueros y que compartía espacio con un llavero metálico, una figura religiosa tallada, el derecho permanecía vacío y en uno de los traseros, el derecho, llevaba la cartera de piel color café que ya estaba marcada en cada uno de los tres pantalones que había usado hasta ese día.

Cuatro días en los que yo buscaba que mi padre me mandara a llevarle cualquier recado o que inventaba alguno que otro, los suficientes, no demasiados, para que parecieran verdaderos. El tiempo que pasábamos juntos nunca era suficiente para mí.

—Leo, dice mi papá que va al pueblo, que si quieres algo —era verdad que iba al pueblo pero mentira que le preguntará si quería algo.

—Leo, dice mi papá que si cuando llega el segundo tráiler —había escuchado a mi padre platicando con otro trabajador sobre cuantos tráileres vendrían este año y cuando iban a llegar, y como no lo sabían, me ofrecí para preguntárselo a la única persona que lo sabría.

—Leo, dice mi papá que si quieres quedarte a vivir aquí para siempre —luego me reía de mí.

El resto del tiempo lo pasaba en la casa, en las huertas, entre los árboles, las escaleras y los guares<sup>1</sup> de palma, en el tractor, en la carreta con cajas vacías hasta las huertas, en la carreta con cajas llenas de regreso, entre los hombres y mujeres con gorras de equipos deportivos y brazos arañados por las ramas de los árboles, entre las bromas y los gritos de ¡ahí va otra!, ¿qué hora es?, ¡pásenme el guare!, ¿quién trae agua?, y a la hora de comer todos juntos sentados sobre la hierba, al lado del arroyo que dividía las dos huertas

---

<sup>1</sup> Guare: Utensilio elaborado de palma, puede ser de diferentes formas y tamaño, de acuerdo a su función.

más alejadas de la casa, más de treinta rostros conocidos compartiendo risas y el lonche del día, intercambiando burritos de frijoles por un sándwich de salchicha, burritos de papas por latas de sardinas con galletas saladas, tomando de frascos de café calentados al sol y Coca-Colas enfriadas en el río.

— ¡Hey Leo! ¿Cuándo vas a echarte una cascarita al pueblo? Hoy se va a poner bueno, —le preguntó uno de los trabajadores.

— ¿De cuánto o qué? ¿Las cocas? —respondió con una sonrisa.

— ¡Va! A las seis en la cancha de la plaza.

—Si quieres las puedes pagar de una vez, así te ahorras la paliza —lo decía con ese tono que lo hacía ser gracioso y no presumido y que a todos encantaba, todos lo acompañaron con unas risas.

—No sabes en la que te acabas de meter, ¿las cocas y unas cervezas el sábado?

—Si quieres perder más, por mi está bien —risas de nuevo.

— ¡Va!

— ¡Va! —quedo cerrada la apuesta, yo lo miraba riéndose con otros que no eran yo, alejándose en una dirección contraria a mí, quise acercarme, reírme con él y así evitar que me abandonará, me quede mirándolo.

\*\*\*

Ya se habían levantado casi todos para volver a trabajar cuando lo vi caminando hacia mí, no le había hablado desde el día anterior cuando salió de la habitación todavía húmedo y yo entré al baño a sacudirme la imagen de él desnudo de encima, me había resistido a seguir mi rutina de inventar cualquier excusa para acercarme a él, no podía hacerlo porque apenas y me acercaba y la imagen de él detrás de la cortina del baño se me atravesaba y se quedaba frente a mí. Se acercó hasta donde estaba para hablarme.

—Entonces, ¿me llevas hoy Camilo? —lo dijo con la mirada, esa que me desarmaba, y la única que tenía, me lanzó además una de sus malditas sonrisas, las que me mareaban y no sabía cómo reaccionar, que hacer, que decir.

— ¿A dónde? —no lo podía mirar, si lo hacía volverían a mí las imágenes de su torso goteando y la culpa que sentí bajo la regadera, dirigí la mirada hacia el arroyo.

—A la plaza, a jugar fut, tengo que ganar la apuesta, tú podrías ayudarme —sonrió de nuevo.

—No creo que sea de gran ayuda, ahí van a estar todos y hacen los equipos, te puedo decir quiénes son los mejores. —Mi miraba seguía en la inquieta línea que formaba el arroyo entre las dos huertas de árboles de manzanas con su reflejo distorsionado en él, al igual que el cielo azul con algunas nubes.

—Muy bien, pero ¿si me llevas?, tu mamá dijo que podíamos ir en las bicicletas o hasta en el tractor —me tomó del hombro cuando lo dijo, esperando una respuesta.

Su mano en mi hombro se sentía bien y se sentía mal, se sentía como si la felicidad y el miedo se hubieran apoyado sobre mí, felicidad para el desea pasar cada minuto a su lado y miedo para el otro, el que no puede apartar la vista del arroyo y mirarlo a él, y así era cada vez que estábamos cerca, me encantaba

estar con él pero al mismo tiempo me aterraba, cada que me tocaba, para él era nada y para mí era otra vez una batalla.

—Sí, ahorita reparamos la bicicleta de mi hermana y nos vamos —lo miré rápidamente y luego retiró su mano luego de un apretón.

— ¿Es un trato Camilo? —me extendió la mano y sonrió, sonreía siempre y aun así seguía notándolo cada que lo hacía, apreté su mano y acepté su trato.

—Es un trato —le respondí.

Me quedé con su mano entre la mía si querer soltarla.

«No me sueltes —pienso. »

Me suelta

Se da media vuelta y lo veo correr para ayudarle a alguien a mover una escalera de un árbol en el que ya no quedaban manzanas y yo me quedé sosteniendo la felicidad y el miedo con la mano que esperaba que él no soltara, nunca.

\*\*\*

Ya no quedaba nadie trabajando en las huertas, mi padre estaba haciendo la nómina para pagar al día siguiente, aparte de ser el capataz tenía que encargarse de pagar y de llevar las cuentas de los gastos. Mi madre estaba junto al pozo de agua, un poco después de la acequia limpiando granos de maíz cocidos para hacer tortillas, la parte de molerlo en el molino que estaba en el portal de las bodegas del maíz, ya sabía que me tocaría a mí al día siguiente.

Yo estaba recostado, tratando de no parecer impaciente por cumplir el trato que había hecho con él tan solo unas horas antes, esperando que me llamará y salir como si no hubiera estado pensando únicamente en ello, habían pasado quince minutos desde que se habían marchado todos y si quería llegar a las seis a la plaza tendría que venir a buscarme dentro de los siguientes quince minutos, si no lo hacía podría ir a buscarlo con algún pretexto y decir algo que se lo recordará, aunque luego pensaba que si se le olvidaba, tal vez sería lo mejor, así no tendría que sentir envidia al verlo reír con alguien más.

No pasaron más de cinco minutos cuando lo escuché afuera.

— ¡Camilo! —sonreí automáticamente y esperé para salir de la casa, quería escucharlo decir mi nombre una vez más, el nombre por el que sólo él me llamaba, me gustaba como sonaba en sus labios, me gustaba como alargaba la “i”, como lo cortaba como si fueran dos palabras y no una, ¡Camiii-lo!

— ¡Camiii-lo! —me llamó otra vez, ahora desde la entrada de la cocina, corrí la cortina de tela que la dividía de la habitación y lo vi de pie junto a la puerta de dos hojas.

Me miró y de nuevo, sonrió, le regresé la sonrisa.

—Te estaba esperando —me dijo.

—Me quedé dormido —mentí.

—Tengo una apuesta que ganar y tú prometiste llevarme.

—Y cumpliré mi promesa, soy un hombre de palabra, vamos —levante la mano derecha, remarcando la promesa, él se rio.

—Menos mal, porque si no, no te doy consejos para que puedas conquistar a las “muchachas bonitas que hay por aquí” —La última parte la dice imitando el tono áspero de mi padre, riéndose nuevamente.

—No quiero conquistar a nadie —le respondí ignorando su broma, salí de la casa.

—¿A nadie? ¿No hay nadie que te guste? —me golpeó con su codo en mi costado, buscando la confianza que no tenía en nadie.

—No, nadie —me apresuré para evadir la conversación—, y apúrate que todavía tenemos que arreglar tu bicicleta.

Era una bicicleta verde de carreras, con las llantas muy delgadas y nada útil para utilizar en terracería. Estaba arrumbada en una de las bodegas, abrimos la puerta y el haz de luz dejó ver todas las partículas de polvo moviéndose, había herramientas de trabajo y unos costales de fertilizante, la bicicleta estaba colgada en una de las paredes de madera.

Sacamos la bicicleta empolvada de la bodega de herramientas y empezamos a trabajar, había que ajustar la cadena para que no se barrierá y desponchar ambas llantas. No se había utilizado desde que mi hermana mayor se había mudado a la ciudad. Sacamos una cajita metálica de herramientas, donde también estaban los parches.

—Pásame la llave —me dijo.

—Toma —se la entregué.

—Dame los parches.

—Quita la otra, yo la desponcho.

—Sujeta la bici.

«Somos un buen equipo, pensé, tal vez podríamos llegar a ser buenos amigos, después de todo, o ya lo éramos, aunque para mí no fuera suficiente y para él fuera irrelevante».

Lo miraba mientras terminaba de colocar la llanta trasera, miraba las gotas de sudor acumuladas en su frente, las manos manchadas de tierra y aceite, la manga de su camisa remangada hasta el codo, los bellos de su antebrazo, lo hermoso que era. Lo envidiaba, quería al menos imaginar ser él para descifrar si me veía como yo a él, leer cada pensamiento que atravesaba su mente cuando me miraba, saber si escondido en el último rincón de sus deseos me encontraba yo, pero no lo conseguía. No podía descifrar uno solo de sus movimientos, una sola de sus miradas, una sola de sus sonrisas, sus malditas sonrisas.

— ¡Ya quedó! —miraba complacido la bicicleta verde limón, con cuernos como los de un borrego, girados hacia el frente, con el asiento roído por el tiempo

—Vámonos o no vas a llegar a tiempo para cumplir con la apuesta, voy por mi bicicleta y por unos tenis para ti por que con esas botas tampoco creo que puedas hacer mucho —le dije mientras me dirigía a la casa.

Se rio y me dijo que ni siquiera había pensado en eso.

Eran casi las seis de la tarde cuando tomamos las dos bicicletas y cruzamos por el puente de concreto a la entrada de la hacienda. Había que subir una pendiente de unos quinientos metros llevando las bicicletas a pie o tomar el camino largo de los vehículos rodeando la pendiente, después todo el camino era un zigzag entre campos de maíz, avena y alfalfa, otros ranchos y tapias abandonadas, con pequeñas pendientes y valles. Teníamos que cruzar un arroyo y la carretera que lleva a la ciudad, pasar al lado del panteón del pueblo y por último descender por un tramo que se convertía en la calle principal del pueblo y terminaba en la cancha de fútbol justo entre la plaza y la iglesia.

El sol estaba cubierto por nubes, y un aire suave soplaba en las huertas, no parecía que fuera a llover pero hacía que no se sintiera tanto calor.

Todo el camino me sentí como si estuviera volando, como si fuéramos dos aves. Sentía que en cualquier momento las llantas se iban a despegar de la tierra y que podríamos ir a donde quisiéramos, que él me iba a seguir y que me diría todo lo que quería escuchar, que se sentía como yo, que se sintió así desde el principio. Mientras pensaba en ello me di cuenta que el principio había sido tan solo cuatro días atrás y que el principio no lo había sido en realidad, nada había comenzado y nada iba a comenzar, me tenía que conformar con ser su amigo si es que al menos eso quería de mí y que todo lo demás, todo eso seguiría existiendo sólo en el universo paralelo de mi cabeza, donde no me dolía tan sólo pensarlo, donde no estaba prohibido y donde podría haberlo dicho desde el que, entonces, si hubiera sido el principio.

No hablamos mucho durante el camino, fue más bien como una competencia, cuando él estaba adelante yo aceleraba para alcanzarlo, entonces él hacía lo mismo y no dejaba que llegara hasta él, luego pasábamos un minuto uno al lado del otro, casi sin pedalear dejándonos llevar por la bajada de una pendientes, y de pronto uno de los dos volvía a acelerar invitando al que se quedaba detrás a alcanzarlo.

Llegamos a la cancha de concreto, rodeada de dos filas de gradas metálicas a la izquierda y detrás de ellas una placita con árboles, un quiosco al centro, bancas de cantera blanca, cada una de ellas con el nombre de quién la había donado impreso en su respaldo, una barda de concreto a la derecha, al otro lado la iglesia con su campanario y la oficina parroquial, ambas de color beige claro combinado con café oscuro, las porterías eran dos muros altos que servían también para sujetar las canastas para basquetbol, aunque rara vez se utilizaban. La cancha, la plaza y la explanada de la iglesia estaban llena de niños, jugando con una pelota o persiguiéndose unos a otros, adolescentes y adultos jóvenes jugando fútbol, platicando en grupo o coqueteando entre sí y algunas señoras compartiendo los últimos chismes del pueblo luego de terminar de rezar.

— ¡Leo! Pensé que te había dado miedo ¿listo para perder? —escuchamos a alguien desde uno de los grupos que estaban en las gradas, dos hombres y tres mujeres entre quince y veinte años todos.

Nos acercamos hasta ellos, él por delante, yo lo seguía. Los saludamos a todos, él siempre con su efusividad permanente, yo más bien desde el polo opuesto a pesar de que los conocía a todos desde siempre.

Él conocía a uno de ellos desde hace cuatro días y después de sólo unos minutos ya era parte de grupo como si hubieran crecido juntos, ellos se reían a todo pulmón de sus chistes y ellas no le quitaban los ojos de encima y yo, yo me seguía sintiendo un extranjero que sonreía más por compromiso ante un grupo de desconocidos.

— ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —le preguntó una de ellas.

—Tres semanas —respondió, —es lo que cree que va a durar la pisca de manzana tu papá, ¿verdad? — agregó volteándome a ver.

Yo asentí.

— ¿Y vendrás todos los días al pueblo? —preguntó con una sonrisa que decía: “quiero que vengas todos los días al pueblo”.

Todos le hicieron burla al notar sus claras intenciones, en su rostro se dibujó el triunfo disfrazado de pena de quien festeja que su finalidad haya quedado clara pero debe fingir que no, así, ahora todo dependería de él.

Deseé en ese momento más que en cualquier otro meterme en su piel responderle que no, que no creía que iba a poder ir seguido, que tenía muchas cosas que hacer en el rancho y dejarle también claro que su declaración de intenciones solo iba a quedar en eso, pero no era él, ni podía persuadirlo para que diera una respuesta que no me arrojara contra el pavimento, sólo podía quedarme quieto como una estatua de sal desmoronándose con cada una de las palabras que él estaba a punto de pronunciar.

—Espero poder venir todos los días —fueron seis palabras y una sonrisa las que le respondieron que él podría tener las mismas intenciones que ella.

También seis palabras bastaron para dejarme sordo, no quería seguir escuchándolas, salían como navajas afiladas directo al hilo azul que sujetaba lo que quedaba de alas en mi espalda. Decidí que no quería escuchar nada más. Me encerré con llave.

\*\*\*

Cuando me di cuenta ya habían quedado conformados los equipos rivales, él y el que lo había retado eligieron a los miembros de cada equipo. Él contrario eligió primero, después él me eligió a mí, todos se rieron. Seis contra seis, doce adolescentes y jóvenes entre trece y los veintitantos años corriendo sobre el cemento, un balón de hexágonos de plástico volaba de un lado a otro, yo estaba parado sobre el cemento, el balón y los otros jugadores corrían a mí alrededor al igual que sus palabras.

Después de más de una hora de juego él demostrando lo bueno que era, yo tratando de ocultar lo contrario, después de camisetas empapadas en sudor, alguna caída que interrumpía la acción para una ronda de burlas para la víctima en turno, yo incluido, el partido estaba empatado a siete goles y por unanimidad se decidió que el siguiente sería el determinante, pues los más jóvenes y los que tenían novia tenían que retirarse, o porque no tenían permiso para más tarde o para acompañarlas hasta sus casas. Fue también el



gol que más tardó en llegar, tal vez porque todos estaban dando el máximo esfuerzo, yo sólo quería que terminara y poder llegar a casa, tal vez llorar por él, por mí.

El equipo ganador festejando, nosotros; el perdedor resignado. Después poco a poco se fueron todos los que minutos antes estuvieron corriendo y gritando, sólo quedamos él, yo y el grupo que nos había recibido.

Se estaban poniendo de acuerdo para salir al día siguiente, sábado. Irían al “salto”, una parte del río que pasaba cerca al pueblo, donde se formaba una alberca natural rodeada de pequeñas cascadas, el lugar que comúnmente se elegía para hacer días de campo familiares, pero también el que se elegía con planes románticos por las parejas que permanecían en los vehículos o se escabullían entre los árboles.

Irían todos ellos, tres y tres, él y ella, lo que significaba que el plan era muy sencillo aunque yo nunca había podido seguirlo antes: tres parejas, cada pareja determinaría el plan individual a seguir. Yo me limitaba a escucharlos, a intentar una mueca de sonrisa cuando hacían alguna broma; y más que nada a desear que él no asistiera a esos planes y a odiarme por haberlo llevado hasta ellos, quise regresar el tiempo, regresar los granitos de arena a la parte de arriba del reloj, deseé que no me importará lo que el hiciera, deseé no empezar a sentirme tan solo como antes de que el llegará a hacerme compañía, incluso sin darse cuenta.

¿Por qué nadie me dijo que podía pasarme esto? ¿Por qué no me lo dije yo?

Quería salir corriendo, volver a ser sólo yo, sin su eco adherido a mi costado, sin su sonrisa esculpida en mi memoria. Me hubiera ido en cuanto se terminó el partido de fútbol o antes, en cuanto dijo ‘sí’; pero él venía conmigo, yo venía con él, no podía dejarlo solo, si podía, no quería, y no es que a él le hubiera importado que lo dejará ahí, tal vez hasta deseaba que lo hiciera, pero a mí sí me importaba, me importaba que compartiéramos poco más de veinte minutos de camino de regreso, veinte minutos de felicidad ficticia, sobre todo porque sentía la seguridad de que sería la última vez que podría tenerlo para mí, después lo perdería, lo perdería sin siquiera haberlo tenido, lo perdería incluso como amigo, se deslizaría líquido entre mis dedos hasta otro mar, uno aún más lejano, más ajeno y sobre todo, menos mío.

\*\*\*

Pasamos el arroyo de regreso a casa, las llantas entre las piedras resbalosas y los treinta centímetros de agua rompieron el silencio que perduraba desde que dejamos el pueblo, ninguno de los dos había pronunciado alguna palabra. Yo por miedo a que entre ellas se me escapara un “no vayas” o un “quédate conmigo”; él, tal vez por indiferencia. Avanzábamos como dos fantasmas, mudos, silenciosos, casi transparentes en la oscuridad, que sentía se había extendido no sólo en el exterior, estaba incluso más oscuro dentro; y las aves que volaban libres en ese mismo camino horas atrás ahora no podían despegarse del suelo. Lo malo de la tristeza es que pesa demasiado.

— ¿Las conoces a ellas? —preguntó, su voz sonaba diferente, tímida, como un niño dirigiéndose a un desconocido.

— ¿A quiénes? —respondieron mis celos junto con mi tristeza, me arrepentí al instante, él me dijo sus nombres. —En este pueblo todos nos conocemos, —respondieron otra vez, no sabía cómo acallar los sentimientos que habían secuestrado mi lengua.

— ¿Y qué opinas? —preguntó luego de un minuto.

—Pues, la más alta es novia del que te invitó, las otras dos son sus amigas, siempre andan juntas, la que traía el cabello suelto es de mi edad, vamos juntos en la escuela, las otras dos si acaso uno o dos años mayores, ya salieron de la prepa pero no siguieron estudiando, supongo que te vas a divertir mucho con ellas, todos dicen que son, ya sabes 'muy divertidas' —seguía hablando mi envidia.

— ¿Se te hacen bonitas? —él parecía ignorar mi tono y mis palabras.

—Sí, son las más bonitas del pueblo.

— ¿Te gusta alguna de ellas?

—No.

— ¿Seguro?

—Seguro.

— ¿Crees que deba de ir mañana?

—Claro, cualquiera desearía ser tú.

— ¿También tú?

—No, yo no.

— ¿Por qué tu no?

—Porque no —respondieron mis labios cuando el resto de mi cuerpo quería decirle que sí, que deseaba ser él pero no para ir con ella ni con nadie más sino para sentir con las yemas de los dedos la calidez de su piel, sentir cada centímetro de piel y memorizarlo, memorizar cada curva, cada pliegue, cada lunar, cada cicatriz, dedicarme solo a ello, pero todas esas palabras que moría por decir, apenas intentaban convertirse en sonido y se transformaban al instante en agujas, en alfileres y cada una de ellas se encajaban en mi garganta, en mis entrañas, en mis músculos, en mis venas, en mis pulmones, dejándome sin aire para poder pronunciarlas. Quería decirlas pero no podía, porque no debía, no era correcto decirle eso a otro hombre, se lo podía decir a cualquier ella, pero no a él, y aun así, después de todo el dolor que me provocaban las palabras no dichas no me sentía del todo decepcionado, porque me lo había preguntado, tal vez porque le importaba, o eso me decía a mí mismo, resignado, me decía que tal vez si le permitiera a mi voz introducirse en sus tímpanos, no iría, tal vez no iría y nada cambiaría, no tendría que volver a llevarlo al pueblo, no tendría que compartirlo con nadie más y el hilo azul no se rompería y mis alas volverían a sanar y tal vez un día, un año o veinte después decirle todo aquello estaría bien y sería hermoso, pero no, la respuesta era no, ahí sobre una bicicleta vieja, en un camino de tierra, casi a oscuras, a unos cuantos metros de él, la respuesta era no.

\*\*\*

Llegamos hasta la puerta del rancho, bajamos la pendiente por el camino de los vehículos, dejamos las bicicletas en la bodega, nos dirigimos a la casa, ahí estarían mis padres y su compañero cenando, los acompañamos, hicieron algunas cuantas preguntas y él las contestó. No estaba ahí, veía la escena desde fuera, como casi siempre lo hacía, como hacía unas horas en el pueblo, como hacía un día que estuve tan cerca de él, como hacía cinco días que lo vi por primera vez, como hacía cuatro años que fui por primera vez consiente de la estampida de dudas que pasaba sobre mí, desde entonces me veía así, desde una ventana, como una película, como un libro; una ventana que quería romper, una película que odiaba, un libro al que quería arrancarle cada página y escribirlo de nuevo. Terminé de cenar lo más rápido que pude, devoraba cada bocado como si tuviera un año sin hacerlo, ellos pensarían que moría de hambre cuando lo único que quería era no estar ahí, no estaba, pero tampoco quería estar físicamente. Me levanté de la mesa sin decir nada, fui hasta mi cama, tomé el mismo cuaderno donde había escrito su nombre y el mío, donde la espiral de mi imaginación nos había alcanzado a ambos y nos había unido, tache su nombre, partí las líneas, encerré mi nombre en un círculo, me acabe la punta del lápiz hasta que las líneas que le daban forma a su nombre y a lo que nos unía no lo fueran más, ahora sólo eran parte del gris oscuro que me rodeada y que casi alcanzaba a tocar mis letras, casi lograba fundirme con el resto.

## Dos de septiembre

Sábado

A diferencia de los días anteriores, hice todo lo que podía para evitarlo, me levanté más tarde de lo que acostumbraba, no me acerqué a las huertas ni al área de carga durante todo el turno de trabajo que solo duraba hasta las dos de la tarde, después todos regresaban, más sonrientes que de costumbre después de que mi padre les pagará la semana trabajada. Yo quería mantenerme lejos de cualquier sitio en donde se encontrará el, quería borrar las fantasías que se me habían acumulado en apenas una semana, hacer una hoguera con ellas, arrojarlas al fuego de una por una y hechas cenizas dejar que el viento las esparciera para no poder unirlas nuevamente, tal vez ocasionalmente me encontraría con alguna de ellas a un lado del camino al pueblo, al borde de la cama de mi habitación, en la humedad del baño, entre los postes de madera del corral, y aunque así fuera, también había lugares que no me lo recordarían, donde podía estar a salvo de su eco, porque había lugares dónde aquellas fantasías aún no florecían, y así cada que me tropezara con alguna de ellas podría correr hasta uno de esos lugares seguros, uno que no estuviera minado de anhelos, de sueños sin cumplir.

En aquel momento sólo quería huir de él, evitarlo y así evadir la idea de perderlo, no quería verlo alejarse por la tarde rumbo al pueblo, rumbo a otras personas que no eran yo y con las que se olvidaría de mí, con las que se reiría y a las que les entregaría las sonrisas que nadie más conocía como yo, pues nadie las había grabado sobre piel y sobre carne como yo lo había hecho, y ellos, todos ellos que no sabían que tomaba el café sin azúcar, que no podía resistirse a jugar con el encendedor cada vez que encendía un cigarro, que de vez en cuando metía la mano en el bolsillo solo para verificar que tenía consigo el llavero metálico, ellos podrían tenerlo como yo quería, como un amigo, como algo más, como algo mucho más que un amigo.

Después de la jornada de trabajo, de que mi padre pagará la raya a todos los trabajadores, después de comer y como hacían cada sábado, mis padres irían por la tarde a hacer el mandado al pueblo, yo casi siempre los acompañaba en la camioneta cabina y media, color café con líneas beige a cada lado. La rutina consistía en mi padre conduciendo, mi madre en medio y yo en la otra orilla para bajarme a abrir la puerta del rancho al salir y al volver. Íbamos los tres en silencio o escuchando algún casete, siempre era yo el que decía de quien era el turno de escuchar música y mis padres lo aceptaban, escuchábamos uno de ida y otro diferente de regreso, íbamos a la única tienda más surtida del pueblo, mi madre escogía las verduras, la carne, algunos abarrotes que faltarán, yo aprovechaba para comprar alguna chuchería, mi padre se quedaba afuera conversando con los ancianos que pasaban sus días fuera de la tienda, a la sombra de una vieja mora, en el banco de madera, fumando Raleigh o Faros, tomando Coca-Cola, comiendo cacahuates, arrojando las cáscaras en la acequia que atravesaba el pueblo y las distribuía por los campos de siembra.

Estaba acostado en mi habitación cuando los escuché entrar en la cocina, mi padre, él y el chófer, después de terminar de pagar venían a comer, yo ya había comido hacía un rato así que permanecí donde estaba,

detrás de la cortina, a salvo, estaba arrojando una pelota de plástico azul contra la pared que tenía de frente, la arrojaba, chocaba contra la capa de cemento pintado de amarillo que cubría las paredes de tierra, hacía un ruido hueco, la atrapaba con la misma mano, prácticamente solo tenía que cerrar mis dedos, la pelota aterrizaba sobre la palma de mi mano, esperaba unos segundos para volverla a arrojar, mantenía un ritmo constante, no sé si lo hacía para que se diera cuenta que ahí estaba o para seguir fingiendo que no me importaba su presencia que prefería estar haciendo cualquier otra cosa que estar cerca de él, mi madre les sirvió lo que había preparado y ellos estuvieron conversando sobre su primera semana en la plantación, de cómo iba el trabajo, de cuanto faltaba, que al día siguiente partiría el primer tráiler cargado, en un momento mi padre les dijo que irían al pueblo terminando de comer por si querían ir a comprar algo, sobre todo el chófer, para que se preparará para el viaje, escuché la pregunta, la pelota rebotó en la pared, la atrapé, y no la lancé. Esperé, esperé a que él respondiera, deseaba que dijera que no, que se iba a quedar a descansar, que no tenía nada que hacer en el pueblo, quería que respondiera eso para salir, levantarme el propio castigo al que me había sometido durante todo el día y dejar de evitarlo, escuché entonces su respuesta, dijo que sí quería, muy bien, pensé de nuevo, tal vez sólo necesite ir a comprar algo, alguna nadería, entonces agregó que sí quería que lo llevaran pero que le dieran oportunidad de tomar un baño antes, no había más que escuchar. No, no sólo quería ir a comprar, iba a ir con ellos, con ella, lo odié, arrojé la pelota de plástico contra la pared como si se la estuviera arrojando a él, quería hacerle daño, así como el me lo había hecho a mí con tan solo pronunciar esas últimas palabras, rebotó en la pared, rompió la capa de pintura que la cubría, y ya no la atrapé, me levanté para salir de ahí, apenas me puse en pie y mi padre me ordenó que encendiera el boiler, mi ira se multiplico.

—Voy —le respondí detrás de la cortina, — ¿algo más? —Agregué con un tono que evidenciaba mi molestia, y me dirigí a la habitación de mis padres para salir por ella, no quería ver a nadie, no quería verlo a él, estuve a punto de azotar la puerta pero me contuve, en lugar de eso corrí hasta el partidero de leña, tomé el hacha y comencé a cortar los troncos, como si lo cortará a él, como si me cortara a mí, vi partirse en dos la relación que había construido sólo para mí mismo, no para ambos, saltaban astillas de los días previos, y lo peor era que pensaba en que además de saber que iría al pueblo con intenciones de galán, tenía que ayudarlo a que luciera como tal, lo odiaba tanto, nunca había odiado tanto, nunca había odiado.

\*\*\*

Después de encender el fuego, tomé uno de los cuadernos nuevos y un bolígrafo negro y me fui a la orilla del arroyo a esperar, a desaparecer hasta que estuvieran a punto de irse, estuve sentado en la hierba al menos por una hora observando el agua y mis pensamientos fluir en una sola dirección, el agua del arroyo bajaba hasta algún banco de agua a kilómetros de distancia y mi mente hacia él, cada corriente terminaba por desembocar en su piel mojada, en su ombligo, en su labios pronunciando mi nombre, no podía evitarlo, incluso ahora que sabía que todo era un espejismo, agua en el desierto que no existe, que tratas de alcanzar

aunque no esté ahí, una imagen perfecta sobre la superficie de un lago que hasta una hoja arrastrada por el viento puede destruir.

Dibujé, entonces, hojas secas sobre el papel, hojas secas, sin vida, como mis sueños, dibujé seis, una por cada día desde que él había llegado; pensaba que estaba sentado solo a la orilla pero había alguien más, la tristeza, que había llegado a hacerme compañía, se sentó junto a mí, veía el agua correr y me veía dibujando, en silencio, me observaba, no hacía ningún ruido, pero ahí estaba.

Luego de terminar las seis hojas secas, cerré el cuaderno y me puse de pie, la tristeza hizo lo mismo, caminó a mi lado.

Entré en la casa, mi madre estaba terminando de alistarse, me preguntó si los iba a acompañar, le dije que no, me acosté con intención de quedarme dormido, el único refugio que podía encontrar, aunque en cuanto escuché la camioneta encenderse corrí a la ventana, lo vi subiendo con sus botas negras, su pantalón de mezclilla, una camisa blanca con líneas azules y mi corazón aún en sus bolsillos.

¿Alguna vez han llorado por algo que nunca comenzó, por la historia imaginaria escrita en el futuro, de la que querían al menos una probada? Eso hice, llorar, y no sólo por él y por lo que no iba a suceder, sino por mí, porque aunque él no hubiera llegado, algún día habría llegado alguien más, y yo al igual que esta vez, lo vería desde afuera, detrás de la ventana, lo vería en el aparador cuando no traes más que miedos en los bolsillos, ni siquiera me atrevería a preguntar el precio. El precio de la verdad y de sus consecuencias aún no estaba listo para pagarlo, me quedé ahí viendo cómo se alejaba, inmóvil, no sé si paso un minuto o una hora o veinte desde que la camioneta subía por el camino de tierra, sólo sé que cuando volví a mirar el camino ya no estaba, ahora estaba solo, de verdad solo, regresé a la habitación, tomé el mismo cuaderno y el mismo bolígrafo, me senté en el piso áspero, y detrás de las seis hojas secas lo dibuje a él, me dibuje a mí, nos dibuje a nosotros, dibuje sus labios y sus ojos, dibuje una lagrima, un corazón roto, una manzana, escribí su nombre mil veces de mil formas distintas, le escribí un poema, le declare mi amor, dibuje su ombligo, su piel desnuda, dibuje mi deseo, las líneas del lápiz lo desnudaban a él y a mí, la línea de su cuello me levanto la playera y la de su cadera desabotono mi pantalón, arranqué el papel y mi ropa, ahí estábamos los dos desnudos, él en papel y yo a punto de arruinar mi propia creación, y así fue, mis ganas mancharon las hojas de papel. Todo lo que quería que fuéramos ahora eran solo ovillos de papel sobre el suelo, yo era uno más.

Me levanté y tomé las hojas de papel arrugado, busque la cajita de cerillos en la cocina y después las quemé, quemé el secreto, era una despedida, «adiós, —le dije», y me guarde un pedazo de papel en mi bolsillo, un pedazo que sólo contenía una línea curva, su sonrisa.

## Tres de septiembre

Domingo

Estaba convencido de que a partir de ese día todo volvería a ser como antes, no antes cuando nos imaginaba uno frente al otro sin que desviáramos la mirada, antes, cuando ni siquiera sabía que existía, cuando era sólo yo, sin su sonrisa, sin sus botas negras y sin su llavero metálico jugando entre sus dedos, a ese antes volvería.

Ya había tenido mi despedida un día antes, y después de todo, de todo lo que había ocurrido de mi piel hacia adentro, pensaba que había estado exagerando las cosas. Me desperté y me puse en pie temprano, saludé a la tristeza que se había acostado conmigo y le dije que se quedará en cama, que ese día no quería su compañía, desayuné tortillas de maíz recién hechas que mi madre había hecho con el maíz que yo había molido el sábado por la mañana, salí de la casa y fui hasta el tráiler cargado de cajas de madera, cargadas a su vez con cientos de manzanas verdes brillantes a punto de embarcarse en un viaje de miles de kilómetros, ahí estaban mi padre y el conductor del camión, que ya estaba listo para partir, se marcharía aquel día temprano, y después de dos días estaría descargando en el sur del país. Nosotros, mis padres y yo, junto con mi madre nos alistaríamos como cada domingo para ir a visitar a mi abuela, la mamá de mi padre. Tíos, primos, más tíos y más primos también estarían ahí. ¿Qué haría él? No lo sabía, no quería saberlo, no me importaba, «no, me corregí» ni siquiera me lo pregunté, a partir de aquel día, como lo había dicho justo al despertar, todo quedaría atrás, y a partir del día siguiente todo sería más fácil. Regresaría a la escuela, por las mañanas tendría que salir de la casa a las siete de la mañana y no volvería hasta pasadas las tres treinta, en la tarde me ocuparía haciendo mis deberes escolares, así que ya casi no lo vería durante toda la semana, tal vez sólo tendría que enfrentarme a él durante la cena y el fin de semana, me sentía bastante animado, pensaba que lograría superarlo tan fácil como me había obsesionado o al menos disimularlo hasta que la pantomima se volviera verdad.

Después de que el chófer partiera, mi padre y yo fuimos a la casa. Mi madre estaba terminando de recoger la cocina.

—Ve y prende el boiler para que no se nos haga tarde —me dijo mi madre cuando nos vio entrar—, ah y este muchacho no ha venido a desayunar, ya voy a terminar de recoger para que le digas —agregó.

—Yo creo que llegó muy tarde anoche, todavía ha de estar dormido, no se levantó ni para despedir al chófer —le dijo mi padre.

—Bueno, pues ahorita que desayuné él solo, porque quiero alcanzar a ir a misa.

Mi padre fue a recostarse y yo tomé la cubeta para ir a tomar leña, apenas había dado unos pasos cuando vi la puerta de su habitación abrirse, se paró en el marco de la puerta, apoyó ambos brazos en el marco de madera el sol le daba directo en el torso desnudo, parecía una escultura sobre una repisa, lo recordé detrás de la cortina del baño, su lado derecho, ahora conocía la otra mitad.

— ¡Buenos días, Camilo! —saludó levantando la mano derecha.

— ¡Buenos días, Leo! —respondí con indiferencia y seguí mi camino. Estaba decidido a interpretar un personaje de mí mismo, uno más, al menos hasta que se apagara el fuego.

— ¿Te ayudo? Yo también me quiero bañar.

—No, gracias. Mi madre quiere que ya vayas a desayunar —continúe caminando.

— ¡Espérate! —me gritó y entró en la habitación. No me detuve, a los pocos segundos salió, con los tenis que yo le había prestado y acomodándose una playera blanca, saltó los tres escalones.

—Espérame —volvió a decirme y corrió hasta alcanzarme. No respondí.

—Ayer, ya no te vi, quería decirte que fueras conmigo al pueblo.

—De todos modos, no tenía ganas de ir, ¿cómo te fue? —pregunta equivocada, pensé inmediatamente después de decirla, pero, si iba a interpretar el papel del indiferente, tendría que enfrentarlo desde el primer momento, me respondí también yo mismo.

—Mmmm, bien, creo, pensaba que las muchachas de aquí eran más reservadas, pero ya me di cuenta que no —lo dijo lanzándome una mirada y una sonrisa para que quedará claro lo que trataba de decirme.

— ¿Ah sí? ¿Por qué lo dices?

—Porque ayer el que quedó como santurrón fui yo.

—Pensé que ya sabías a lo que ibas.

—Lo suponía pero, no sé, no quería, ya me he equivocado antes y no quería equivocarme otra vez.

Por primera vez sentía que había rasgado un poco la superficie para mostrarme algo más, ahora no sabía si quería seguir descubriéndolo, me había despertado con la intención de no dejarme llevar por lo que su presencia provocaba y apenas se había acercado mostrándome algo que no había visto para hacerme dudar de mi interpretación, significaba entonces, que podría volver a esperar que fuéramos amigos, pero sólo eso, me dije, más aún al descubrir su pasado donde suponía había muchas más conquistas de las que podría esperar.

Entonces, lo dije: «¿por qué?», una pregunta, ¿era parte de mi interpretación? ¿O no había podido mantenerla por más de cinco minutos?

—No sé, ya te dije, es algo que no puedo explicar, siempre se ha sentido así, un error, y aun así, siempre continúo, siempre sigo adelante y después me arrepiento —me miró al decirlo, como si quisiera que leyera más entre las líneas de lo que decía, pero si era así, no servía de nada, no sabía ni que quería ni porque me lo contaba a mí, pero aun así termine por derrumbar lo que quedaba del muro que se suponía me iba a apartar de él.

—Pero ya, quede con ella de vernos hoy después de la misa, en la plaza del pueblo, ¿quieres acompañarme?

—Sí, claro y estar de mal tercio toda la tarde. No, gracias.

Sentí su decepción, tal vez porque su invitación era genuina; y sentí también la mía, apenas había destruido el muro y volvía con algo de lo que me había hecho construirlo en primer lugar.



—Ándale, vamos, va air una amiga de ella, y así ya no estas de mal tercio, será como una cita doble, además ayer les pregunté por ti.

Lo volteé a ver y notó el interés que había despertado en mí, así que no le pregunté qué le habían dicho o porque se los había preguntado.

—¿No quieres saber que me dijeron? —insistió.

—No, no me interesa —mentí.

—Pues te lo voy a decir de cualquier forma, dijeron que pensaban que eras guapo —agregó una mueca— y no solo ellas, también sus amigas lo creen, pero que siempre eres muy serio, o que siempre estás tenso, incómodo, así que yo te voy a ayudar.

—No quiero que me ayudes, me gusta ser así —mentí otra vez, la verdad era que si estaba siempre tenso, pensando, pendiente de que decir o que hacer, por eso prefería apartarme.

—Bueno, pero acompáñame, sólo un rato, si te quieres ir, inventamos algo y nos vamos los dos.

Lo miré, le hubiera dicho sí a cualquier cosa que me propusiera, y la interpretación que había decidido hacer, resultaba menos convincente con cada minuto que transcurría, me sonrió. Maldita sea.

—Bueno, un rato —le sonreí.

—Ves, que te cuesta, dame el hacha, hoy yo hago todo, te lo debo —alargué el brazo y se la entregué.

Me senté en uno de los troncos mientras el partía otro.

\*\*\*

Llegamos a casa de mi abuela casi a la una y ya había unas quince personas, las mujeres dentro de la casa, platicando de los chismes del pueblo, de los problemas familiares, del regreso a clases de los hijos y de los gastos que tenían que hacer, los hombres hacían lo mismo a la sombra de un árbol y acompañados de cerveza en latas de aluminio, los niños corrían de un lado a otro, dentro de la casa, fuera de casa.

—¿Ya le compraste todos los útiles a Camilo? —le pregunto una de mis tías a mi mamá.

—Ya, él fue a comprar todo, ya sabes que nunca he batallado para las cosas de la escuela con él.

—Ya se, que padre, la mía me salió con que ya no quería seguir en la secundaria, y ya nomás le falta un año.

—¿Y qué vas a hacer?

—Le dije que cuando menos la terminará, ya si a la prepa no quería pues ni modo, pero que la secundaria cuando menos, pero que en cuanto se saliera, a trabajar.

Se les escuchaba decir mientras preparaban comida, lavaban los platos y regañaban a los niños

\*\*\*

—¿Cómo va la pizca este año?

—Bien, el sureño mando a su hijo este año, aquel que está con Camilo, ahorita en la mañana mandamos el primer tráiler, yo creo que el segundo llega pa' el martes.

—Dicen que este año no hubo tanta manzana, igual que el año pasado ¿verdad?

—Nombre, bien poquita, vamos a terminar antes este año, pues casi no llovió y los árboles ya son viejos. Así continuaban mientras las latas de cerveza se iban vaciando.

\*\*\*

—Ya no quiero jugar a la roña.

—Ándale otro rato, y luego jugamos a lo que tú quieras.

—Es que ustedes corren muy rápido y no los alcanzo.

—Pues si no quieres jugar, nosotros si vamos a seguir jugando.

— ¡Mamá! No me quieren dejar jugar.

Y corrían con sus madres, quienes ni terminaban de escuchar la queja y los dirigían con sus padres.

Yo, como en la mayoría de los lugares, me mantenía aparte, en mi familia, entre mis primos, en aquel momento yo quedaba en medio, los mayores, que me llevaban cinco años o más, se comportaban ya más como adultos, trabajaban, incluso ya casados y con hijos y los menores a los que yo les llevaba más o menos los mismos años seguían siendo niños, y yo me quedaba como siempre, en el limbo, en la línea media, sin pertenecer a ningún lugar, pero más que los años lo que me apartaba era el secreto que guardaba, las palabras que me daba miedo pronunciar en voz alta, en voz baja, susurrando, incluso para mí mismo, incluso si sólo las pensaba, tal vez se lo podría contar a Leo, lo tenía frente a mí, escuchando las pláticas que sucedían a nuestro alrededor, sin imaginarse todo lo que había provocado desde su llegada, sin imaginarse que abarcaba el cien por ciento de mis pensamientos, sin imaginarse todas las situaciones por las que había pasado en la cabeza de la persona que tenía a menos de dos metros de distancia.

\*\*\*

El domingo transcurriría de la misma manera, prepararían la comida, todos comeríamos afuera, a la sombra de unos árboles de mora y al mismo tiempo, después algunos se irían al pueblo, a la misa de las tres o a buscar más latas de aluminio, ya habían pasado las primeras dos actividades ahora seguirían las otras dos.

—Vámonos a misa, hace mucho que no vas —me dijo mi madre.

—No voy a ir —le respondí.

—Para la casa de Dios nunca tienen tiempo, estas igual que tu papá, ¿y tú Leo? —nos dijo y reímos por lo bajo.

—Sí, ahorita nos vamos corriendo, yo me encargo de que Camilo también vaya —lo dijo mirándome y con un gesto en la cara que se supone imitaba la rigurosidad.

—Me voy a sentar atrás para ver si es cierto, eh —dijo resignada mi madre.

—Sí, ahorita llegamos —agregué.

—Ándale pues, ya me voy, allá los espero —partió junto con la esposa del hermano mayor de mi padre.

Caminando hasta la iglesia eran unos quince minutos desde la casa de mi abuela, para la misa faltaba media hora, pero a mi madre le gustaba llegar temprano para alcanzar lugar en las filas de enfrente, así que era mentira que iba revisar que llegáramos.

—Ándale, vámonos a misa, le dije a tu mamá que yo me iba a encargar de que fueras —lo dijo unos diez minutos después de que se habían marchado, así que aún estábamos a tiempo de llegar antes de que empezará. —Y acuérdate que nos vamos a quedar allá todavía después de que se acabe —agregó.

—Ya se —suspire.

Nos pusimos de pie y salimos del portal del terreno de mi abuela, nuestros pasos siguieron los de mi madre por la calle de tierra.

Llegamos justo cuando estaba comenzando, él se dirigió a la puerta, lo tomé del brazo.

—No, mi mamá siempre se sienta en frente. No entremos.

—Está bien —miró mi mano que aún lo sujetaba. Lo solté, sentí como toda mi cara se encendía, sonrió y después no dijo nada.

—Ven —le dije y fuimos hasta la barda que rodeaba la iglesia, suficientemente baja y ancha para sentarse cómodamente sobre ella. Yo me senté sobre la barda recargado en uno de los pilares, él se quedó de pie, recargando ambos brazos sobre el cemento.

—Mira la puerta —le dije señalando hacia la entrada de la iglesia, — ¿qué forma tiene?

La miró por un rato, tal vez buscando algo que señalar.

—Cuadrada, como todas las puertas —respondió con un signo de interrogación en la cara.

—No, el marco ¿notas algo diferente? —insistí.

—Ummm, no, ¿debería?

—Fíjate bien, en la parte de arriba.

—Ah, que tiene medio círculo como con material diferente, como si se le hubiera hecho después.

—Sí —me reí—, casi nadie lo sabe, pero si se hizo después porque cuando los monjes empezaron a construir las iglesias por todo el norte del país y a evangelizar a los indígenas, había dos órdenes, los jesuitas y los franciscanos y lo que los diferenciaba era la forma que le daban a las puertas de las iglesias, los jesuitas le daban la forma cuadrada y los franciscanos redonda, aquí primero llegaron los franciscanos pero los jesuitas iniciaron una disputa porque decían que por la cercanía a su zona de influencia o como le llamen a su oficina central —se ríó.

—Y supongo que ganaron los jesuitas.

—Supones bien, porque le cambiaron la forma, es la única iglesia así —había escuchado esa historia durante el tiempo que acudí al catecismo, la verdad era que no tenía certeza sobre ella.

—Vaya, vaya, no se supone que la iglesia debe de promover la paz y no la guerra, no me imagino una guerra entre dos clubs de monjes.

—Ganaron los que rezaron más y Dios decidió que debían ganar.

—Entonces hasta dios tiene favoritos —nos reímos.

—Por ejemplo tú, por lo que acabas de decir ya aseguraste tu lugar en el infierno.

—Lo bueno, que ya vas a estar ahí para que me apartes un buen lugar.

—¿Yo?, ¿y yo por qué?

—Por no entrar a misa, por mentirle a tu mamá y por estar riéndote aquí conmigo de la guerra de los monjes.

—Bueno, pero de cualquier forma vas a llegar tu primero, yo soy más joven que tú, así que mejor tú me apartas el lugar.

—Pues tú serás más joven pero también estás a punto de sufrir un grave accidente al caer de la barda en este momento —fingió que me empujaba al otro lado de la barda, mi instinto hizo que me sujetará de él, de su camiseta negra, luego del susto lo acompañe en su risa. —Me lo debías, desde que fuimos a ordeñar las vacas la primera vez.

—¿Ojo por ojo, diente por diente, entonces? Ahora me va a tocar a mí —nos reímos.

Estuvimos un rato más en la barda, hasta que terminó la misa, vimos salir a mi madre junto con otras mujeres, la iglesia quedó vacía en unos minutos, todos se esparcían por la plaza y por la calle caminando a sus casas.

Nos cambiamos a una de las bancas de mármol blanco que quedaba a la sombra de uno de los árboles, recargados sobre el nombre de la persona que la había donado, estuvimos arrojando piedritas a una botella de vidrio que estaba a unos cuatro metros de distancia hasta que llegaron ellas.

—¡Hola! —saludaron seguido de un beso en la mejilla, respondimos el saludo.

—¿Qué hacen? —preguntó una de ellas.

—Competimos por ver quién acierta más veces a pegarle a aquella botella, les contestó él señalando con su dedo índice la botella.

—Que divertido —dijo con un tono sarcástico, luego se dirigió a mí, —que bueno que viniste, para que mi amiga no se quede sola ¿verdad?

—Aja —le respondió dedicándome una sonrisa incompleta, de esas que no sabes si deben o no existir.

La había conocido en la secundaria pero nunca habíamos hablado, la consideraba también tímida, iba dos grados delante de mí, había salido de la preparatoria hacía un año, así que solo la veía ocasionalmente en el camión escolar o en los recesos y de vez en cuando en el mismo lugar donde estábamos aquella tarde.

—Vamos a caminar, ¿no? —nos sugirió a todos, nos pusimos de pie y bajamos por la calle que daba a la orilla del pueblo, a un camino que llevaba a casas un poco más alejadas, caminamos un rato, todos juntos, después ella, quien había sugerido ir a caminar lo tomó del brazo a él, por quien estaba yo ahí y lo jaló para adelantarse un poco, ya me había preparado para lo que iba pasar y aun así sentí un pinchazo en cuanto vi sus manos unidas, cuando la vi a ella jugueteando con sus dedos; algo le dijo ella y se giraron para mirarnos, continuamos caminando detrás de ellos, en silencio.

—Oye y, ¿se te hace bonita mi amiga? —me preguntó, me molestaba un poco que la llamara “mi amiga” en lugar de por su nombre o que preguntará como si ella no estuviera ahí.

—Sí y le sonreí —la verdad era que si me parecía bonita, no mentí, mentí cuando me pregunto si me gustaba, me parecía bonita como un lago en invierno al que admiras su belleza pero no se te antoja arrojarte dentro ni siquiera tocar sus frías aguas, en cambio si tuviera que responder la misma pregunta pero sobre él, diría que era un lago en pleno verano con el sol encima de mí, un segundo lo miras y al siguiente ya estás dentro.

A ella le hizo las mismas preguntas que a mí, respondió con un tímido «sí», al igual que yo, nos miramos, nos sonreímos más por obligación que por complicidad, al menos yo, no podía saber si ella también había respondido por cortesía o realmente le gustaba.

—Muy bien, nos dijo desde unos metros adelante, luego se ríó y lo jalo a él nuevamente para alejarse un poco más, él se giró y me dedicó una sonrisa, antes de correr para alcanzarla a ella, que había empezado a correr y así alejarse de nosotros, suponía que su trabajo estaba hecho, y las preguntas que nos había hecho habrían abierto la puerta, podríamos continuar solos.

Nosotros continuamos caminando en silencio, sentía pena por mí y pena por ella, tampoco lo estaba pasando bien, si no le gustaba, suponía estaba igual de incomoda que yo, pero si le gustaba entonces sería peor, tal vez esperaba que yo diera el siguiente paso, que le preguntara algo, que rozará mis dedos contra su mano, algo que no iba a hacer.

Llegamos hasta la antigua estación del tren, algunos años atrás era la forma más popular de llegar y salir de los pueblos cercanos hasta la ciudad, ahora estaba abandonada, después de que se construyó la carretera poco a poco dejó de utilizarse.

Ellos que habían avanzado más rápido que nosotros estaban hasta la orilla, él estaba recargado contra la pared, entre dibujos obscenos y declaraciones de amor, yo no ponía dejar de verlos, de verlo; ella se acercó hasta él, lo empujó contra la pared y lo besó en los labios, aparté la vista, no sabía si mi acompañante se habría dado cuenta que le prestaba más atención a ellos dos que a ella que estaba conmigo, pensé entonces que tal vez también yo debería de besarla y volver al papel que me había decidió interpretar ese día por la mañana pero que no había podido mantener por más de cinco minutos, quizás ahora sí podría interpretarlo por un periodo más largo, una vida por ejemplo.

Después del beso, se giraron para mirarnos, nos habíamos quedado al otro extremo de la estación.

—No sean tímidos, tómense de la mano al menos, nadie los va a ver, aquí no hay nadie. Nos dijo ella y giró señalando que al menos en tres kilómetros a la redonda no habría nadie más, él me miraba y lo odie un poco por haberme puesto en esa situación, sólo un poco por qué yo había aceptado, aun sabiendo que de una u otra manera me iba a sentir así.

Con ella que estaba a dos metros de distancia sólo nos miramos y una ligera sonrisa se asomó en nuestros labios antes de desviar la mirada.

—Les podemos enseñar cómo, ¡miren! —insistió, tomó la mano de él y entrelazó los dedos con los suyos, nos mostró sus manos y luego le plantó otro beso que acompañó restregando su cuerpo esbelto contra el de él, miramos a otro lado.

Estaba inmóvil, me sentía una estatua que ante cualquier movimiento las grietas aparecerían, tenía la sensación de que mi compañera se sentía igual, no sabíamos que hacer.

—Creo que deberíamos de irnos —dijo él, volví a respirar y ella puso cara de enfado, —Sus papás nos dijeron que tenían que regresarse temprano al rancho, ya deben de estar esperándonos.

—¿De verdad? —preguntó ella y recorrió con su mano el pecho y abdomen de él, se detuvo sobre su cadera, y volvió a preguntarle —¿de verdad?

—Sí, —le respondió él y se apartó un poco.

—Bueno, entonces ¡vámonos! —empezó a caminar hacia nosotros, me miró y pude percibir ira en ella, me culpaba de que sus planes no se hubieran llevado a cabo, nos pasó de largo y comenzamos a caminar detrás de ella, avanzábamos rápido y en silencio, la tensión también avanzaba a cada paso, no llegamos hasta la plaza, nos detuvimos, nos despedimos en una de las calles anteriores, como tres cuadras antes, yo y mi cita aliviados de no seguir en tal situación, ella claramente molesta y él, como siempre, no lograba imaginar que podría estar sintiendo.

—Cuando tengas más tiempo, vienes, tal vez solo estaría mejor —le dijo a él, entre reclamo e invitación, y le dio un beso, a mí solo me dedico un escueto «adiós».

—Nos vemos —dijimos los demás.

Se marcharon calle arriba, las vimos alejarse y después continuamos rumbo a la plaza y de ahí a casa de mi abuela.

—¿Por qué les contaste mentiras? —le pregunté luego de un rato caminando en silencio.

—Porque no estabas a gusto, se te notaba y te había prometido que nos iríamos cuando quisieras.

—Pero no te dije nada.

—No fue necesario.

Sentí unos pequeños piquetes en mi espalda, era la aguja que volvía a dar unas puntadas con el hilo azul que seguía sosteniendo unas alas que arrastraba pero que no habían terminado de desprenderse por completo.

## Cuatro de septiembre

Lunes

Desperté como a las seis de la mañana, suponía que era esa hora porque mis padres ya se habían levantado pero mi madre aún no me había hablado para que me despertara, escuché de lo que hablaban.

—No, ayer después de la misa —le respondió mi madre a algo que le había preguntado mi padre.

—¿Y quién era? —preguntó mi padre.

—La hija del panadero, viven por el panteón, por donde tu sobrina, fue ella quien me dijo.

—Pues ya era hora, porque la gente luego empieza a hablar.

—Pues sí, le ha hecho bien juntarse con Leo.

—Nomás que no se le vaya a pasar cuando se vaya, y con eso de que ya va a estar en la escuela, pura escuela no.

—Pues todavía esta chico, y él si quiere seguir estudiando.

—Si ya sé, pero tiene que ir haciéndose un hombre como su hermano, nombre él a su edad ya andaba de vago.

Hablaban de mí y de la aventura amorosa que no había existido, me levanté para alistarme e irme a esperar el camión que llevaba a los adolescentes de los pueblos cercanos a la secundaria y a la preparatoria.

—¿Ya te levantaste? —preguntó mi madre.

—Ya, buenos días —respondí.

—Buenos días, que bueno para no se te haga tarde, ya está listo el desayuno.

Ya tenía lista la mochila, la ropa, me había bañado desde en la noche, me peiné, desayuné y salí de mi casa cuando faltaban cinco minutos para las siete de la mañana, el camión pasaba alrededor de las siete con veinte, así que tenía tiempo para no ir tan apresurado hasta la carretera, era de los primeros puntos donde recogía alumnos, habría suficientes asientos libres y como el rol para determinar a quién le tocaba ir de pie estaba listo hasta la segunda semana podría irme sentado, al menos de ida, de regreso era menos probable, pues todos salían corriendo apenas se escuchaba el timbre.

El primer día se utilizaba para que nos entregaran los horarios, checar si a alguien lo habían cambiado de grupo, a alguno de los dos que había por grado, para pagar la inscripción, los libros y el transporte, o para solicitar una prórroga para cualquier pago, también se presentaban los maestros, que aunque ya los conocíamos era para que nos dijeran la o las materias que nos iban a impartir.

Tenía todas las vacaciones que no veía a mi mejor amiga, con ella era con la persona que más me acercaba a ser la persona que nadie más conocía, tampoco le había confesado mi secreto pero con ella podía reírme de cualquier tontería que se nos ocurriera, del maestro de inglés que sabía menos que nosotros o de la maestra de literatura que debía tener más de cien años de acuerdo a nuestros cálculos exagerados, me contaba además sus secretos y yo los míos, menos uno y todos los que surgían a partir de ese.

Llegué al salón de clases, el mismo que habíamos ocupado el curso anterior, la puerta estaba abierta, ya estaba ahí más de la mitad de mis compañeros, salude a algunos y me acerque hasta la parte trasera donde ya teníamos apartados nuestros lugares.

—Ahí estas, te extrañe como una loca todas las vacaciones, tengo tantas cosas que contarte —me dijo mientras me abrazaba.

—Yo también te extrañe mucho, pues cuéntame, soy todo oídos.

Quería decirle que yo también, pero todo lo que quería contarle era todo lo que no podía. Así fue aquel día con la persona a la que más confianza le tenía pero aun así no podía contarle lo que sentía.

Cuando ella me contó que había conocido a un muchacho durante las vacaciones, el sobrino de una vecina que había venido a pasar la temporada al pueblo, yo quise contarle que también había conocido a alguien, a él que había venido en representación de su padre a llevarse la cosecha de manzanas de la plantación.

Cuando me contó que pasaron todas las vacaciones besándose, tomados de la mano, juntos, que le parecía que no había visto a nadie más, yo quise contarle que todos los días lo besaba, al menos en mi mente, que desde que había llegado no existía nadie más, que apenas en una semana me había provocado más emociones que el resto de mi vida.

Cuando me contó lo triste que se sintió después de que se marchó, yo quise contarle lo triste que me sentía incluso antes de que se marchara un tanto porque sabía que iba a ocurrir en un par de semanas, y otro por que no iba a tener el valor de hacer algo antes de que se marchara.

Y entonces sentí envidia, envidia porque ella podía contarme todo y yo tenía que callarme porque existía algo que me obligaba a hacerlo; sentí envidia porque ella sí pudo tomarse de la mano, besarse, amar a alguien durante el verano y yo no podía ni siquiera descifrar si ese alguien tenía la misma intención que yo.

Todo el día pensé en ello, lo pensé durante la clases del primer día de mi último año de preparatoria, pensé en porque el ser humano buscaba diferenciar siempre, decir cuando está bien sentir y cuando está mal, en que momento de la historia se había decidido, en que momento de la historia me habían condenado a guardar silencio, durante el regreso a casa en el camión escolar me senté en la parte posterior, desde donde lo veía todo, adolescentes de mi edad, un poco mayores algunos, menores que yo muchos más, me pregunte si alguno de ellos se iba preguntando lo mismo, si alguno de ellos estaba enamorado en secreto de alguien a quien no se lo podía confesar, ¿cuántos?, ¿también sentían miedo? ¿También sentían vergüenza?, ¿se odiaban a sí mismos?, yo mismo lo había hecho en algunas ocasiones.

Si lo que sentimos no depende de nosotros no debería estar prohibido decirlo, pero sí está prohibido y sí lo tenemos que callar; si lo que somos no depende de nosotros no debería de esconderse, pero sí lo escondemos, sí fingimos ser alguien que no somos.



Caminando por la vereda de tierra todavía seguían esas ideas dando vueltas alrededor mío, me detuve a la orilla del río, donde el agua parecía estar detenida y arrojé una piedra, saltaron gotas en todas direcciones, eso somos, pensé de nuevo, somos gotas en todas direcciones, gotas iguales pero con rumbos distintos, pero al momento de unírnos al río, dejamos de serlo, dejamos de ser una gota y nos convertimos en parte del río que sigue una sola dirección, sin voluntad ¿cómo evitarlo? ¿cómo seguir el propio camino y no el del río?

Una gota cayó fuera del río, sobre una piedra, el calor del sol, la evaporó, no desapareció, sólo siguió su propio camino.

## Cinco de septiembre

Martes

El día anterior no lo vi más que durante la cena, cuando llegué de la escuela todavía seguían en la huerta y al terminar la jornada habían ido él y mi padre a llevar a los trabajadores al pueblo, porque los troca en la que venían se había descompuesto, cuando regresaron ya estaba oscuro.

—¿Por qué se les hizo tan tarde? —les preguntó mi madre en cuanto cruzaron puerta.

—Fuimos a ver la troca para saber si los va a poder seguir trayendo si no para buscar a alguien más.

—¿Y ya la arreglaron?

—Pues parece que ya, de cualquier forma si vuelve a fallar nos dijo que ya había conseguido otra.

—Ah, pues qué bueno, ya ves que hoy llegaron bien tarde todos ellos.

—Sí, pero ya quedó, y a ti ¿cómo te fue en el primer día de clases? —me preguntó mi padre.

—Bien, no hicimos nada en todo el día, nomás presentaron la clase cada uno de los profes y nos entregaron los libros que vamos a usar este semestre.

—Ah, ¿y si apartaste los becerros? Acuérdate que eso te toca aunque ya hayas entrado a la escuela.

—Sí, ya se.

—También ya me contó Leo que les fue muy bien el domingo —lo dijo con una sonrisa en la cara.

Mire a Leo y me sonrió, le sonreí de regreso, cómplices de la mentira que él había contado y que yo no había negado.

—Leo mañana va a irse contigo en el camión de la escuela para que le digas al chófer, tiene que ir al pueblo a hacer unas llamadas y para que no gaste en dos camiones le dije que de ida se fuera contigo.

—Muy bien, yo le digo.

\*\*\*

Mi madre me despertó antes, me dijo que me alistara y que fuera a hablarle a él; me cambie, me peiné, salí y caminé los cincuenta pasos hasta la puerta de madera, y di unos golpecitos.

—¡Leo! —dije con voz baja y esperé.

—¡Leo! —repetí subiendo un poco el volumen y volví a dar unos golpecitos en la madera.

—¿Qué? —escuché una voz adormilada al otro lado.

—Ya te tienes que levantar para que desayunes e irnos.

—Ya voy —escuché.

—Apúrate.

Regresé a la casa y él llegó unos minutos después, se veía como siempre, sonriente, alegre, perfecto, tomamos el desayuno, regresó a su cuarto por algo que había olvidado y después partimos.

La parada del camión estaba junto a la carretera, a un lado del puente que cruzaba el río, esperábamos recargados en un árbol a que el camión blanco con café nos recogiera, llegó puntual como siempre.

— ¡Buenos días!, ¿puede llevar a Leo al pueblo? Está trabajando en las huertas—le dije al chofer al subir al primer escalón y dejando ver a Leo detrás de mí.

—Si claro, súbete —le dijo.

Nos sentamos en la parte trasera, sentía el costado de su brazo y pierna izquierdos cálidos junto a mi cuerpo, me sentía como si fuéramos lo que soñaba todos los días, que estábamos juntos, de verdad juntos; me sentía feliz de estar a su lado, de sentir la calidez de su cuerpo.

A medida que el camión escolar se fue llenando mi felicidad aumento, incluso me sentía envidiado, podía ver el efecto que él causaba en otras personas, ya lo había notado desde que se había aparecido frente a mí padre y a mí, incluso yo fui la primer persona en la que causó ese efecto pero en el camión escolar fue mucho más evidente, al ver como después de un vistazo rápido muchos no se resistían a mirar de nuevo al desconocido, un desconocido al que quisieran conocer, un desconocido que estaba sentado conmigo.

— ¿A qué vas al pueblo? —le pregunté para demostrarles a todos que lo conocía, que podía hablarle, así que cuando se lo pregunté no lo miraba a él, buscaba entre todos los demás rostros, aquellos que se dieran cuenta de que estábamos hablando entre nosotros.

—Tengo que llamarle a mi padre para ver si ya llevo el tráiler que salió el domingo, para que me diga cuando partió el siguiente para saber cuándo debería de llegar.

— ¿Sólo a tu padre le vas a llamar?

—Sí, sólo a él y a mi madre, para saludarla y si están mis hermanos, también.

— ¿Y a tu novia?

—No tengo.

—Si aquí en menos de una semana ya conseguiste, no me imagino allá.

—Pues por eso, en menos de una semana ya no tendré, allá es igual.

—Es por lo que me decías el otro día, que sientes que te equivocas.

—No sé.

—De cualquier forma nunca te faltan enamoradas, ¿no?

— ¿Tú crees? ¿Por qué? —Me miró, sonrió y me dio unas palmadas sobre mi pierna, retándome a que le diera la respuesta que ya iba implícita en mi pregunta, dejó su mano descansando sobre su pierna y rozando con la mía, sentí un hormigueo en la cara y otro debajo del pantalón.

—No sé, respondí, tomé la mochila del pasillo y la coloqué sobre mis piernas, ¿por qué había hecho eso? No pude voltear a verlo nuevamente durante todo el trayecto ni a dirigirle la palabra, hasta que bajamos del camión y nos despedimos; durante todo el día cada pocos minutos volvía a mí la imagen de sus dedos rozando mi pierna, y se le sumaban su torso húmedo, su lengua sobre sus labios, su ombligo, su sonrisa y el cosquilleo volvía a mí, no el de la cara, el otro.

Todo eso fue lo que evitó que pusiera tan sólo un poco de atención en clase, lo que provocó que cuando el profesor de biología me preguntara sobre que diferenciaba al ser humano de otros seres, respondiera que

los camiones escolares, lo que provocó que la clase entera se volviera un corro de carcajadas y a mí, la burla durante el resto del día, lo que me mantuvo todo el día soñando y por la noche despierto más de la cuenta y también lo que me hizo deslizar mi mano hasta la parte de mi cuerpo a la que era imposible mentirle, otra vez.

## Seis de septiembre

Miércoles

Volvía de la escuela, ya estaba a unos pasos de llegar a cruzar el puente de la acequia en la orilla de la huerta más cercana; y justo ahí estaba él sentado, acariciaba a Tomasa entre las orejas, los otros tres perros estaban echados a la sombra, no habíamos hablado desde el día anterior cuando me quedé mudo ante él frente a la entrada de la preparatoria.

— ¡Hola!, —dijo en cuanto estuve lo suficientemente cerca.

—Hola, ¿qué haces? —acaricie a Tomasa.

—Esperando.

— ¿Qué esperas?

—A ti.

— ¿A mí? ¿para qué?

—Para que me acompañes a cortar unas manzanas de esta huerta —se paró, y comenzó a caminar hacia la puerta de alambre de púas, la abrió y agregó —deja aquí tu mochila.

Dejé caer la mochila a un lado de uno de los postes de madera, lo seguí como un cachorro a su amo.

Caminamos entre los árboles, entre las manzanas brillantes al sol, adentrándonos en la huerta hasta que estuvimos completamente rodeados de árboles que impedían que viéramos el resto del mundo o que el mundo nos observará a nosotros.

Sujetó una de las ramas del árbol más cercano y empezó a columpiarse de ella.

—Todos tienen manzanas, ¿de este es del que quieres?

—Sí, de este.

—Bueno, pues vamos a cortarlas entonces, ¿Cuántas?

—Dos, una para ti y una para mí, ya las tenía en las manos, me arrojó una de ellas, la atrapé.

—Ándale pues, ya vámonos, tengo hambre —le di una mordida a la manzana.

— ¡No! Espera, hay algo más —se acercó un poco y bajo la voz al decir las últimas tres palabras.

— ¿Qué?

—Algo más que quiero pedirte —parecía un niño tratando de pedir algo, algo que sabía que tal vez no conseguiría y por eso dudaba.

—Dime.

—Solo quiero que escuches lo que voy a decirte, si quieres decir algo lo dices, sino está bien, podemos hacer como si nunca lo hubiera dicho —se veía diferente, se veía como yo, había dejado la seguridad y la confianza que lo caracterizaban en la puerta, también tenía dudas y miedo y era la primera vez que lo notaba.

— ¿Por qué? ¿Es un secreto? —dije tratando de aligerar la conversación, esperaba que en cualquier momento se riera o dijera alguna tontería, y también estaba esperando oír lo que yo no podía decir.

—Sí, y así quiero que siga, así que si no tienes nada que decirme, sólo lo olvidas y ya. —Con cada frase su rostro adquiría más solemnidad.

—Está bien —le respondí con la misma solemnidad con la que él me lo había dicho, después de que no rompiera la conversación con una broma.

—¿Me lo prometes? —me extendió la mano al decirlo, en ese punto ya estaba tan nervioso como él.

—Sí, te lo prometo —apreté su mano, apretó la mía.

Sentí como me llevaba hacia su cuerpo, sentí la fuerza de su brazo jalándome hacia él, como acercaba su cara a la mía, «¿qué hago?», me pregunté una, dos, mil veces durante esos segundos, a mí y al otro Camilo, aunque no sabía cuál era cual, cuál estaba frente a él y cuál estaba observando solamente, me respondieron los dos, uno quería reírse, decirle que casi caía en su juego, ese mismo quería fingir que no lo esperaba, apartarse, huir y el otro quería no hacer nada y dejar que él decidiera lo que iba a pasar, quería dejar pasar el tiempo mientras se debatían los dos y así descubrir que era lo que él quería.

Y lo logró, sentí sus labios húmedos sobre los míos, un beso, un beso corto, un segundo, se apartó y clavó sus ojos en los míos, quería saber que iba a hacer, pero yo no podía hacer nada.

Estaba mudo, estaba sordo y ciego, no podía hablar, no escuchaba incluso no podía verlo, ¡no! no estaba ahí, no me había ocurrido a mí, lo había visto desde afuera, así que no podía reaccionar a algo que no me había ocurrido, era un árbol más.

—Es lo que te quería decir, —dijo él, no me preguntó nada, no dije nada, no podía hablar, sólo quería volver a sentir sus labios sobre los míos otra vez para saber que sí había pasado, que sí era yo, que sí era él, que sí éramos nosotros los que estábamos ahí.

—¿Qué? —dije después de un rato.

—Lo que quería decirte.

—No dijiste nada.

—Lo dije todo —Su mano seguía sujetando la mía.

Fui yo quien se acercó esta vez, lo besé, un beso igual al anterior, apenas y pose mis labios sobre los suyos y me aparté y entonces me giré, y corrí hacia la puerta, lo dejé junto al árbol del que había arrancado dos manzanas, lo dejé sin pronunciar una palabra pero habiéndole dicho todo, así como él.

Llegué a casa corriendo, agitado, y con una sonrisa pintada en la cara, tomé un cuaderno y volví a escribir su nombre, me reía mientras lo escribía, mientras escribía el mío, mientras los unía con una «Y», era real, lo había pedido, lo había soñado y me había resignado a que no pasaría, pero estaba pasando ¿estaba pasando?, lo guardé en mi mochila, lo guardé en mí.

Durante la cena no podía ver a nadie, seguía sonriendo pero no podía mirarlo a él, ni a mis padres, temía que supieran lo que había pasado, lo que quería que volviera a pasar, que me descubrieran mirándolo sin evitar sonreír, así que lo mejor era evitar todos los ojos presentes.

## Siete de septiembre

Jueves

Comenzó el primer receso del día y en cuanto sonó el timbre todos se levantaron para ir a comprar a la tienda de la escuela, me levanté pero una mano sujetó mi brazo y me pidió que esperara, aguardó a que salieran todos del salón, cerró la puerta, se acercó hasta donde me había quedado sentado y entonces, me preguntó, con una voz entre susurro y mueca.

— ¿Quién es Leo?

Me sentí mareado, sentí frío como cuando abres la puerta en pleno invierno, el salón me daba vueltas, me recordé sonriendo el día anterior, escribiendo su nombre de mil formas y tamaños diferentes, nos recordé bajo el árbol de manzanas, recordé sus labios, y la recordé a ella pidiéndome el cuaderno de literatura para copiar unos apuntes.

—No sé, ¿por qué? —respondí, fingiendo que no sabía porque me preguntaba.

—Vi tu cuaderno.

— ¿Cuál cuaderno?

—El de literatura, tienes como un millón de veces escrito «Camilo y Leo».

—No sé, alguien lo escribió.

— ¡No! Fuiste tú, siempre haces esas letras, te conozco —me mostró el cuaderno donde estaba dibujada toda mi felicidad.

—Pues no sé, alguien las imitó, y no tendrías por qué estar viendo algo que no te importa.

Le arrebaté el cuaderno, iba a guardarlo en mi mochila, pero así como lo vio ella lo podría ver cualquiera, lo lleve conmigo, caminé hacia la puerta, salí corriendo como siempre lo hacía, sentí como se me acumulaba un sentimiento en los ojos, un sentimiento líquido, tan líquido que empezó a abandonar mi cuerpo, bajando por mis mejillas, lo apartaba con la palma de mi mano, caminé con la cabeza baja, evitando mirar a alguien o que alguien me mirara a mí, fui detrás de los salones, busque un lugar donde no hubiera nadie, me senté en la banqueta, y abrí el cuaderno.

«Camilo y Leo» con letras cursivas, con letras cuadradas, redondas, negras, rojas, azules, una gota cayó sobre la «A» cuadrada, arranque las tres hojas que contenían tinta y me las guardé en el pantalón gris.

¿Por qué no había podido responderle a ella? Éramos amigos, ella me había confiado miles de secretos, si no se lo podía decir a ella, tal vez no se lo podría decir a nadie.

Había algo de tristeza en la felicidad que había sentido un día antes, había tristeza por no poderlo compartir, al tener que ser un secreto se convertía en algo sucio, en algo manchado.

Estuve todo el receso sentado, mirando la hierba que crecía entre los salones y el gimnasio y que nunca se quedaba quieta, escuché el timbre para regresar al salón, justo cuando me iba a poner de pie llegó ella y se sentó a mi lado.

—Puedes confiar en mí, así como tantas veces he confiado en ti, somos amigos ¿no? Sólo quería saber si había alguien que te gustaba, Tal vez ¿Leo-nor? ¿Leo, Leo, no sé, Leo-nilda?

La mire y estaba sonriendo, le devolví la sonrisa, la abracé, podía decirlo, lo sabía, estaba en un lugar seguro.

—Después, vamos a clases —respondí.



## Ocho de septiembre

Viernes

Tenía dos días sin poder mirarlo, apartando la vista durante la cena, evadiendo cualquier momento en el que pudiéramos estar solos, tan solo días atrás rezaba para tener un minuto a su lado y ahora ni siquiera me atrevía a mirarlo cuando sabía que no me veía, no es que no quisiera, es que no podía, el otro Camilo me lo impedía, me reclamaba, me decía constantemente que no estaba bien y si permanecía a solas con él, sabía que no lo escucharía más así que tenía que impedirlo.

Salí cuando el sol ya se encaminaba a esconderse detrás de las montañas, salí a buscar las vacas como cada tarde, apenas cruce la puerta y lo vi charlando con mi padre y con el chófer que había llegado el día anterior, me miró, giré en dirección contraria como lo había estado haciendo, girando a cualquier lado donde no estuviera él, gire en la esquina de la casa, corrí para desaparecerme lo más rápido sabía que de no ser así me alcanzaría, logré ver su intención en sus ojos, en la mirada que mantuvo fija en mí y que me siguió desde la puerta hasta la esquina.

— ¡Camilo! —escuché detrás de mí, no lo había logrado, no había escapado.

Me detuve pero no me di la vuelta.

— ¿Puedo acompañarte? —preguntó.

—Sí —respondí tan bajo que no supe si me había escuchado.

— ¿Puedo? —volvió a preguntar.

Lo sentí a unos pasos a mi espalda.

—Sí, vamos —lo mire por un segundo.

Caminamos en silencio por la orilla de la acequia, pasamos un hilera de álamos y sauces a lo largo del hilillo de agua, después por un llano, desde el que se alcanzaban a ver los puntos blancos, negros y beige a los que nos dirigíamos, una ciénega que permanecía verde durante casi todo el año y el lugar favorito de las reses, no el mío porque para sacarlas de ahí era requisito salir cubierto de lodo.

— ¿Vas a seguir ocultándote? —me preguntó después de unos pasos.

No respondí.

—No quise apartarte, no ahora —agregó.

Quise responder, pero mis labios estaban sellados.

—No debí, llevarte a este punto, no quise, pero es la primera vez que lo hice sin dudas, sin tener que preguntarme si estaba bien, la primera vez que después de hacerlo me sentí más yo y no un extraño —yo sólo escuchaba.

Continuamos caminando, el sol había pintado el cielo color violeta y ya sólo dejaba ver su coronilla, era el paisaje que cualquier pintor hubiera elegido para inmortalizar, se sentó a la orilla de la acequia sobre el pasto, como si hubiera escuchado mis pensamientos como si se dispusiera a dar los primeros trazos sobre el lienzo.

—A veces me siento como un ciego, uno que teniendo tanta belleza frente a sí mismo no pueda disfrutarla, no pueda vivirla, eso eres —dijo y lo miré, al escucharlo hablar de belleza pensé en un ave hablando de libertad, no hay ser más libre que uno que tiene alas, no había nadie más bello que él, y ahí, con los últimos rayos de sol que hacían brillar su piel pude ver su verdadera belleza, la que no brillaba al sol.

Me acerqué y me senté a su lado.

—Tengo miedo, dije mirando al atardecer.

—Yo también, pero podemos seguir fingiendo que estamos ciegos o podemos tomar la belleza que tenemos frente a nosotros.

—¿Vale la pena?

—Siempre.

—¿y si no?

—Al menos lo sabremos. —me miró.

Lo vi entonces y me vi a mi mismo en él, los mismos miedos, las mismas dudas y también el mismo deseo de dar el salto, de no detenerse.

—Sólo seremos nosotros, me dijo con sus ojos puestos en los míos.

Lo abracé, y quería quedarme ahí para siempre, era el refugio que había estado buscando, el lugar donde me volví a sentir yo de nuevo, uno con el que no me encontraba desde que había sido un niño.

—Ahora sí, ¡corre! —me dio un beso rápido en la mejilla, se puso de pie y salto de una orilla a la otra y empezó a correr entre el lodo.

Fui corriendo detrás de él, mis pies se enterraban entre la hierba y el lodo.

Lo alcancé, lo empujé, me empujó, me arrojó lodo a la cara, corrimos uno detrás del otro, perseguimos a las vacas asustadas, nos reímos, grité, gritó, nos reímos, salte sobre su espalda. Sólo seremos nosotros, sólo somos nosotros. Pensé.

Apartamos las crías de las madres en el corral, después fuimos al río para quitarnos el lodo de encima, habíamos terminado como el monstruo del pantano, el agua estaba fresca, nos quitamos todo el lodo de encima y también todos los miedos que habíamos tenidos, dejamos que el agua se los llevara, ni siquiera los miramos mientras se alejaban de nosotros, el agua se los llevó todos y nos dejó sólo a nosotros dos, caminamos de regreso con los pantalones empapados, con las playeras, los zapatos y un «nosotros» en las manos, acaricie su espalda húmeda, sonrió, me agitó el cabello mojado, llegamos al puente donde me había estado esperando un par de días atrás.

—Te veo en la cena. —guiñó un ojo, sonrió, sonreí.

—Sí, dije con la sonrisa más honesta que tenía mi cara.

## Nueve de septiembre

Sábado

Desde la cena del día anterior todo había cambiado, era diferente incluso estando con alguien más, ahora teníamos esa mirada cómplice de quienes esconden y comparten un secreto, un secreto que sólo es de dos y que mantenerlo, ocultarlo hace que exista un lenguaje propio donde las palabras no se pronuncian, se leen en un parpadeo y en la punta de los dedos.

Me levanté temprano para ayudar a mi padre a ordeñar las vacas, llegamos al corral cuando el sol se dejaba ver casi al completo en las colinas, él llegó unos minutos después, mi padre amarraba a uno de los becerros a uno de los postes, yo apretaba las ubres de una vaca negra, de las que brotaba el líquido blanco y cálido, nos saludamos con un movimiento de cabezas y un «¡hey!», saludó a mi padre, saludé al chófer que había llegado acompañándolo, sucedió la mañana como la primer mañana que había despertado aquí, sólo había una diferencia, o muchas pequeñas diferencias, que entre cada frase, entre cada acercamiento había algo, un cruce de ojos, un roce apenas perceptible que hacía que en ese momento se empalmaran dos universos paralelos, que transcurrieran dos historias diferentes, una entre todos los ahí presentes: yo, mi padre, él, el chófer y cualquier otra persona que estuviera ahí, aunque no había nadie más y otra entre nosotros, entre nosotros dos, él y yo, entre sus dedos y mi piel erizada, entre mis ojos y sus labios, entre su sonrisa y mis suspiros, era como lo habíamos dicho, sólo entre nosotros.

Después de terminar fuimos hasta la casa, mi padre cargaba una de las cubetas y yo la otra, dejamos atrás a los becerros exprimiendo las últimas gotas matutinas del alimento de sus madres.

En la cocina de la casa, mi madre ya nos esperaba con el desayuno servido, cuatro platos y tres tazas de café, sabía que yo nunca tomaba, me preparé un chocolate con la leche recién traída, nos sentamos todos a la mesa.

—Leo, estaría bien que mañana partiera el siguiente tráiler —le dijo mi padre mientras tomaba un poco de queso fresco del centro de la mesa.

—Sí, ya está lleno, yo creo que yo también me voy a ir hasta la ciudad más cercana, en el banco del pueblo no pude sacar dinero para tener para pagar la raya de las siguientes semanas, así como quedaron con mi padre.

—Muy bien, ahorita iremos al pueblo después de pagar, por si necesitan comprar algo para mañana.

—Ah, sí, para que vayas, yo prefiero quedarme a descansar —se dirigió al conductor quien asintió con un movimiento de la cabeza, y mientras lo decía un pequeño vistazo dirigido hacia mí me permitió leer los subtítulos debajo: «Váyanse los tres así podemos quedarnos solos Camilo y yo», me reí.

—¿Seguro? Hoy hay un partido de Béisbol en el estadio, deberían ir para que inviten a las muchachas con las que andaban el domingo, —nos dijo mi padre, aunque me miraba a mi cuando lo dijo.

—Sí, los esperamos en casa de tu abuela para que no se regresen caminando —agregó mi madre.

—Sí, vamos —me apresuré a responder, la verdad era que quería quedarme y averiguar qué podía pasar al saber que no habría nadie cerca pero aún seguía escuchando al otro, al mismo que todavía respondía que sí, cuando le preguntaban si le gustaba fulana.

—Vamos —dijo él con su rostro apuntando hacia mí.

—Ah, también le había pedido a Camilo que me acompañará mañana que vaya a la ciudad —le dijo a mi padre.

—Está bien, que vaya contigo —nos miramos, no me lo había pedido pero ahora sabía que no era necesario.

—Pero, mañana están los bancos cerrados, te vas a tener que quedar hasta el lunes Leo, y el lunes ya hay clases y no pueden faltar porque están ensayando para el desfile del dieciséis —dijo mi madre, dirigiéndose a los tres, a Leo que lo había propuesto, a mi padre que lo había aceptado y a mí, que tal vez se había percatado de mi sonrisa.

—Sólo es un día —argumenté.

—No, no puedes faltar —sentenció.

Él me miró con decepción, mi padre hizo una mueca de que no había opción.

Dos intentos, dos fracasos, aun así sabía que lo seguiríamos intentando, y él también.

\*\*\*

Por la tarde, una hora después de que los trabajadores habían dejado la plantación y ya estábamos todos listos, mi padre encendió la troca, mi madre puso el candado en la puerta azul descarapelada, después se subió y se sentó en medio, el conductor del tráiler se sentó a su lado, el saltó a la cajuela y yo lo seguí, nos sentamos sobre el borde, uno enfrente del otro sujetándonos con ambas manos al mismo borde hasta que llegamos a la puerta del rancho, me bajé y la abrí, esperé a que pasara la troca y la volví a cerrar, subí nuevamente a la cajuela y me recargué en el fondo, no en el borde donde estábamos sino en la base, dándole la espalda al cristal de la cabina, después él hizo lo mismo.

Al rato de ir avanzando sentí sus dedos jugueteando con los míos, aparté la mano, miré adentro de la troca, los tres mantenían la vista al frente, lo miré a él, sonreí. Coloqué mi mano en el mismo lugar, ahí seguía la de él, la tomé con la mía.

—¿Habías hecho esto antes? —le pregunté.

—¿Qué?

—Esto —apreté su mano.

—Muchas veces —respondió.

—¿Pero no con una muchacha, con otro hombre?

Rio.

—No —dudó—, bueno, una vez con un amigo pero no resultó bien.

—¿Por qué?

—Yo pensé algo que no era así, o tal vez si era pero el miedo a veces es más fuerte y se arruinó la amistad.

—Ya se.

—¿Y tú? ¿lo habías hecho?

Me reí.

—No, me había imaginado haciéndolo muchas veces, pero incluso en mi imaginación intentaba reprimirlo.

—No podemos reprimir quien somos para siempre.

—Si podemos, pero seremos cada vez menos nosotros, le señale un árbol que teníamos de frente y que conforme avanzábamos se hacía más pequeño, es como ser aquel árbol, lo vemos de frente, y aunque pareciera que nos estamos acercando, por el hecho de tenerlo de frente con cada mentira que le contamos al mundo y más que al mundo a nosotros mismos nos alejamos más y nos hacemos más pequeños, dejamos de ser nosotros un poco cada vez, hasta que no lo veamos más, hasta que seamos una persona diferente, un personaje que interpretar.

—¿Crees que eso nos pase a nosotros? Que terminemos siendo alguien con una máscara permanentemente pegada al rostro —seguíamos viendo el árbol que al girar terminó por desaparecer.

—No sé.

—¿Algún día se lo dirás a alguien más?

—Cuando me vaya de aquí, tal vez, aquí no, no sé lo que puedan pensar, siento que aquí no podría hacerlo —miré a través del cristal, nos quedamos callados.

—Me gusta estar aquí, contigo —lo escuché decir transcurridos unos minutos, sonreí, me acerqué a su cuerpo, me recargué en él, miré nuestras piernas envueltas en mezclilla, miré nuestros pies que se movían y brincaban sobre la base metálica al ritmo de la troca, quería besarlo en ese momento, que no estuviera prohibido hacerlo.

—A mí también —respondí.

Llegamos al pueblo, mis padres y el chófer se quedaron en la tienda, mi madre dentro escogiendo verduras y abarrotes, mi padre y el chófer afuera charlando con los ancianos en turno, él y yo saltamos de la cajuela y fuimos calle arriba rumbo al estadio, si iríamos, pero no con ellas como mi padre había propuesto, avanzamos unas cuantas calles hasta el portón blanco detrás del que se escuchaban las porras de los equipos que estaban jugando, pagamos dos boletos en la taquilla y entramos, nos sentamos en las gradas metálicas, las que estaban a la derecha de la entrada y también donde había menos personas, en las más altas, en el espacio vacío que encontramos, había adultos tomando cerveza, niños comiendo frituras, algunos gritaban después de cada jugada, otros sólo se dedicaban a observar el juego.

—Te voy a traer una cerveza —me dijo. No tomaba alcohol pero tampoco me negué.

Gritamos apoyando al equipo local.

— ¡Vamos Cachorros! —me escuché vitoreando como nunca lo había hecho.

— ¡Eres malo número nueve! —gritó él cuando le toco batear al contrario.

Nos burlarnos del nombre del mismo equipo al que estábamos apoyando y que terminó perdiendo con un marcador bastante vergonzoso, salimos del estadio igual que el resto de asistentes y comenzamos a avanzar por las callecitas de tierra.

—Cómo puede pretender un equipo que se llama «los cachorros» ganar contra «los pumas» —dijo y nos reímos, una pareja que caminaba al frente se giró para mirarnos.

Seguimos riendo de todo y de nada mientras caminábamos rumbo a casa de mi abuela donde nos esperaban, mi madre platicando con mis tías y mi padre ansioso de saber cómo le había ido a su hijo que estaba convirtiéndose en «todo un hombre» pero que a lo largo del camino y aprovechando la creciente oscuridad y cada esquina que lo permitiera se besaba con su huésped y acercaba su cuerpo al de él como nunca lo había hecho con nadie más; llegamos aun riéndonos, estuvimos un rato en silencio escuchando la plática, partimos unos momentos después, en las mismas posiciones como habíamos llegado, ellos tres adelante, nosotros dos atrás, sólo que en lugar de estar recargados, nos recostados sobre el metal, contamos estrellas, con mi mano sobre su abdomen y la suya acariciándome la oreja derecha, al fin y al cabo en la oscuridad si podíamos ser nosotros.

## Diez de septiembre

Domingo

Se marcharon apenas pasadas las nueve de la mañana, me quedé parado junto al árbol de camino al cielo<sup>2</sup> que estaba enfrente de la puerta que da a la habitación de mis padres, hasta que el tráiler blanco con su caja de madera y metal desapareció lentamente, empecé a extrañarlo antes, en cuando puso el pie en el escalón y se sujetó de la puerta para subir a la cabina, no habíamos tenido un momento a solas en toda la mañana, así que dentro del «nos vemos mañana» dirigido a mi padre y a mí, encontré un «te voy a extrañar».

Y realmente lo extraño, me di cuenta entonces de que aunque fuera un día, lo que hacía que lo extrañará con tanta intensidad era el saber que era un día menos de los pocos que tendríamos, un día menos, un día que era como un mes para quienes tiene un año para estar juntos, un año para quienes tienen toda una vida para compartir, un minuto para quienes se enamoran por una noche.

Pase todo el día extrañándolo, recordándolo, imaginándolo, supongo que era lo mismo.

Lo extraño cuando me estaba alistando para irnos a casa de mi abuela cómo cada domingo, lo recordé detrás de la cortina de plástico del baño.

Lo imaginé sentado del lado del copiloto del camión, cuando iba sentado con mis brazos sobre la puerta de la camioneta, lo imaginé haciendo lo mismo, mirando los campos, sintiendo el aire.

Lo extraño cuando estaba sentado en la tercera banca de la iglesia con mi madre, lo extraño en el lugar que más me decía que no debía de extrañarlo.

Lo imaginé cuando estaba acostado en mi cama mirando las vigas del techo, imaginé el techo que él estaría viendo en aquel momento.

—Te extraño —dije.

—Te extraño —imagine que respondía.

---

<sup>2</sup> Camino al cielo: árbol ornamental, de crecimiento rápido y muy resistente a los cambios de temperatura.

## Once de septiembre

Lunes

Salté del camión escolar, y comencé a caminar lo más rápido que podía, a correr con mi mochila llena de cuadernos saltando en mi espalda, era como si hubiera comenzado un maratón, donde la meta era él, ya debería de haber regresado, tendría que estar sobre el puente de madera, esperándome, al menos era lo que yo deseaba, lo veía parado en los barrotes de madera, a la sombra del sauce, arrojando piedritas en la corriente del agua de la acequia, me vería llegar y sonreiré, o junto a la puerta de la huerta comiéndose una manzana y con otra en las manos para mí, no me diría nada, sólo caminaría hasta el centro de la huerta y yo iría detrás de él, y ahí no me ofrecerá otra fruta, me ofrecerá sus labios, de los que estaría realmente hambriento, yo no podía esperar más, por eso apuraba mis pasos, incluso el cielo me lo pedía, antes de bajar del autobús las nubes habían empezado a volverse más densas habían pasado de ser blancas a un gris cada vez más oscuro y desde que había puesto el pie sobre la tierra me gritaban que me apresurara, que él estaba esperando, que tenía que alcanzar a mi tormenta personal antes que ella me alcanzará a mí, pequeñas gotas empezaron a caer sobre mí, sobre la vereda de tierra y el pasto verde a ambos lados.

Con cada paso un poco más apresurado que el anterior, las nubes se volvían más amenazantes, las gotas que habían empezaron a caer sobre mi cara, primero suaves y dispersas, empezaron a golpear mis mejillas, mi frente, cada vez más grandes cada vez más, en mi mente era el héroe bajo la tormenta que no se iba a rendir hasta llegar a su amado, porque como todos los héroes sabía que me estaría esperando, no en una torre sino debajo del sauce cercano al puente, sonreí, y me apresure un poco más.

Llegué hasta el punto desde donde podía mirar el sauce, y el puente sobre la acequia, no lo vi, y la tormenta seguía arreciando, seguí hasta el puente, ya empapado, me paré sobre el puente donde quería que me esperase, no estaba, estaba decepcionado.

— ¿Vas a seguir mojándote? — escuché su voz que me preguntaba desde la casa, ahí estaba, recargado en la pared blanca, a un lado de la pared de la chimenea, las gotas caían desde el otro lado así que la pared lo resguardada de la lluvia, dentro de la casa sería entre la habitación de mis padres y el cuarto de baño.

Me acerque, dando pasos rápidos y con una sonrisa que abarcaba toda mi cara.

—Te estaba esperando — me dijo en cuanto estuve a la distancia necesaria para no tener que gritarlo — te tengo una sorpresa, — agregó.

— ¿Qué?

— ¡Mira! — me dijo llevando su mirada hasta el suelo, de su lado derecho, solo había hierba.

—No hay nada, solo hierba.

—Fíjate bien — dijo con la sonrisa que le había conocido junto con él.

Revisé entre la hierba, y vi una barra de jabón blanca, a medio usar.

Lo miré sin entender lo que estaba pasando.

—Tiene ahí casi dos semanas.



¿Dos semanas? ¿Qué hacía un jabón entre la hierba desde hace dos semanas y porque era una sorpresa para mí? ¿Qué había pasado hace dos semanas? Me pregunté antes de recordarlo, entonces, sonreí, me reí conmigo y con él, mi rostro húmedo por la lluvia se ruborizó, como lo había hecho casi dos semanas atrás como él había dicho, lo recordé de nuevo llamándome desde el baño para pedirme el jabón que no había en la regadera, recordé sus hombros, su costado derecho, su silueta detrás de la cortina semitransparente, lo recordé todo y me sonreí de nuevo, porque ahora sabía que él sabía, que había sido así desde el principio.

— ¿Ya sabías? —le pregunté, aún con el jabón en mis manos.

—No exactamente, pero tenía dudas, así que necesitaba averiguarlo, saberlo antes de intentar cualquier cosa, en realidad no lo sabía ni cuando te espere ahí. —Señaló hacia el puente de madera, señaló la huerta donde la lluvia seguía agitando los árboles.

— ¿Y entonces?

—Tenía que arriesgarme, si no lo hacía, nunca lo iba a hacer, si no lo hacía ya nunca podría quitarme la máscara que traía puesta.

Sonreí.

—Yo también quería que pasará, desde el primer día.

La lluvia seguía cayendo, las gotas alcanzaban a caer sobre nuestros pies, nos habíamos sentado sobre la hierba, él junto a la chimenea, mi mochila separándonos, resguardando nuestro secreto, yo y una barra de jabón que se había enterado primero que yo de todo.

— ¿Cómo te fue en la ciudad? —le pregunté.

—Bien, me hubiera gustado que fueras conmigo —me miró, le sonreí.

—También me hubiera gustado ir contigo, hasta el tiempo parecía ir más lento.

—El tiempo es como la lluvia, en invierno cuando no la necesitas, cuando no te hace feliz deseas que termine pronto, y en verano cuando la necesitas, cuando te reconforta quisieras que se quedara para siempre, tú eres mi verano, quisiera quedarme en este verano para siempre.

Lo mire, y en sus ojos había tristeza.

—Hagamos que este verano dure para siempre.

— ¡Hagámoslo! —se levantó de un movimiento y empezó a correr bajo la lluvia. — ¡Para siempre! —gritó.

Me puse de pie y empecé a correr tras de él, volví a sentir las gotas cayendo sobre mí.

Corrió hasta el árbol del que habíamos arrancado dos manzanas, corrí detrás de él, lo rodeó y vino directo hacia mí, tomó mi rostro con sus dos manos, y me besó, lo correspondí, y la lluvia seguía cayendo.

Sentía mi rostro mojado, el agua bajaba por mis mejillas y se mezclaba con nuestros labios. Me rodeó con sus brazos, hice lo mismo, sentía su cuerpo contra el mío, sentía los latidos de su corazón contra mi pecho, sus manos aferradas a mi espalda, la piel cálida de su espalda bajo la playera empapada.

Con cada segundo que pasaba sentía más lluvia, más agua, era como si las gotas empezaran a fusionarse con nosotros, y yo con él, y el conmigo, cada segundo nos hacía más líquidos, sus manos se hundían en mi espalda, mi rostro en su cara, su corazón en mi pecho, dejamos de ser dos.

«Te amo» salieron dos palabras del agua que éramos, no supe quién las dijo, tampoco era necesario decirlas, pues esa tarde bajo la lluvia y bajo la piel eran las únicas dos palabras que existían. «Te amo» respondieron lo otros labios.

Mis manos bajaron por su espalda, empujó todo su cuerpo contra el mío, me volvió a besar con más intensidad, era un beso nuevo, enredo sus dedos en mi pelo y mis manos bajaron un poco más, se apartó, me miró, y se abalanzó de nuevo sobre mi boca, mis manos lo sujetaban ahora de la cadera, me acercaba más a él, podía sentir su sexo rígido contra el mío, sentía placer, como nunca antes, necesitaba seguir adelante como la tormenta que nos rodeaba, necesitaba arrancarle, arrancarme la ropa, necesitaba que toda su piel conociera la mía, llevé mis manos debajo de su camiseta, debajo de su pantalón, me besaba el cuello, la cara, las orejas, el recorrido de sus labios, de su lengua, me hacía recorrer un camino directo al éxtasis.

«¡Puuuum!» Escuchamos un trueno, nos asustamos, nos apartamos, luego nos reímos, y nos dimos cuenta que estábamos a unos metros de la casa, seguramente también los trabajadores estarían a punto de pasar por el camino debido a la tormenta, así que aunque los dos esperábamos que el otro diera un paso para seguir adelante, nos miramos, con la ropa, la cara, y las ganas mojadas.

Fui el primero en avanzar hacia la puerta, y la lluvia también dejó de caer con la intensidad que lo hacía, como si lo que alimentaba la tormenta fuera nuestra pasión.

Regresamos con la ropa y el corazón empapados, con la piel y el deseo húmedos, caminamos uno al lado del otro cuando la lluvia amainó, sólo chispas caían ahora, fuimos hasta donde estaba la barra de jabón y mi mochila, tomé el primero y lo puse en una de las bolsas de la segunda, se ríó cuando lo hice.

—Me voy a bañar con el hoy.

Se ríó de nuevo.

—Estás loco.

—Sí.

## Doce de septiembre

Martes

Mi cumpleaños, hacía dieciséis años que había nacido en una de las ciudades cercanas, llovía como lo hacía ayer o incluso más y durante más tiempo y el río estuvo a punto de llevarse la camioneta de mis padres y a mi antes de cumplir un día de haber nacido cuando veníamos de regreso de la clínica donde mi madre había dado a luz, pero no fue así, y era ahora una historia que podía recordar como si hubiera tenido consciencia de ella de tantas veces que la había escuchado.

Desperté, apenas y se dio cuenta mi madre desde la cocina y se dirigió a mí con una sonrisa, extendiendo sus brazos y un «feliz cumpleaños» en los labios, y después de que me hubiera ido y de que terminará de alzar la casa, empezaría a preparar un pastel, la masa, el betún, hornearlo, y tenerlo listo para cuando llegara mi abuela, algunos tíos y primos, suponía ya los habría invitado el domingo, prepararía también alguna comida especial, puerco en chile colorado y arroz, lo suficiente para todos y para que pudieran llevar un poco al marcharse.

Estaba desayunando cuando mi padre entró en la cocina.

— ¡Feliz cumpleaños! —dijo y me extendió los brazos.

—Gracias —dije después del abrazo.

—Ya estas viejo.

Le sonreí.

Salí con mi mochila a la espalda, más apresurado que de costumbre, giré en la esquina de la casa y ahí estaba él.

— ¡Sorpresa! ¡felices dieciséis! —dijo y me jaló de una de la asas de la mochila, dio un vistazo rápido para asegurarse de que no hubiera nadie, me plantó un beso y le siguió un abrazo.

— ¿Por qué no me habías dicho que hoy cumplías años? Si no es porque ayer escuché a tu padre decírselo a alguien en la huerta no me entero —me encogí de hombros.

—Te hubieras perdido de mi regalo, ¡eh! —continuó.

—Bueno, pues ya lo sabes, así que dame mi regalo.

—No, todavía no, hasta que regreses, para que pienses en lo que puede ser todo el día.

—Dame al menos una pista.

—Mmmmm, ¡no! y ya vete que ya ibas tarde o no vas a alcanzar el camión. —comenzó a caminar en dirección contraria a la que me dirigía.

— ¡Maldito! espero que valga la pena la espera, —le dije cuando había dado ya unos pasos, antes de empezar casi a correr.

Poco más de ocho horas después estaba en el mismo lugar, a unos pasos de donde ya se encontraban todos esperándome, y yo, yo lo único que quería era estar a solas con él y descubrir el regalo que tenía para

mí, esperaba que estuviera aguardando mi llegada sobre el puente de madera, pero no, había demasiadas personas para atrevernos a ir hasta nuestro árbol, tal vez estaba con todos dentro de la casa.

Dos niñas y un niño de menos de siete años jugaban a la sombra del árbol camino al cielo.

Me vieron, y la más grande fue a darme un abrazo, los otros continuaron jugando con los juguetes con los que unos años atrás pasaba horas ahí mismo, aun los conservaba y de vez en cuando tomaba entre mis manos alguno de ellos, sentía el plástico, y me los imaginaba de nuevo, hablando, viviendo una nueva historia; mi madre me había pedido que los regalará pero yo me había negado, me aferraba a ellos, me aferraba a la infancia, a la felicidad pura, había regalado unos cuantos, los que no eran tan importantes para mí, y aun así me había dolido entregarlos a alguien más, eran para mí la última probada de mi niñez, eran como la última rebana del pastel que mi madre había preparado, a la que le daba pequeños bocados, para que durara el mayor tiempo posible, necesitaba saborear su sabor lentamente porque después desaparecería para siempre.

—¡Feliz cumpleaños! —Dijo la niña después del abrazo, —que bueno que ya llegaste para comer pastel —le dediqué una sonrisa.

—Gracias, entonces ven, vamos a partir el pastel —caminamos tomados de la mano hasta la puerta.

“¡Felicidades!”, “¡Feliz cumpleaños!”, “¿Cuántos?”, “¡Ya te puedes casar!”, “¡Todavía esta chiquito!”, escuché decir a mi abuela, a mis tías, a mis papás, agradecía y les sonreía, lo busque a él y no lo encontré.

Comimos todos juntos, los niños corrían por toda la casa, entraban y salían persiguiéndose, me acerque a mi madre en un momento en que se encontraba sola.

—Mamá, ¿dónde está Leo? —le pregunté muy bajito.

—No sé, tomó tu bicicleta y dijo que iba al pueblo, ¿Por qué?

—Sólo pensé que aquí iba a estar.

Después de comer, me senté afuera, no podía dejar de mirar hacia el camino.

Los adultos se quedaron en la cocina, excepto mi padre, que se había marchado a la huerta, regresaría al terminar la jornada para después llevar a mi familia de regreso al pueblo, al llegar me había percatado de que no había ningún otro vehículo más que la camioneta de mi padre, así que tuvieron que venir caminando, los niños volvían a jugar con los muñecos de plástico, me uní a ellos, construimos un pequeño pueblo entre las raíces del árbol, me tocó ser un león, uno que era el villano de una película y que ninguno de los niños había aceptado por esa razón.

Sentí una mano sobre mi hombro y me giré para ver, ahí estaba él, había dejado de mirar hacia el camino por unos minutos pensé en eso que dicen de que al amor no hay que buscarlo ni esperarlo, pues llega precisamente cuando no estas mirando en esa dirección.

Lo miré igual que el primer día, la sonrisa que hacía venir la mía tan solo mirarla, el pelo revuelto, la piel un poco más tostada por los días al sol.

— ¿Cómo va tu fiesta?, —preguntó

—No es una fiesta y ya se terminó, le dije a mi mamá que te guardará un poco de pastel, ve adentro.

—Sí, muero de hambre —me acarició la mejilla, miré a los niños, dos lo habían visto acariciarme, no dijeron nada, continuaron con su juego, no significaba nada, así era ser niño, sin prejuicios sobre cuál tipo de amor está bien y cuál no, después lo aprendemos, nos enseñan a clasificar, a dividir, a señalar lo que ellos mismos nos han enseñado que está mal.

Entró a la casa, yo seguí jugando con los niños, no le quise preguntar por el regalo que había prometido, quería que él me lo entregara sin decirle o pensé que tal vez sólo lo había dicho y que no existía tal regalo, no me importaba, él era mi regalo.

Después de un rato, llegó y se sentó de nuevo a mi lado, estuvo solo unos minutos, antes de levantarse, se acercó a mi oído y dijo muy bajito:

—Mi regalo te va estar esperando en mi cuarto, después de que se hayan ido todos.

La tarde transcurrió lenta como el viento que soplaba, suave como una caricia, o al menos para mí, quería que ya se marcharan, dejar a mis padres en la casa y escabullirme hasta su habitación.

Vi marcharse a los trabajadores de la huerta, a mi padre llegar con la carreta sujeta al tractor, camine hasta el lugar donde estaban apiladas las rejas que se habían llenado desde que el segundo tráiler había partido, Tomasa camino a mi lado pesarosamente, le ayude a descargar las últimas rejas del día, las dejamos cubiertas con una lona para protegerlas de la lluvia.

Estaban todos a la sombra de los sauces junto a la acequia, los niños jugaban ahora dentro del agua, levantaban los brazos arrojándose agua unos a otros, llegamos mi padre y yo y nos unimos a los demás, mi padre se recargó sobre su brazo en uno de los árboles, yo me senté en el pasto con Tomasa echada a mi lado, comencé a arrojar piedritas al agua, con cada una que arrojaba contaba los segundos para que mi abuela dijera que ya quería irse, sabía que lo diría antes de que atardeciera.

—¿Ya te desocupaste? —le preguntó mi madre a mi padre después de un rato.

—Ya —respondió.

—Porque tu mamá ya quiere que los lleves.

—Si hijo, ya es tarde —agregó mi abuela.

—¿Ya están listos?

—Ya —le respondió.

—Vamos a darles un poco de la comida que quedó —le dijo mi madre.

Ambas se levantaron y fueron a la casa, una de mis tías se quedó secando a los niños, que fueron saliendo del agua, uno por uno, después se levantó mi padre.

—¿No vas a ir? —me preguntó cuándo se puso de pie, yo seguía sentado sobre el pasto, arrojando piedritas al agua y acariciando el pelaje de Tomasa, que seguía echada a mi lado.

—No, tengo que hacer tarea para mañana y no he tenido oportunidad de hacerla —mentí.

—Pues ponte a hacerla entonces.

—Sí —le respondí.

—Y ve a apartar los becerros primero, antes de que se oscurezca.

—Voy de una vez —le dije y me puse de pie.

—Les dices gracias a todos por haber venido —le grité mientras aceleraba el paso, las vacas se encontraban cerca del río, así que no me tardaría mucho en traerlas al corral, empecé a correr y conmigo lo hizo la perra pastor alemán, para cuando regresará ya se habrían ido.

Cerré la puerta de madera del corral, los becerros estaban dentro y sus madres fuera, ahora sólo tenía que darle la vuelta a las bodegas hasta la otra puerta de madera, detrás de la cual estaría mi regalo, y con mi regalo no me refería a lo que me iba a entregar.

Caminaba y era imposible no llevar una sonrisa estampada a mi cara, me sentía ridículamente feliz, incluso solté unas cuantas risitas mientras avanzaba, la hacienda estaba en completo silencio, ya todos se habían ido, mis padres se tardarían en regresar.

Llegué hasta la puerta amarilla, que estaba casi cerrada, pensé en tocar, pero en lugar de hacerlo, la empuje, él estaba recostado sobre la cama durmiendo o fingiendo hacerlo, me quedé de pie en la puerta, abrió los ojos y me miró.

— ¿Vienes por tu regalo?

—Aja —dije asintiendo con la cabeza.

Colocó sus pies descalzos en el suelo áspero de concreto y se acercó hasta donde estaba, demasiado cerca, el instinto me hizo llevar mi cuerpo hacia atrás, pasó su brazo alrededor de mi cintura y me llevó hacia él, no me resistí, cerró la puerta detrás de mí y giro un clavo doblado del marco que servía como seguro.

Un temblor recorrió todo mi cuerpo, el corazón me latía como un tambor.

Me besó, fui hacia atrás, topé con la puerta ahora cerrada, se detuvo.

— ¿Sí? —preguntó

Le respondí llevando mi boca hasta sus labios, sentía el movimiento de su cuerpo, sus manos subiendo y bajando desde mi nuca hasta mis piernas, su lengua dentro de mi boca, llevé mis manos debajo de su camiseta, acaricie su abdomen, las llevé debajo de su pantalón, se detuvo, me miró, sonrió, volvió a lo que estaba haciendo, subió mi camiseta, levanté mis brazos y quedó sobre el suelo, se arrodillo frente a mí, acercó su cara a mi pantalón, soltó el botón, bajó el cierre, posé mi mano sobre su cabello revuelto y la presioné contra mí, me quitó los zapatos del uniforme escolar, los calcetines, bajó mi pantalón, mi ropa interior, estaba completamente desnudo, era la primera vez que alguien me veía así, se quedó de rodillas frente a mí, lo jale de los brazos, se puso de pie, era mi turno, levante su camiseta, pasé mi lengua por su ombligo, acariciaba su espalda, su cuello, lo tomé por la cadera, le besé la cara, arranque su camiseta, solté su cinturón, se despojó de la ropa que le quedaba, lo miré, cada centímetro de él, lo hermoso que era, imité lo que había hecho con su boca, fuimos a la cama, la luz entraba opaca por la única ventana y caía sobre

nuestros cuerpos, todo lo que hice, lo que hicimos, no lo había hecho nunca y aun así sabía qué hacer, donde tocar, donde presionar, que movimiento hacer, sólo me dejaba llevar por lo que me producía, lo que le producía placer, recorrimos todo el camino que acabábamos de descubrir hasta que ambos llegamos al destino que también descubrimos por primera vez.

Estábamos tumbados en la cama, no se escuchaba nada más que nuestra respiración, podría quedarme dormido a su lado cuando sentí sus dedos en mi espalda como si fueran dando pequeños pasos subiendo por mi columna vertebral.

—Te mentí —dijo.

Me gire y estaba mirándome.

— ¿Por qué? —pregunté

—No tengo un regalo para entregarte, fui a buscar algo para comprarte al pueblo, pero no encontré nada. Tomé su cara con mis manos y lo acerque a la mía.

—Tú —le dije.

— ¿Yo que?

—Nada ¡gracias! —le dije, seguido de un beso.

## Trece de septiembre

### Miércoles

Estuve sonriendo durante el cien por ciento del tiempo de ese día, durante la escuela todos se dieron cuenta de ello, sobre todo mi mejor amiga que me veía con un signo de interrogación dibujado entre sus cejas, después del segundo receso durante la clase de inglés me pasó un papelito, lo desdoble y leí lo que decía.

«Si vas a tener esa cara de menso todo el día, al menos dime por qué».

Me giré para verla, nos reímos, tome un bolígrafo y escribí debajo de su pregunta con letras mayúsculas.

«LEO»

Lo doblé de nuevo y se lo pasé, esperé a que lo abriera, lo leyó y me miró con un rostro que iba de la sorpresa a la duda.

—Vamos afuera —dijo en voz bajita.

—Vamos —le respondí, sabía que si a alguien le iba a podía contar el secreto era a ella, ahora estaba listo.

Salimos del salón, primero salió ella y al minuto le seguí, dejamos todo sobre nuestras bancas, apenas y puse un pie afuera y me abordo.

—Cuéntamelo todo —dijo impaciente.

—Shhhhh —ven, la tomé del brazo y la llevé conmigo.

Fuimos hasta los bebederos, que eran un muro de concreto que nos llegaba hasta la cadera y casi del mismo ancho, de él salían tres llaves verticales, nos sentamos recargados en él, de frente teníamos la cerca que daba al estacionamiento de la escuela.

Me miró sin decir nada, suponía que no quería presionarme a decirlo después de lo que había pasado hacía unos días.

—¿Te acuerdas de lo que tenía escrito en mi cuaderno, la semana pasada que me enoje contigo? —se rio.

—Sí, el nombre de alguien —dijo cautelosa.

—Aja, Leo, pues Leo no es Leonor ni Leonila —me detuve por un segundo. — no es ningún ella, es un él.

¡Ya!, lo había dicho y se sentía muy bien, era como sentarse sobre el puente de un río y arrojar las piedras que traía cargando en una maleta, deshacerse de todo ese peso inútil.

—Entonces, ¿quién es Leo?

Agradecía qué no me hubiera preguntado un «¿cómo?», o qué fingiera que no me había entendido, se lo agradecía infinitamente, que no me hiciera sentir que había duda en lo que acaba de decirle, que no importara que fuera un él, y que sólo quisiera saber quién era ese él.



Después le conté todo sobre Leo, desde el día que había llegado hasta dos días atrás, no había llegado hasta lo que había pasado el día anterior, se rio, me abrazó, por primera vez habíamos intercambiado papeles, yo le contaba siendo completamente yo y ella escuchaba, se sentía muy bien poder hacerlo, se sentía muy bien tener a alguien que te escuchará sin juzgarte, se sentía muy bien tener un amigo, ella lo era pero sólo ahora lo sabía.

Iba pasando por la huerta de regreso a casa, los trabajadores ya habían iniciado en la tercer huerta, la de las manzanas *red delicious*<sup>3</sup>, ya sólo quedaba esa y en la que en el centro se encontraba nuestro árbol.

— ¡Camilo! —escuché entre los árboles.

—Vente a comer —era su voz.

Caminé entre los árboles, hasta donde se encontraban todos, también estaba ahí mi padre.

—Siéntate a comer —dijo él mientras me ofrecía un burrito, lo acepte, dejé mi mochila a un lado y me senté en una de la rejas de madera vacías.

—Si no llega el siguiente tráiler hoy, mañana voy al pueblo —le dijo él en un momento a mi padre.

—Muy bien, ¿te quieres ir en el camión escolar como la vez pasada? para que Camilo le diga en la mañana al chófer.

—Sí, estaría bien, gracias.

—Muy bien —le dijo mi padre y le dio una mordida al burrito que tenía en la mano.

—Ya no has vuelto a ir al pueblo Leo — dijo el mismo que lo había invitado a jugar fútbol en los primeros días que había llegado— alguien se quedó esperándote —agregó.

Sentí, aunque no me lo decía a mí, que lo estaba juzgando, que me estaba juzgando por dejar pasar esa oportunidad con ella y después de que lo dijo sentía como si todos esperaran su respuesta para poder unirse al jurado.

—Si he ido, pero no te he visto, —respondió él.

—Pues tampoco a tu “novia” ayer estaba con ella y me dijo que no te ha visto desde que fueron a la estación, tú también fuiste ¿no Camilo? —lo miré y me di cuenta de que mi padre también prestaba atención.

—No, tampoco la he visto a ella, he tenido cosas más importantes que hacer, —respondió de nuevo, esperaba que su respuesta diera por terminada esa conversación.

—Supongo —fue la respuesta que obtuvo, pero cuando lo dijo no lo miro a él, me miró a mí.

El clima estaba caluroso aún a la sombra de los árboles, pero una ráfaga fría me recorrió la espalda e hizo que mi piel se erizara, y la culpable fue la última palabra pronunciada en torno a esa conversación.

Terminando de comer todos regresaron a sus labores en la huerta, yo tomé mi mochila y caminé hasta la casa, se sentía un poco más pesada otra vez.

---

<sup>3</sup> Red delicious: Tipo de manzana, dulce y de un color rojizo oscuro.

Por la tarde, cuando ya había cumplido mis labores escolares, fui a buscarlo, ya había llegado el primer chofer otra vez, así que mentí diciéndole que decía mi padre si podía ir con él, ya fuera, lo guíe hasta el que era uno de mis escondites favoritos de niño y el que todavía visitaba ocasionalmente, fuimos hasta la casa del dueño de la hacienda, que permanecía vacía todo el año, excepto algunas veces en verano y casi todos los inviernos, toda la familia pasaba navidad ahí.

Ninguna de las ventanas tenía seguro, pero las que daban hacia la acequia quedaban muy altas y las del frente quedaban directo a nuestra casa, sólo una quedaba un poco oculta y baja para que un niño de cinco o seis años pudiera entrar sin ser visto, no recordaba cuando había empezado a entrar a escondidas, pero suponía que a esa edad, era algo que siempre había hecho.

Vigilé que nadie nos viera, lo llevé rodeando la cerca metálica de la casa para que pareciera que íbamos a buscar las vacas, entramos por la puerta trasera de la cerca y lo llevé hasta la ventana, la levanté y le dije que entrara, después entré yo, cerré la ventana y las cortinas tas de mí.

Era una de las habitaciones, había dos camas, un closet y una mesita separando las camas.

—Te presentó al «país de las maravillas» —le dije con una sonrisa.

—Entonces yo soy Alicia y tú el conejo que la llevó hasta la madriguera —se acercó y me besó, un beso corto al que no le siguieron otros, nos recostamos en una de las camas, apoye mi cabeza en mi brazo derecho y él la suya en mi abdomen, nos quedamos mirando el techo de madera en silencio, sin hacer ningún movimiento, el día anterior estuvimos completamente desnudos recorriendo cada uno el cuerpo del otro y ahora estábamos en silencio con la ropa puesta, sentía ambos momentos tan diferentes entre sí, pero tan íntimos los dos, uno era tormenta otro mar en calma, uno era pasión otro era amor, y tenía los dos.

## Catorce de septiembre

Jueves

El día anterior durante la cena Leo había mencionado nuevamente que iría al pueblo, que se iría conmigo en el camión escolar, ya se lo había dicho a mi padre pero era como si quería que les quedara claro, no supe porque hasta que íbamos caminando entre el rocío de la mañana rumbo a la carretera, a la parada del camión, nos estábamos acercando pero aún no era visible la carretera, me tomó del brazo, se detuvo y dijo:

—No tomes el camión hoy.

—¿Qué?

—Sí, no tomes el camión, vamos a esperar el camión que va a la ciudad que está más para el norte, —era la ciudad más cercana.

—No, tengo que ir a la escuela.

—Sólo será un rato, volveremos para la misma hora, va a ser como si hubieras ido, será un día sólo para nosotros —miré la vereda por la que avanzábamos y lo miré a él, era el camino que prefería caminar, aunque fuera sólo por un día.

Esperamos a que pasara el camión escolar, se detuvo un momento y luego se marchó, esperamos el otro camión del otro lado de la carretera por casi una hora más, subí los escalones como si estuviera tomando un avión que me llevara al otro lado del mundo, él pagó, nos sentamos en la parte trasera, me dio un beso rápido en la mejilla y yo le di un codazo en las costillas, el camión hizo al menos otras cinco paradas hasta llegar a nuestro destino, después de casi cuarenta minutos, ahí estaba un nuevo mundo, un mundo de cinco horas de duración, tomamos un taxi que nos llevó hasta la presa de la ciudad, era el sitio más conocido para pasear al aire libre donde, las familias iban a acampar, a rentar una lancha de remos para recorrer sus aguas, a pescar; era jueves por la mañana así que estaría prácticamente vacía, el taxi nos dejó en la entrada del único restaurant que también servía como recepción de las cabañas que se encontraban en uno de los extremos de la presa, entramos y sólo estaba una mujer mayor viendo la televisión, nos acercamos hasta sacarla del trance en el que se encontraba.

—Buenos días —le dijimos.

Nos respondió con un sonido entre gruñido y queja.

—Queremos rentar una cabaña —le dijo Leo, yo me quedé atrás observando los cuadros que colgaban de la pared de madera.

Ella levantó la mirada, miró a Leo y luego a mí.

—¿Para ustedes dos? —preguntó.

—Sí, mi hermano y yo vamos a esperar a nuestros padres que llegan mañana.

—Se cobra por adelantado, ¿cuántos días?

—Uno, sólo uno —contestó él, nos miró de nuevo, mañana le pagan nuestros padres los demás días —agregó.

Le cobró y le entregó una llave sujeta a un arillo metálico con un llavero de madera con la forma de un siete.

—Por esta puerta a la derecha, es la cuarta —nos dijo para volver inmediatamente a posar sus ojos en la pantalla del televisor.

—Gracias —respondió él, luego yo.

Salimos por la puerta que nos indicó, pasamos las tres cabañas idénticas una de la otra a excepción del número tallado en las puertas, avanzamos hasta llegar a la que tenía un siete tallado en la puerta, afuera había un asador y dos bancas de madera junto a la pared, pinos y encinos por todo alrededor y a unos cuantos pasos la orilla de la presa, que permanecía prácticamente inmóvil como un espejo del cielo, árboles y rocas que había al otro lado.

Entramos, deje mi mochila sobre el piso de madera, todo era madera en la habitación, el techo, las paredes, las camas, el aire estaba impregnado por su olor, se dejó caer en una de las dos camas matrimoniales que había.

— ¡Gracias! —me dijo.

— ¿De qué? tú me trajiste a mí, yo te digo gracias.

—No, gracias por darme algo que pensé que tenía negado, algo que siempre había pensado que se me iba a prohibir, algo verdadero, no algo fingido, algo que voy a recordar siempre con una sonrisa en mi cara, gracias por eso.

—Me acerque hasta él y pasé mi mano por su rostro, le aparte una lagrima de su mejilla y después lo besé, lo besé no como lo había besado encerrados en su habitación, no con el impulso de que a ese beso siguiera quitarnos la ropa, sino con ternura, cómo él me había besado en el «país de las maravillas» con un sentimiento de algo que sólo compartiríamos nosotros dos, y que nunca volveríamos a conocer, el primer amor, el verdadero uno que no se puede olvidar aunque después vengan otros, nos quedamos así un rato, como dos aves dentro de una jaula, pero que aun así son felices, porque precisamente lo que las hace felices está ahí mismo, no necesitan volar, incluso han olvidado que tienen alas.

Salimos a caminar entre los árboles, nos sentamos hombro con hombro debajo del árbol más grande, nos contamos un secreto, remamos rompiendo la quietud del agua, nos recostamos sobre la lancha a descifrar la forma de las nubes, volvimos a la cabaña número siete, nos quitamos la ropa, nos amamos, nos bañamos juntos sólo para volver a hacerlo justo después de secarnos, nos quedamos desnudos.

Pensé que tal vez así era una luna de miel, la que seguía al vivieron felices para siempre de las telenovelas que le gustaban a mi madre, sólo que para nosotros duraría cinco horas, la habíamos hecho a escondidas y después no sabíamos lo que seguía.

Parpadeamos y ya habían pasado nuestras cinco horas, salimos de la cabaña, dejamos la llave en la puerta y nos marchamos, caminamos durante casi una hora hasta la estación de autobuses, subimos al autobús, estábamos agotados como si regresáramos al hogar después de mucho tiempo fuera, pero también

estábamos felices de haber tenido ese tiempo para nosotros y así un momento después estábamos en el mismo lugar donde me había pedido que lo acompañara a vivir una aventura, sólo que ya traíamos en los bolsillos esa aventura guardada.

Llegamos una media hora después de la hora a la que normalmente llegaba de la escuela, él se quedó en las huertas, yo continué hasta la casa, llegué y mi madre estaba limpiando frijoles sentada a la mesa, llegué cómo lo hacía cada día.

— ¿Cómo te fue en la escuela? —me preguntó.

—Bien, normal —le respondí, no me detuve, fingí que necesitaba ir al baño, no era común que me lo preguntara a menos que fuera época de exámenes o cuando había algún evento especial, pero si sabía que no había ido no insistió, y no volvió a hacerme algún comentario o pregunta, buscando que me delatará.

## Quince de septiembre

Viernes

Fiesta nacional, era lo que significaba esta fecha, en cada pueblo y ciudad del país, se reunían en las plazas principales donde se montaban kermeses, música, ferias y juegos mecánicos y se esperaba a la media noche para que los presidentes municipales y gobernadores dieran el grito de independencia, así era precisamente como se le conocía a esta fiesta «el grito».

Salimos de la casa cuando empezaba a oscurecer, les había rogado a mi padres, por separado y juntos que nos prestaran la camioneta cuando supe que ellos no estaban interesados en acudir ese año, incluso cuando mi padre me preguntó si iríamos por las muchachas con las que habíamos salido le respondí que sí, e inmediatamente dijo que estaba bien que sólo tenía que convencer a mi madre, le argumenté que Leo sería quien iba a manejar, que volveríamos inmediatamente después de que terminará la fiesta para levantarme y acudir al desfile de la escuela al día siguiente.

—En cuanto se termine —dijo.

—Sí, te lo prometo —le dije, le di un beso en la mejilla y celebre la victoria.

Nos alistamos apenas y se terminó el trabajo en la huerta, se habían acumulado ya algunas rejas de manzana junto a la acequia, el chófer del siguiente tráiler justo había llegado, pero no se habían empezado a cargar.

Para la semana siguiente se terminaría la pisca y el verano.

Ya anochece cuando echó a andar la camioneta.

— ¡Nos vemos después del grito! —les dije desde el asiento de la camioneta, mientras ellos permanecían de pie junto a la casa.

Antes de llegar al pueblo, detuvo la camioneta en una parte del camino rodeado sólo de campos de cultivo, y que permanecía en completa oscuridad, apenas se detuvo y lo miré con una interrogante en mi cara, se acercó para besarme, me reí, y lo besé de regreso, le quite la camisa, bajó mi pantalón, repetimos lo que habíamos estado haciendo los últimos días, después continuamos escuchando música con el volumen al máximo y entonando ambos las canciones mientras nos reíamos uno del otro.

Llegamos a la plaza del pueblo y él buscó donde estacionar la troca, detrás de la iglesia había espacio, en cuanto el sonido del motor cesó saltamos rumbo a la plaza.

Me sentía tan diferente al que era tres semanas atrás, más libre, él había logrado transformarme en alguien que me gustaba más, en alguien que sentía que, si era yo, el real.

Estuvimos caminando un rato por la cancha, era donde estaba la venta de cerveza y el escenario, donde el grupo local tocaría más tarde, era el mismo de todos los años, pero la primera canción cómo todos los años haría que todas las parejas invadieran el suelo de cemento al ritmo de los acordes; alrededor de la plaza estaban lo puestos de comida, atendidos por las madres de la primaria, del jardín de niños y de la parroquia, todas sirviendo los diferentes platillos que habían preparado; también ahí estaban los puestos de

juguetes, sombreros y banderas, latas de espuma con las que niños y adolescentes, sobre todo, se perseguían unos a otros, y también los de juegos de azar, uno de tiro al blanco y el de intentar levantar una botella con un hilo para ganarse el billete debajo, y sobre la calle el único juego mecánico que venía cada año, un dragón que se deslizaba de un lado a otro como un péndulo, y que lograba que se formara una fila de niños esperando su turno para subir en él.

Fuimos al puesto de elotes y pedí dos, traía en el bolsillo el dinero que me habían regalado mis padres y mis padrinos en mi cumpleaños, los pagué antes de que él lo intentara.

—Ten —le dije y seguimos caminando, en diez minutos ya habíamos recorrido todo el espacio, fuimos y nos sentamos en las gradas metálicas, mientras le dábamos mordidas al maíz cubierto de mantequilla, queso, chile y limón.

Después de terminárselo fue hasta la carpa donde vendían cerveza y regresó con dos latas, me ofreció una y le di un trago, nos las terminamos y compro otras dos, que nos tomamos en las bancas de la plaza, cada trago que le daba, intentaba disimularlo para que quien estuviera cerca no me viera.

Ya estaba todo el pueblo reunido en la plaza cuando la música empezó a sonar, había niños corriendo entre las parejas que bailaban, mujeres sirviendo en los puestos de comida, hombres comprando cerveza; nosotros estábamos jugando al tiro al blanco con rifles de postas, ya empezaba a sentir el efecto del alcohol en mis venas, yo fui primero y logré tirar siete de las doce figuras que estaban sobre las tablas de madera, me gané un llavero de pata de conejo gris, después fue el quien lo intentó y logró derribar nueve figuras, también le entregaron una pata de conejo blanca, nos reímos y caminamos hacia la orilla.

—Al menos yo tire nueve —dijo.

—Pues tenemos el mismo premio, así que no importa.

—Sí importa, yo gané —dijo agitando el llavero frente a mis ojos, intente agarrarlo y lo apartó, corrió hacia una calle que permanecía vacía donde lo alcancé y lo lleve contra la pared de tierra detrás de él y lo besé, tal vez era el alcohol lo que me hizo que no importara que estuviéramos a unos pasos de que cualquiera nos viera, queríamos ser libres y no solo libres a escondidas y era lo más cerca que estábamos de serlo en ese momento.

—Ten —me dijo poniendo la pata de conejo rígida en mi mano.

—Para que te acuerdes de mí, cuando no estemos juntos. —Cerré el puño.

—Entonces, ten tú también —tomé el otro llavero que había guardado en mi bolsillo, en la oscuridad se sentían igual —para que tú también te acuerdes—, se lo puse en la palma de la mano.

Regresamos a la plaza, los músicos seguían tocando, estuvimos viendo a la gente bailar, nos reíamos de los pasos que algunas parejas realizaban, ya era casi media noche.

—Ven, —le dije, me siguió hasta la camioneta, nos subimos y le pedí que condujera hasta el cementerio, que estaba en la parte alta, le pedí que se estacionara de frente al pueblo, y esperamos a que fuera media noche.

—Mira —le dije cuando unos cuantos fuegos artificiales subieron frente a nuestros ojos e iluminaron el cielo durante unos segundos.

—Eres tú —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—Mi fuego artificial, durarás solo segundo y sin darme cuenta se habrá acabado y estaré aquí mirando hacia el lugar en el que estabas.

—Estoy aquí, si estás mirando todavía estoy aquí.

Lo miré, lo que alcanzaba a ver gracias a la lámpara a unos metros de nosotros en la entrada del cementerio.

—Sí, estas aquí —unas lágrimas brotaron de mis ojos sin que me diera cuenta. —Estas aquí. —Repetí.



## Dieciséis de septiembre

Sábado

Aunque era sábado tenía que ir a la escuela a participar en el desfile que continuaba con los festejos de la noche anterior, se hacía por toda la calle principal del pueblo, y participaban todas las escuelas del pueblo, la gente se reunía a lo largo de toda la calle principal esperando ver a sus hijos, nietos, sobrinos realizando las tablas rítmicas y las pirámides, a mí por ser de los más delgados me tocaba siempre estar hasta el último nivel de las pirámides.

El camión pasaría una hora más tarde de su hora habitual, aun así esperaba con sueño a la orilla de la carretera, debido a que habíamos regresado a casa sobre la una de la mañana, muy tarde para mi horario habitual, después de que nos fuimos del panteón, había empezado a sentir los verdaderos efectos del alcohol que había bebido, comencé a marearme, vomite al menos tres veces en el camino y él sólo se reía de mí, cada que las arcadas me llegaban, llegamos al rancho y me cargó hasta la puerta de su habitación, donde nos dimos cuenta que ya había llegado el chófer, así que fuimos hasta la ventana del «país de las maravillas», donde mitad por la oscuridad y mitad por el alcohol fue una odisea lograr entrar, tomo una cobija del closet, dormimos juntos, podía sentir su cuerpo cálido junto al mío, me dormí en cuanto apoye la cabeza en la almohada y después de lo que había sentido que fueron cinco minutos, me despertó.

—Camilo, despierta, vete a tu cama —me dijo y movía mi cuerpo intentando despertarme.

—No quiero.

—Yo tampoco, pero tienes que, ven.

Aun no amanecía, me acompañó hasta la puerta de la cocina, que sólo estaba entre cerrada, me dio un beso en la entrada y fue hasta su puerta, atravesé la cocina de puntas y la cortina de tela, me acosté en mi cama y aunque no hacía frío, extrañaba la tibieza de su cuerpo.

\*\*\*

El día avanzaba lento, tal vez no para todo el mundo pero si para mí que cargaba con la primer resaca de mi vida, cuando el autobús llegó a la escuela, ya estaban todos, maestros y alumnos en la calle, los maestros organizando los contingentes, se distinguían por los colores de los uniformes y por las estaturas, primero de gris y azul, nosotros, la única preparatoria del pueblo, seguía de gris y guinda, la secundaria, también única, y atrás las dos primarias, unos de blanco y azul marino y otros que cambiaban el azul marino por el gris.

El desfile comenzó unos minutos pasadas las nueve de la mañana, avanzaríamos por toda la calle principal hasta la otra orilla del pueblo y de regreso hasta la plaza, avanzamos a paso lento y cada cinco minutos parábamos para hacer las pirámides y las tablas rítmicas, mientras las mujeres y los niños hacían sus movimientos con los pompones, ula-ulas o barras de madera a los hombre nos tocaba subir a las espalda, piernas u hombros de nuestros compañeros para formar las diferentes pirámides humanas, permanecer unos segundos manteniendo el equilibrio y luego volver a la formación para continuar con la marcha.

Lo hacía todo automáticamente, movía mi cuerpo más como un zombi, tampoco es que en años anteriores estuviera muy entusiasmado, escuchaba el uno, dos, tres cuatro, detrás de mí, que nos marcaba el tiempo que debíamos de tardar en lograr conformar la pirámide y el tiempo que debíamos que aguantar la formación, y así cada que nos deteníamos, uno, dos, tres, cuatro y de nuevo, y cada grito retumbada en mi cabeza y se mezclaba con el sonido de la banda de guerra adelante, tambores, uno, dos, trompetas, tres, cuatro, y aún no nos movíamos de la reja metálica de la entrada a la escuela.

Después de las últimas órdenes por parte de los maestros encargados de cada uno de los contingentes y de que practicáramos en una ocasión todos los movimientos y la formación de las pirámides humanas comenzamos a avanzar hasta la calle principal del pueblo, donde apenas y llegamos y comenzamos a realizarlas, las hicimos una vez y avanzamos unos metros, dos y avanzamos otros tantos, tres, y con cada una sentía mi cuerpo sacudirse, me costaba mantener el ritmo, me costaba incluso mantenerme en pie, me juré no volver a probar alcohol nunca más, lo maldije a él, quería tenerlo enfrente para decirle cuanto lo odiaba en ese momento e inmediatamente después besarlo.

Era la vez número cuatro en que hacíamos la formación, me sujetaba de los brazos de un compañero que también estaba en la cima y tenía cada uno de mis pies sobre los hombros de dos de mis compañeros y ellos a su vez estaban sentados sobre otros dos, formábamos una especie de pastel alargado, uno, dos, tres, cuatro, miré atrás y vi a unos metros a las mujeres con sus pompones haciendo los movimientos que marcaba cada número, ¡pum! ¡pum! ¡pum! El sonido de los tambores se coló entre los números y dejé de escucharlos, las trompetas terminaron por aturdirme, me temblaban las piernas, y la cabeza comenzó a darme vueltas ¡cuatro! desperté, perdí el equilibrio, no metafóricamente sino literalmente, fui hacia adelante, el instinto me hizo sujetarme de quien estaba frente a mí, alcancé a ver el miedo en su rostro cuando sintió que lo estaba llevando hacia abajo, sentí brazos y manos tratando de sujetarme y luego el suelo duro de concreto, caí sobre mi costado derecho, segundos después me levantaron y a mis otros compañeros que también habían alcanzado el piso, no todos habían caído, solo los dos que estábamos en la cima, y otros dos que estaban en medio, los demás lograron evitarlo.

Cinco minutos después yo y otros dos esperábamos en la plaza, después de que no quisieron que continuáramos en el desfile, y a quien había llevado hacia abajo junto conmigo tuvieron que llevarlo al centro de salud, pues parecía que se había fracturado el brazo, después resultó que fue solo algo muscular, me culpaba yo y me culpaban los demás, podía sentirlo al apartarse de mí y dedicarme unas cuantas miradas acusatorias cada poco minutos, aun así agradecía estar sentado sobre el césped y bajo unos de los árboles de la plaza, y no caminando bajo el sol como el resto, incluso empezaba a sentirme bien, tal vez el susto me ayudó a combatir la resaca.

El desfile y el evento posterior terminaron pasado el mediodía, y después de una Coca-Cola y una bolsa de frituras con mucha salsa picante me sentía mejor, sólo tendría que dormir un poco al regresar a casa, afortunadamente ninguno de mis padres me preguntaron por la hora de llegada, no sabía si se habían dado

cuenta que no había dormido en mi cama, pero tal vez si se dieron pensaron que era porque nos habíamos quedado con nuestras citas ficticias.

Después de dormir cerca de tres horas y aprovechando que mis padres habían salido a comprar el mandado y que el chófer había partido ese día temprano, nos quedamos la tarde entera riéndonos del día anterior.

## Diecisiete de septiembre

Domingo

Llegó el último tráiler aquel día, probablemente antes de terminar la semana se terminarían los trabajos en las huertas, ya sólo faltaba la huerta más cercana a la casa y también la más chica, así que en unos cuantos días terminarían de arrancar las manzanas.

Invitamos al chófer a casa de mi abuela como cada domingo, quien prefirió quedarse a descansar después del viaje que había hecho, a Leo, a él ya no era necesario invitarlo, se había convertido en parte de nuestras vidas, no sólo de la mía, llegamos después del mediodía y estaban algunos de mis primos, alistándose para ir a pasar el resto del domingo en el río, nos invitaron, él acepto, yo me adherí a su decisión.

—Espérense a que coman y se van en la troca —nos sugirió y nos ordenó mi madre, aceptamos.

Después de comer, tomamos la camioneta, él condujo hasta la parte del río que era usada para nadar, llegamos y había familias completas, adultos y jóvenes en la parte más honda del río, niños en la orilla, nos unimos al grupo de mi familia que estaba fuera del agua, yo me senté en una piedra en la orilla, él se despojó de la camiseta que traía puesta, de los zapatos y se quedó solo con uno de los shorts que nos habían prestado, fue a la parte alta de la pequeña cascada y salto al agua, y ahí permaneció la mayor parte de la tarde, me uní a él un rato, fuimos niños otra vez, no solo nosotros, todos alrededor, todo era risas, gritos, saltos al agua, clavados, competencias de todo por lo que se pudiera competir.

Salí, me envolví en una toalla y me senté en la misma piedra, salió él y se sentó a mi lado, las gotas de agua caía de su pelo, brillaban y se deslizaban sobre su piel, quería besarlo, siempre quería, me quedé con el deseo debajo de mi piel, seguimos sentados en el mismo lugar a ratos callados y a ratos hablando de nada cuando una mano se posó sobre unos de sus hombros.

—¡Hola Leo! —dijeron los labios que había besado él antes que los míos, cuando yo había conocido los celos, quien la acompañaba se limitó a levantar la cabeza un poco como saludo.

— ¡Hola! —respondió.

—Ya no regresaste —le dijo cómo reclamo y con una voz que escondía sus verdaderas intenciones.

—Perdón, he estado muy ocupado con el trabajo en el rancho, —le respondió

—Sí, supongo que porque ya casi terminan, ¿verdad?, o que ahora si tienes novia —agregó mientras acercaba sus labios a su oído, sus ojos se dirigían hacia mí y la última palabra se alargaba infinitamente en mi cabeza.

—No —dijo él apartándose de ella, se puso de pie y camino hacia el agua, le seguí.

— ¡Sigán disfrutando el momento, enamorados! ¡que vivan los novios!, —nos dijo cuando estábamos a unos pasos, seguido de una carcajada, alguien que estaba cerca nos miró.

En ese momento no sentí miedo, sólo quería desaparecer de ahí, sumergirme en el agua o en las nubes que se habían formado, el miedo llegó después, cuando nos alejamos del río, cuando estábamos sentados en la camioneta, antes de llegar a casa de mi abuela, no había nadie cerca y aun así sentía que alguien nos

veía y no sólo nos veía nos señalaba y murmuraba algo a alguien más, y ese alguien nos señalaba también y así hasta que no había más rostros conocidos mirándonos.

—Todo va a estar bien, me dijo y paso su brazo por mis hombros.

—Les va a decir a todos, no estoy listo.

—No lo va a hacer, solo está molesta conmigo, ni si quiera lo sabe, sólo lo dijo para molestarme.

—No, si lo sabe, alguien nos vio y tú te vas a ir, y voy a estar solo —en ese momento mi voz se quebró, y unas gruesas, frías y oscuras lágrimas brotaron de mis ojos, y en el fondo sabía que no eran porque ella contará nuestro secreto, incluso me facilitaría hacerlo mañana o en un año o en diez, sino porque él se marcharía y era la primera vez que contemplaba de forma real nuestra despedida.

—No, no me voy a ir, te lo prometo —mintió, me enjugo las lágrimas.

Nos reunimos con mis padres, el cielo estaba nublado y la tarde se despedía cada vez más gris, nos preguntaron si nos habíamos divertido.

—Sí —respondimos los dos.

## Dieciocho de septiembre

Lunes

Iba sentado junto a la ventanilla del autobús escolar, el sol me daba directamente en la cara mientras veía correr las montañas, los campos de cultivo, los árboles y alguna que otra casa en dirección contraria y no pensaba en otra cosa que en la pregunta que nos habían hecho mis padres «¿se divirtieron?», sonaba en mi cabeza una y otra vez, como las líneas blancas de la carretera, sentía como si me lo hubieran preguntado no por esa tarde sino por las tres semanas anteriores, «¿se divirtieron?», escuché en mi cabeza, «por qué no habrá más», escuché también, se terminó, pensé, se terminó la diversión y no quería, no quería perderlo, no podía, estaba de pie frente a un tornado protegiendo un castillo de arena, ¿qué podía hacer para evitar que lo destruyera? , nada, ¿qué podía hacer para evitar que me destruyera? nada, yo también era de arena y ya sentía el viento acercándose.

La mañana de aquel lunes fue uno de esos momentos ventana, de los que me había olvidado desde que estaba él, me veía desde afuera, queriendo no estar ahí, contando las horas, los minutos, los segundos que pasaban sin estar con él y que acortaban el tiempo que nos quedaba, pase el día con la mirada fija en el reloj de pared que colgaba en el centro del aula, hasta que marcó las dos de la tarde con veinte minutos y el timbre sonó desde la oficina de la dirección, pasé de contar los segundos a contar los metros que faltaban para llegar, primero sobre la carretera, luego sobre la vereda de tierra, esperaba encontrarlo solo, poder amarrarlo con mis brazos y no soltarlo más.

Llegué a mi casa, arrojé la mochila encima de la cama, devoré el plato de sopa que me sirvió mi madre, fui hasta su habitación, no esperaba encontrarlo ahí, después fui a la huerta donde ya habían terminado de comer todos los trabajadores, lo encontré cargando las rejas junto a mi padre, me ofrecí a ayudarles, no podía abrazarlo o besarlo pero podía estar donde él estaba para sentir que no se me escapaban los últimos días a su lado, me sentía como si estuviera a la orilla del río sintiendo el agua corriendo por mis manos, sintiéndolo escaparse, quería sumergirme en ella, ser agua, ser él.

Así estuve toda la tarde, siguiéndolo como Tomasa me seguía a mí, lo seguí de la huerta hasta donde había que descargar las cajas de madera, lo seguí de regreso a la huerta, lo seguí a su habitación cuando todos se fueron, nos sentamos en los escalones de la puerta, sentíamos la calidez del sol vespertino en todo el cuerpo, no hablamos o si lo hicimos no recuerdo sobre que, solo sé que estuvimos ahí sentados viendo bajar el sol, viendo cómo se terminaba aquel día para nunca más volver, éramos aquel sol y aquel día, se terminaría y no volvería, lo sabía a pesar de sus palabras, tenía que hacer algo antes de que terminará. Me puse de pie.

—Ven —le dije.

—Fui hasta la otra bodega y tomé una navaja de la caja de herramientas de mi padre, después fuimos hasta el árbol al que me gustaba llamarle nuestro.

Me arrodille frente al tronco y talle su nombre, luego extendí mi brazo para que tomara la navaja.

—Así, cuando te hayas ido, podré venir hasta aquí y sentir con mis dedos algo que hiciste para mí — cortó la superficie del árbol dándole la forma de mi nombre, agregó unos números debajo, eran la fecha de aquel día.

—Volveremos a estar aquí, los dos —me dijo.

Pase mis brazos por debajo de los suyos y lo abrace. Nos quedamos así un rato y el sol terminaba por ocultarse, ahora aquel día era inmortal, viviría para siempre en la piel de un árbol, en la piel de dos hombres, en la suya y en la mía.

## Diecinueve de septiembre

Martes

No me despegué de él apenas y llegué de la escuela, tal como lo había hecho el día anterior, pasaba por la huerta y veía cuanto faltaba, cuantos árboles lloraban a mi paso y cuantos sonreían, ahora las sonrisas eran menos que las lágrimas, ahora podía contar con los dedos de una mano los días que faltaban, el tiempo que pasaba a su lado se me esfumaba y me daba cuenta y aun así no podía evitarlo, el tiempo que no estaba conmigo se alargaba interminablemente.

Me acompañó a buscar las vacas como lo había hecho en otras ocasiones, caminábamos lento como si así lográramos que el tiempo también lo hiciera.

—Estos días has sido los mejores —me dijo.

—Los mejores, me gustaría que pudieras quedarte.

—Tal vez el último día de trabajo el camión se ponche misteriosamente, y tengamos que quedarnos al menos un día más o le pida trabajo a tu papá, —dijo y se ríe después.

—Escapémonos mañana, así como hace una semana, tengamos otro día sólo para nosotros, —le dije.

—No puedo —dijo, no mañana, el jueves mejor, llevó su mirada al piso, supe que no ocurriría, seguimos caminando tan lento como las nubes perezosas encima de nosotros.

—Te amo —dijo de repente, sonó como si fuera la última vez que me lo iba a decir, lo supe entonces, aún le quedaba esa semana, pero por la razón que fuera esa era nuestra despedida, lo que quisiera decirle, se lo tenía que decir en ese momento.

Lo mire, caminábamos por un llano, donde la hierba crecía de un verde uniforme y suave, suave era también el viento que soplaba y hacía que el pasto se moviera como una alfombra interminable.

Sentí que un «te amo», se quedaba en mi garganta, no quería decirlo porque era como si respondiera a su adiós, pero se acumulaban uno tras de otro, primero sólidos como rocas que me lastimaban, luego líquidos para encontrar otra salida, mis ojos, se acercó a mí y tomó con su dedo pulgar una de mis lágrimas y la llevó a sus labios, la soplo y desapareció en el viento, no, no desapareció, sólo eligió su propio camino.

—No —me dijo, no puedes llorar por algo que te ha dado alegría, tienes que sonreír, eso haré yo, cada que te recuerde, una sonrisa estará en mi cara.

—Pero, ha sido tan poco tiempo —ya no era una lagrima, era llanto total, las lágrimas bajaban por mis mejillas desde mis ojos, surcaban mi cara como un río en la tierra, me llevó a su pecho y me abrazó, me aferre a él como si de ello dependiera mi vida, no lo iba a soltar nunca, haría una fotografía de ese momento y así nos quedaríamos.

—Tal vez eso es lo mejor, así no te hartaras de mí y no tendrás un motivo para desear no recordarme, mira —dijo y sacó la pata de conejo blanca de su bolsillo, —tú tienes la tuya, cada vez que te acuerdes de mí, tómala y yo estaré haciendo lo mismo, —la traía también en mi bolsillo, todos los días la traía conmigo, aunque no tuviera llaves en el arillo metálico, no era necesario que el me lo dijera, cada que lo extrañaba,



la tomaba en mi mano y la apretaba, recordaba el momento en que me la había entregado y le seguían todos los demás, todos los que alcanzamos a crear en los últimos días de aquel verano que cambiaría mi vida para siempre.

—Te amo —dije por fin, sólo dos palabras y me dejaron sin fuerzas, era la segunda vez que las pronunciaba y estaba seguro que la última en mucho tiempo, no sabía cuándo volvería a pronunciarlas porque no sabía cuándo volvería a verlo, cuando volvería a escucharlas o volvería a querer escucharlas después de que se marchará, tal vez volvería en un año o antes, o después, o nunca, o tal vez cuando volviera ya todo iba a ser diferente, pensé en lo triste que era ser el tiempo, que no se detenía a ver la belleza de un atardecer, de la lluvia sobre el campo o de un primer amor, tan triste se debía de sentir que no permitía que perdurarán, ni el atardecer, ni la lluvia, ni el amor.

\*\*\*

Después de la cena, mi papá y el chófer salieron a fumarse un cigarrillo, mi madre estaba recogiendo la cocina, Leo me jaló de la mano para que lo siguiera, salimos, yo lo seguía, me llevó hasta la ventana del que había sido nuestro escondite, a la que yo lo había llevado antes, la subió muy despacio para no hacer ruido, entró y espero a que yo entrará para bajarla con la misma delicadeza, cerró la cortina, encendió una lámpara de petróleo y la puso en el pasillo, donde no se podía ver desde afuera pero que al menos nos permitía alcanzar a vernos.

—Bienvenido al «país de las maravillas», —dijo, se acercó a mí, poso sus labios sobre mí cuello, y luego sobre mis labios, me besó, sentí sus manos recorriendo mi cuerpo por encima de mi ropa, pero se sentían suaves, delicadas, era casi como si fuéramos dos plumas flotando a media luz, y así nos movíamos, parecía que si quisiéramos apresurarnos no lo conseguiríamos, nos desnudamos como caen las hojas en otoño, y ahí estábamos, desnudos, de pie, uno frente al otro, apenas y alcanzábamos a vernos pero no era necesario, nos abrazamos, primero de pie y luego acostados sobre una cama que no era nuestra pero que sabía más de nosotros que cualquier otra.

Apagó la lámpara y salimos por la misma ventana, primero yo y luego él, rodeamos la casa, en la esquina nos separamos, vi su rostro en la penumbra y lo besé, avance yo primero hacia la casa, después iría él hasta su habitación.

Mi madre estaba en la cocina, sentada a la mesa.

—¿Estabas con Leo?, —me preguntó.

—No —le respondí.

—Ya mero se marcha, lo vamos a extrañar —dijo.

—Sí —le respondí.

—Después volveremos a estar como antes de que llegará, no habrá cambiado nada —me miró.

—Asentí y camine hacia el cuarto cuando en verdad quería decirle que nada sería igual, que para mí todo había cambiado y que, aunque quisiera ya no podría volver a ser el mismo.

Se puso de pie y me tomó de la mano, la apretó,  
—Te quiero —me dijo.

## Veinte de septiembre

Miércoles

Último día del verano y como los anteriores, caminaba a toda prisa rumbo a la casa, apenas y probar un bocado y encontrarme con él, llegué, salude a mi madre y dejé mi mochila encima de la cama, me lavé las manos en el baño y regresé a la cocina, mi madre no me había servido, estaba sentada, su rostro dibujaba tristeza, había llorado, yo estaba de pie, me miró.

—Leo ya se fue, lo sé todo —dijo.

No respondí, me pregunté qué hacer, quedarme ahí de pie, ir a buscarlo,

—Le pedí que se fuera, se lo que ha estado pasando entre ustedes, primero fueron sospechas pero me decía que sólo lo estaba imaginando, te veía tan feliz, tan cambiado, quería pensar que era porque eran amigos aunque a veces sabía o pensaba que no era sólo por eso, después me lo dijeron, solo necesitaba eso, algo que me hiciera dejar de negarlo, saber que no era solo mi imaginación, tu padre no lo sabe y espero que nunca lo sepa, por eso le dije que tenía que irse, para protegerte, esa vida sólo te va a hacer sufrir, ahora todo volverá a ser como antes de que él llegara, sólo me pidió poder despedirse de ti ayer, y hoy temprano tomó el camión, le dijo a tu padre que tenía que adelantarse al último tráiler, dejó todo listo para cuando terminen la pizza.

No dije nada, salí corriendo de ahí, fui primero hasta su habitación, no había nada de él, ni sus playeras, ni sus vaqueros, ni sus botas negras, nada, parecía que él nunca había estado ahí.

Tome mi bicicleta y comencé a pedalear con todas mis fuerzas, Tomasa corrió tras de mí, primero por el camino de tierra, luego por la carretera, hasta que no pude más, hasta que me faltaron las fuerzas más que físicas, emocionales, me dejé caer a la orilla, a un lado mi bicicleta gris, Tomasa busco un espacio en mi costado y me acompañó, se quedó ahí conmigo, el cielo tenía un azul infinito, sólo azul, todo alrededor, no había una sola nube, me quedé ahí mirándolo, azul, azul era la camiseta con la que lo había conocido, quería volver a aquel día y decirle «te amo» ahí mismo, necesitaba abrazarlo otra vez, sólo una vez, después lo dejaría ir, sólo necesitaba eso, no me conformaba con la despedida que me había dado, la que él si sabía lo que era, pero yo no, necesitaba verlo otra vez y saber que era la despedida, decirle adiós, decirle que lo iba a extrañar, que me había cambiado, que algo de él siempre me acompañaría, tomé lo único que traía en los bolsillos, sentí la rigidez debajo de la superficie peluda, cerré el puño y lo acerque a mí, « cuando te acuerdes de mí, tómala y yo estaré haciendo lo mismo», lo imagine sentado en el camión, con el llavero entre sus manos, miraría por la ventana para recordarme y sonreiré, él dijo que así me recordaría, con la sonrisa que lo había conocido y de la que me había enamorado, entonces sonreí, estaba triste pero sonreí, también estaba feliz porque ahora existía algo nuestro y eso nadie podría quitárnoslo, ni siquiera el tiempo, ni siquiera la distancia que aumentaba con cada minuto que pasaba.

Volví casi al anochecer, entré a la casa, mis padres estaban en la cocina.

— ¿Dónde está lo que te encargó tu mamá?, —me preguntó mi padre, lo mire a él y luego a mi madre y lo que intentaba decirme con su rostro.

—No había, —le respondí, camine hacía el cuarto, tomé un cuaderno de mi mochila y un bolígrafo azul, su color, comencé a escribir, a dibujar en el papel, la tinta azul dejaba un rastro por ahí por donde yo la llevaba, dibuje una manzana, un árbol, unos labios, y solo una palabra «adiós», la tinta que las había creado también las destruyó, cerré el cuaderno, me acosté en la cama y me quedé dormido instantáneamente, soñé con él, no, no soñé, lo recordé, desde que salto del escalón del camión hasta que dejé su rostro en la penumbra la noche anterior.

## Veintiuno de septiembre

Jueves

No cumplió su palabra, no tuvimos todo el día para nosotros como había prometido, yo desperté en el mismo lugar y él a miles que kilómetros distancia, ¿Cuándo volvería a tener su sonrisa frente a mí? ¿Cuándo volvería a sentir su piel debajo de mis dedos?

Me levanté como cada mañana, mi madre ya preparaba mi desayuno, evité hablarle o mirarla, y ella tampoco lo hizo, pensaba tal vez que a la mínima provocación podría poner en evidencia lo que había estado sucediendo y que lo ella había hecho habría sido para nada, a mí no me importaba si alguien más se enteraba o no, lo único que se agitaba dentro de mi cabeza era su imagen y el no saber cuándo volvería a ser algo más que una proyección de mis pensamientos.

No pensé en nada más durante aquel día, ni junto a la ventanilla del camión escolar ni en mi banca de madera en la escuela, o cuando regresé a los lugares que me harían revivirlo, había pasado sólo un día y pensaba que así serían todos los que tendría por delante, después de todo ¿quién logra olvidarse del primer amor?

Después de comer, me acosté sobre mi cama y me quedé ahí, inmóvil, quieto, esperando a que pasara el dolor, quería recordarlo y sonreír, como él me había dicho, pero no podía, no podía ser feliz si él no estaba, no ahí, no en ese momento, cerré los ojos para evitar las lágrimas, me quedé así, como una estatua derrumbada y la inercia de la posición, o la memoria del cuerpo me hizo dormir, dormí por casi dos horas, desperté y la tarde deambulaba por todos lados y él no, la casa estaba vacía, el recuerdo de él me invadió apenas mi mente se aclaró, me puse de pie y fui entonces, a cada uno de los lugares donde había aprendido a ser más yo y menos el que había sido, caminé por la orilla de la acequia hasta la ciénega, me senté en el lugar donde descubrí que él también tenía miedo, que también le asustaba ser él, el sol chocaba contra mi rostro como aquella tarde, me quedé ahí mirando el horizonte unos minutos, y lo imagine viendo el mismo sol, sintiendo su caricia.

Fui hasta el que había sido su cuarto, empuje la puerta de madera, entré y la cerré detrás de mí, me acosté sobre su cama, me envolví con su olor, me llene los pulmones de él, no quería dejar nada al igual que la tarde que desnudamos el cuerpo y con él, todo lo demás, en ese momento también estaba desnudo, tenía la ropa puesta, pero estaba desnudo, vulnerable, expuesto ante su ausencia, hasta que me llene de él, me vestí de él y dejé la habitación vacía.

Salí y me detuve un momento al lado del monolito de piedra, sólo para viajar al primer recuerdo que tenía de él y verlo de nuevo, con sus botas negras, su pantalón de mezclilla y su camiseta vieja acercándose, cuando le tenía miedo, cuando aún no sabía que él me veía a mí como yo a él.

Fui hasta el que había sido más veces nuestro escondite o nuestro refugio, hasta el «país de las maravillas», levanté la ventana de madera y entre en la habitación que más veces nos vio sin ropa, cerré la

ventana y las cortinas, sobre la cama había una hoja doblada, la tome y leí la primer línea, era una carta, escrita por él.

“Camilo, cuando leas esto tú estarás en el país de las maravillas...” me detuve, tomé aire y me senté sobre la cama.

“... y en tus manos tendrás las palabras que te debí de decir cuando tuve la oportunidad de hacerlo pero no pude, no pude porque me hubiera derrumbado ahí mismo, y yo, yo estaré no sé dónde pero si sé que estaré sin ti.

Me fui, Camilo, y no te lo dije, me fui pensando que era lo mejor para ti, para no enfrentarte a lo difícil que es ser como nosotros, y no lo difícil que es adentro porque eso ya lo sabes, si no afuera, con el mundo, me fui para que lo que me enseñaste quedara intacto, y que se quede así siempre, contigo y conmigo, sólo con nosotros, para que nadie más pueda quitarnos esa belleza que creamos.

Camilo, quisiera llamarte mil veces más así, un millón de veces más. Camilo, Camilo, Camilo, quisiera que fuera la única palabra que pronunciaran mis labios. Llamarte Camilo y sentarme a tu lado la primera vez que te vi. Llamarte Camilo y que me enseñes a ordeñar una vaca otra vez. Llamarte Camilo y pedirte un jabón, invitarte a bañarnos juntos. Llamarte Camilo y tomarte de la mano, besarte bajo la lluvia, secarte las lágrimas, perdernos por un día o para siempre, ver tu rostro iluminado por fuegos artificiales, abrazarte, tocarte en la oscuridad. Llamarte Camilo y agregar dos palabras después:

Te amo.

Te amo, te amaré por siempre, cuando volvamos a vernos para mi será como si acabarás de salir por la ventana después de leer esto, me cambiaste, ahora puedo decir que si soy yo, gracias.

Espero que cuando llegué ese día pueda ser valiente.

Una última cosa, no lo olvides...”

Terminé de leer, el corte irregular cortaba sus palabras, estaba llorando, le di la vuelta a la hoja, no había nada más escrito, estaba incompleta, que era lo que quería que no olvidara, guarde la hoja en mi bolsillo, salí por la ventana, corrí y las lágrimas se deslizaban horizontales, cruce el puente de madera y la puerta de alambre, seguí corriendo hasta el centro de la huerta, me arrodille frente a un árbol que estaba en el centro, leí e hice lo que decía debajo de la fecha de hacía dos días y de nuestros nombres.

“...Sonríe” así terminaba su carta.

